

La herencia

MARGARET WAY

La herencia

Camilla Guillford no había heredado la fortuna que los demás imaginaban. Su verdadera herencia era un inesperado legado de amargura provocado por la misteriosa muerte de su padre.

Ella culpaba a un hombre por el declive de su padre: Nick Lombard. Pero cuanto mas lo conocía más imprevisible e interesante le parecía. Le sorprendía que tuviera una hija y que la adorara y le sorprendía aun mas la atracción que sentía por el, una atracción que empezaba a dominarlos a los dos.

Se estaba enamorando de su enemigo

PRÓLOGO

ESTABA gritando, pero no se daba cuenta. Intentaba controlar el rumbo del Sea Eagle, que en aquel momento ascendió por una enorme pared de agua para caer, acto seguido, en una sima entre las olas que azotaban la cubierta.

Nadie en su sano juicio habría salido a navegar con semejante climatología, pero hacía tiempo que había perdido el suyo; para ser exactos, veinte años. Y tras los terribles acontecimientos del año anterior, los vientos y las olas de aquella galerna eran una especie de alivio que lo liberaba del cieno de la derrota.

El ciclón tropical se había extendido por el Mar de Coral y estaba golpeando con fuerza el norte de Queensland. Él lo sabía, pero dos días antes había decidido zarpar. Estaba pálido y tenía ojeras, e incluso su pelo, generalmente algo rizado, ahora parecía liso. Nunca había bebido demasiado. Sin embargo, durante los últimos meses había estado bebiendo whisky como si fuera agua.

Todavía recordaba que alguna vez se habían referido a él como Superman, pero ahora estaba derrotado, roto y desacreditado, e incluso cabía la posibilidad de que acabara en la cárcel si permanecía allí. Pero no le sorprendía demasiado. Nunca se había sentido demasiado seguro con su posición, ni siquiera en los momentos cumbre de su carrera. La culpa la tenía un padre que lo había golpeado permanentemente hasta que el niño se convirtió en un adolescente de dieciséis años. Entonces, descubrió que era capaz de cualquier cosa. Incluso de asesinar.

Ahora, tenía cincuenta y seis años y no deseaba llegar a los cincuenta y siete. Pretendía llevar el Sea Eagle a donde había decidido. Pero unos instantes después cerró los ojos, y cuando los abrió, se encontró ante otro episodio de terror, bien distinto.

Natalie.

Estaba a escasos metros de él. Sus enormes ojos, que una vez habían brillado con amor, eran oscuras cuencas. Su cabello, rojizo en el pasado, parecía blanco como un velo de novia. Llevaba una especie de vestido transparente, como de gasa, y podía ver a través de su cuerpo.

Sabía que no era un fantasma, sino un resto de su imaginación. Pero también había sabido siempre que Natalie regresaría en el último momento para contemplar su muerte.

Ella había sido la única persona que alguna vez había significado algo para él, aunque la gente no lo supiera. Por desgracia, ya no podía cambiar lo sucedido aquel terrible día y ni siquiera podía compartir su

oscuro secreto con nadie. Sólo podía hacer una cosa: luchar para salir del infierno al que había descendido, y había dedicado sus últimos cuatro años a trabajar a destajo en busca de un alivio que lo rehuía.

En cuanto a Camille, no se atrevía a mirarla. Los demás pensaban que actuaba de ese modo por dolor, pero en realidad lo hacía porque los ojos de aquella niña, tan parecidos a los de Natalie, le recordaban constantemente que era un asesino. Sin embargo, le había dado todo lo que estaba en su mano: la ropa más cara, los mejores estudios... Sólo unos pocos conocían la verdadera historia. Para el resto, era un padre modelo.

Lombard y sus secuaces habían sido los únicos que se habían atrevido a atacarlo abiertamente, como una jauría, hasta que por f n lo habían alcanzado. Pero eso tampoco lo sorprendió, porque en el fondo sabía que era su destino.

Natalie había sido su gran sueño, el deseo más profundo y puro de su vida. Y apartarla de su familia, de sus amigos, del loco que la había amado, había sido el mayor reto al que se había enfrentado y el que probablemente había solucionado con mayor maestría. Pero a pesar de todo, lo único que había querido siempre era estar con ella.

Las olas golpeaban el caso del barco con tanta fuerza que esperaba que se quebrara en cualquier momento. De no haber estado borracho, el terror lo habría paralizado. Pero lo estaba, y aún tuvo aplomo para intentar echar un último trago. Sin embargo, el viento le arrancó la botella de la mano y la arrojó al mar.

Había llegado el momento y no le importaba en absoluto. Morir no era nada en comparación con lo que había sufrido, y cuando el Sea Eagle comenzó a ascender una nueva ola, él dejó el timón y se dirigió hacia el espectro de Natalie como si quisiera destruirla por segunda vez. A fin de cuentas, creía tener derecho a hacerlo: todavía era su esposa.

Pero cuando quiso abrazarla, la imagen desapareció y sus brazos no encontraron nada salvo el aire.

Desolación y amor sin fin. Eso era todo. Una continuación del dolor que lo había acompañado durante veinte años después de aquel día en el que perdió los últimos restos de su cordura. Ahora, sólo quedaba una cosa por hacer: representar el último acto.

Una ola arrasó la cubierta y lo derribó, pero no hizo el menor esfuerzo por aferrarse a nada. Había decidido rendirse y se dejó llevar por el agua, entre el rugido de la galerna, hacia el final. Quería que el mar le arrancara la vida. Y que los peces devoraran sus huesos.

Capitulo 1

EN LA mansión Guilford había tanta gente que Camille comenzó a preguntarse si podrían ver los cuadros. El selecto grupo de ricos coleccionistas, periodistas, artistas y famosos en general estaba allí para asistir a la exposición de la internacionalmente reconocida colección de su padre. Era un paso previo a la subasta, que se llevaría a cabo otro día. Primero iban a vender las obras de arte, después, las antigüedades, y finalmente, la propia casa, una magnífica mansión neoclásica que Harry Guilford había levantado a la orilla del puerto de Sydney.

La mansión era espléndida, pero no podía compararse con el imperio económico que su padre había presidido. Durante años, Harry Guilford se había destacado, e incluso se había ganado el apelativo de Superman. Decían que todo lo que tocaba se convertía en oro.

La idea de que hubiera perdido su fortuna, cercana a los mil millones de dólares, le resultaba increíble incluso a sus enemigos. Muchos seguían convencidos de que su suicidio marino era un montaje para poder desaparecer como el infame Lord Lucan. En las playas cercanas se habían localizado restos del Sea Eagle, pero su cuerpo no se había encontrado. Unos afirmaban que estaba en el fondo del mar. Y otros, más escépticos, aseguraban que se había marchado a Argentina.

Camille y todas las personas más cercanas a ella estaban convencidas de que realmente se había suicidado. Lo conocían y sabían que Harry habría elegido esa forma para morir. No había dejado ninguna nota a su hija, ninguna cuenta oculta en Suiza, ningún tesoro. Sólo fama y deudas.

De la noche a la mañana, Camille había dejado de ser una rica heredera felizmente comprometida con un atractivo ejecutivo para convertirse en una mujer que sólo poseía su juventud, su salud, su inteligencia y la legendaria belleza de su trágicamente desaparecida madre.

Pero a pesar de las circunstancias, aquella mujer, que para la ocasión se había puesto un impresionante vestido verde sin mangas, mantuvo el aplomo. A fin de cuentas era ella quien debía presentar la exposición a los invitados La conocía muy bien. Había crecido con ella y se había convertido en una especialista en arte y antigüedades con la ayuda de Claude Jameson, tío y mentor suyo, pero también conocido crítico de arte, marchante y coleccionista.

Claude estaba allí aquella noche, y entre los presentes también se encontraba Bruce Barnard, fideicomisario de la propiedad y directivo de la notaría Brooks Barnard. Todas las obras de arte tenían precios de

partida, pero la última palabra le correspondía a él.

Camille le estaba muy agradecida a Barnard. Era un hombre encantador que siempre la había tratado con la cortesía y consideración necesarias, cosa que no podía decir de todo el mundo. Aunque ella no tenía nada que ver con los líos de su padre, algunos habían aprovechado la ocasión para hacerla blanco de su venganza contra los Guilford.

Estaba en la galería del piso superior cuando vio que - Philip Garner, su ex prometido, acababa de llegar. Iba con Robyn Masterman, a quien inmediatamente se puso a describir los detalles de la mansión, mientras ella hacía evidentes esfuerzos por no parecer impresionada.

Algunos de los invitados se acercaron a la balaustrada para disfrutar de la llegada de Garner y del insulto que suponía para ella. La desaprobación de la vieja guardia no la animó en absoluto. Quería gritar, pero tomó aire e hizo un esfuerzo por mantener la calma.

En ese momento, una pareja se acercó a ella. Eran Sir Marcus Kershaw, juez del Tribunal Supremo, y su esposa Julia, una atractiva abogada de cabello gris que era famosa por defender los derechos de las mujeres.

Lady Kershaw la tomó del brazo y dijo:

-Son unos canallas. Pero no te dejes avasallar, querida. Camina erguida y aguanta. Es lo único que se puede hacer.

Camille asintió. Sabía que debía dejar su tristeza para más tarde, cuando estuviera sola. Desafortunadamente, no todos eran tan agradables como los Kershaw.

Lady Kershaw sonrió con ironía y Camille rió. Siempre le había gustado Julia.

Poco a poco, varios invitados más se fueron uniendo a ellas y en cuestión de minutos se convenció de que el acto no iba a resultar tan terrible como había imaginado.

Pero todavía no había llegado la persona que más necesitaba. Linda, que estaba casada con Stephen Carghill y esperaba su primer hijo, era su mejor amiga desde el instituto. Ella la conocía mejor que nadie, aunque se había equivocado al creer que Philip y Robyn no se atreverían a hacer acto de presencia en la mansión. Al fin y al cabo, Robyn Masterman no era mujer que se incomodara con facilidad. Bien al contrario, disfrutaba del exhibicionismo.

Camille se atrevió a mirar al piso inferior. La pareja se dirigía hacia la gran escalinata, mientras varios periodistas los fotografiaban. En realidad, no le extrañó: era la pareja perfecta. Robyn, una bella morena, llevaba un vestido rojo que se ajustaba perfectamente a su

cuerpo y pendientes de diamantes a juego con el collar. Philip estaba magnífico con su esmoquin, su cabello rubio y sus ojos azules. Parecía un verdadero aristócrata.

Resultaba difícil de creer que alguna vez hubiera sido su mejor amigo. Derribar las barreras de Camille no le había costado demasiado, teniendo en cuenta que había sufrido toda una vida de carencias emocionales.

Curiosamente, y a diferencia de Robyn, parecía algo nervioso, como si pensara que en cualquier momento se iba a acercar a él para abofetearlo, cosa que, por supuesto, no pensaba hacer.

Camille era La princesa de hielo, La heredera australiana, títulos que le había adjudicado la prensa.

Poco después de la muerte de su padre, Philip había ido a ver a Camille, la había abrazado y le había dicho que merecía a alguien mejor que él. Sólo entonces, Camille rompió su norma de no dejarse llevar por la violencia y lo abofeteó. Philip sólo había querido su dinero.

En ese instante apareció Linda, su amiga de cabello castaño y grandes ojos marrones, que de inmediato se dirigió hacia el lugar donde se encontraba Camille.

-¿Los has visto? -preguntó Linda en voz baja.

-Quién no -respondió con ironía.

-¿Es que no tienen sentido del decoro?

-Por lo visto, no.

-Pues te advierto que vienen hacia aquí.

-Me da igual, no pienso huir.

-Yo tampoco. Aunque estaría bien que Philip sufriera un infarto y se muriera ahora mismo...

Camille suspiró.

-Sí, pero dudo que vaya a hacerlo. No está tan desesperado por llamar la atención.

-De todas formas, no era bueno para ti. Es un canalla. Siempre lo ha sido.

-Es verdad, pero me habría gustado averiguarlo antes y en otras circunstancias.

Camille decidió cambiar de conversación y añadió:

-Estás preciosa con ese vestido...

Linda observó durante un par de segundos su sari azul y sonrió.

-Es perfecto para una mujer embarazada... Pero no cambies de tema, Milly. Philip y Robyn se han pasado de la raya, aunque me consta que la mayoría de la gente está de tu lado. Sin embargo, no dejo de pensar en la mala suerte que has tenido. Podías haber salido

con cualquiera. ¿Por qué tuviste que hacerlo con él?

Camille volvió a suspirar.

-En parte, por mi propia inseguridad. Necesitaba que alguien me amara y creí que él me quería.

-Supongo que te quería, pero sólo en la medida en que puede hacerlo.

-Claro. Me quería a mí y a mi fortuna, pero con especial énfasis en la segunda.

-Es probable -comentó-. Pero me extraña que Harry no se diera cuenta...

-No creo que le importara demasiado mientras él pudiera mantener el control. Pero quién sabe. Mi padre y yo no mantuvimos nunca una relación muy cercana.

-Tal vez porque nunca se recuperó de la pérdida de tu madre. Estaba obsesionado con ello y no tuvo ocasión de conocer bien a su preciosa hija.

-No es eso, Lindy. Él no me quería, pero no tuvo más remedio que cuidar de mí. En cuanto a Philip, no es que consiguiera engañarme: yo me engañé a mí misma.

Treinta minutos después ya había llegado hasta el último de los invitados. El vestíbulo, los corredores y todas las salas dedicadas a la exposición estaban llenos de gente.

Sólo unos pocos habían tenido ocasión, hasta entonces, de ser invitados a la mansión. Precisamente por eso, la gente siempre había pensado que el interior sería como el propio Harry Guilford: un exceso y un canto a la opulencia. En cambio, la decoración interior era sencilla y demostraba muy buen gusto.

Casi todos pensaron que el fallecido habría contratado un decorador, pero la verdadera responsable era Camille: en cuanto su padre comprendió que tenía talento para la decoración, le dio carta blanca y la dejó hacer.

Por desgracia, Camille no encontraba ningún alivio en todo aquello. Aunque muchos pensaran que era una niña mimada y que su padre la había adorado, la realidad era distinta. Harry Guilford siempre la había rechazado y no le había mostrado el menor cariño.

Había llegado a pensar que las cosas habrían sido diferentes si hubiera nacido hombre. De hecho, uno de los ejecutivos de Harry le había sugerido una vez que la dejara trabajar en la empresa. Camille demostró que tenía carácter y capacidad para los negocios, pero su padre no le permitió llegar muy lejos. Entre otras cosas, porque nunca

la había apreciado demasiado. Harry Guilford no había querido a nadie salvo a la madre de la joven.

Natalie había fallecido cuando Camille sólo tenía seis años, edad insuficiente para comprender la verdadera magnitud de las cosas, pero suficiente para ser consciente de lo sucedido y sentir un intenso dolor. Se había ahogado al caer del yate de su esposo, que había estado a punto de volverse loco con su pérdida.

En cuanto a Camille, creció sintiéndose vacía. Todos sus amigos tenían madres que los cuidaban, pero ella estaba sola. Y había algo que empeoraba aún más las circunstancias de la muerte de Natalie: estaba embarazada. No sólo había perdido a su madre, sino también a un hermano.

El asunto era tan grave que padre e hija nunca hablaron de ello. Tras lo sucedido, Harry Guilford envió a Camille a un internado y se concentró en sus negocios sin prestarle ninguna atención. Sólo de vez en cuando tenía algún gesto de aparente cariño que en realidad ocultaba otra cosa, como el cuadro que había encargado para el vigésimo primer cumpleaños de su hija: un retrato de Camille que, por otra parte, era el único cuadro que le pertenecía. Sin embargo, no lo había hecho por amor, sino porque le pareció adecuado de cara a la prensa.

En ese preciso instante, los fotógrafos le pidieron que posara bajo ese mismo cuadro y ella lo hizo. En el enorme retrato, aparecía con un vestido parecido al que llevaba, también de color verde. Su cabello largo y rojizo, sus grandes ojos y su sensual boca dominaban la escena. Indudablemente, el pintor había sabido captar la belleza que había heredado de Natalie.

Cuando terminó la sesión fotográfica, varias mujeres se acercaron a ella para pedirle información sobre el supuesto decorador que se había encargado de la mansión. Todas se sorprendieron al saber que lo había hecho ella misma e incluso una le pidió consejo. Camille trabajaba en Comtek, una de las pocas empresas del imperio de su padre que no se había derrumbado, pero pensó que dedicarse a la decoración podía ser una buena salida si tenía problemas.

Poco después, mientras charlaba con unos invitados, tuvo la extraña sensación de que alguien la estaba observando. Echó un vistazo a su alrededor y sus grandes ojos verdes se clavaron en un hombre que se encontraba entre dos columnas de mármol del enorme salón: Nick Lombard.

Al reconocerlo, la ira la dominó y se preguntó cómo se había atrevido a presentarse en su casa.

Sin disculparse ante los invitados, los dejó con la palabra en la

boca y se dirigió hacia él. Estaba convencida de que ese hombre era el responsable de la ruina de su padre; no en vano, él había iniciado la investigación de

los negocios de Harry Guilford. Y cuando el imperio económico se hundió, Nick Lombard se convirtió en el nuevo presidente del grupo Orión.

Pero entonces sucedió algo que la detuvo en seco. Lombard no estaba solo. A su lado había un hombre que reconoció de inmediato y que la saludó. Era Claude.

-Camille, querida... ¡Cuánto me alegro de verte! -dijo el hombre, mientras avanzaba hacia ella-. He venido con Nick Lombard. Creo que ya os conocéis.

-Sí, por supuesto. Sus víctimas suelen reconocerlo.

Claude, que siempre había sido un gran diplomático, se interpuso entre los dos, la alejó un poco y la besó en las mejillas antes de decir:

-Nunca dejará de sorprenderme tu buen juicio.

-No me digas que lo has traído a la fiesta, Claude -dijo.

-No, he venido con Dulcie. Pero Lombard es un hombre importante y un conocido coleccionista de obras de arte -explicó-. Y aunque sé que ya tienes bastante con ese Philip, es hora de que intentes olvidar el pasado.

-¿No eras tú quien siempre me decía que no debemos olvidar? -preguntó, irritada-. ¿Es que has olvidado que Nick Lombard es el culpable de mi ruina?

-No te equivoques, querida. El culpable fue tu propio padre. Harry era cliente mío y lo conocía muy bien. Era un hombre terrible, que por otra parte te trató muy mal. Francamente, te sugiero que des una oportunidad a Lombard y que olvides las cosas que Harry dijo de él.

-Si no hubiera tanta gente en la casa, puedes estar seguro de que ya lo habría echado a patadas.

Claude rió.

-No sé por qué la prensa te llama La princesa de hielo, si eres una de las personas más apasionadas que conozco. Pero ten cuidado en este caso. A él no le quedaría nada mal el apelativo de El hombre de hierro.

-Nunca pensé que fueras tan oportunista. Pero supongo que, tras la muerte de mi padre, la amistad de Lombard puede ser muy beneficiosa para ti.

Claude no tuvo ocasión de defenderse, porque Camille se apartó entonces y se dirigió al propio Lombard. -¿Cómo te atreves a presentarte en mi casa?

-Siento que mi presencia te ofenda -respondió él, con calma-, pero

debo decir que recibí una invitación. -¿Una invitación? ¿Quién te la ha enviado? -Irónicamente, la Guilford Corporation. O, al menos, es lo que pone en la tarjeta.

-Me resulta muy extraño -comentó ella.

-No lo es. Piensa que soy un coleccionista muy conocido y que a las empresas sólo les importa el dinero.

Pero me alegro de haber venido, o no habría podido conocerte. Tu padre siempre te mantuvo alejada.

Camille hizo un esfuerzo por ocultar su sorpresa. -Es lógico que un padre quiera proteger a su hija. -Lo sería si no fuera porque Harry Guilford nunca se comportó precisamente como un buen padre.

-¿Y por eso lo destruiste? -preguntó, enfadada. -Siento llevarte la contraria, pero no fui el causante de su caída. Se eliminó a sí mismo y lamento que te hiciera daño. Eso no formaba parte de mi plan.

-Luego admites que tenías un plan...

-Por supuesto. Enfrentarse a tu padre implicaba riesgos muy altos.

-¿Riesgos? ¿Y se puede saber qué arriesgaste tú? Nick Lombard la miró en silencio durante unos segundos, como si no estuviera seguro de hasta qué punto podía y debía hablar. Pero al final, respondió:

-Es evidente que desconoces muchas cosas de tu padre. -¿Y tú vas a ponerme al día? -lo retó. -Tal vez. Cuando empieces a confiar en mí.

Lombard sonrió de un modo tan atractivo que Camille se estremeció. Pero la sonrisa desapareció enseguida. -No quiero volver a verte en toda mi vida -dijo ella-.

De hecho, me ofende que te hayan invitado a mi casa. -Sospecho que mi presencia es poca cosa en comparación con la aparición de tu ex prometido.

Camille se ruborizó por el comentario.

-Eso es agua pasada. Y a diferencia de ti, Philip Garner no supone ninguna amenaza.

La mujer dio un paso atrás mientras intentaba ocultar su nerviosismo. No esperaba que su peor enemigo se presentara en la mansión y le ofreciera su amistad.

-Has utilizado todo tu poder para hundir mi mundo declaró-. ¿Por qué tendría que aceptar tu ayuda? Camille se sintió tan hechizada por aquellos ojos que estuvo a punto de perder el sentido de la realidad. -Al final confiarás en mí, te lo aseguro.

Camille no se dio cuenta de que Philip y Robyn se acercaban a ella hasta que se encontraron a su lado. -Caramba, Camille -dijo Robyn, sin más preámbulos-. ¿Ahora hablas con Nick Lombard? Nunca dejarás de

sorprenderme.

-Sí, ¿verdad? -dijo Camille con ironía-. Por lo visto, hay mucha gente que recibió una invitación sin mi conocimiento.

Robyn hizo caso omiso de su evidente disgusto.

-Tal vez sea porque los tiempos cambian –comentó con malicia-. Pero comprendo que te cueste asumirlo. Camille se encogió de hombros. -Al menos, la velada está siendo un éxito.

-Sí, mi madre está encantada -dijo Robyn-. Estaba enamorada de ese cuadro de Cóndor que subastan y sé que lo habría adquirido en Londres si tu padre no hubiera intervenido.

-Pues te advierto que hay muchos compradores interesados. Puede que tu madre vuelva a perder su oportunidad -dijo, antes de volverse hacia su ex prometido

¿Qué tal estás, Philip?

-Bien -respondió con una débil sonrisa-. ¿Y tú? -Bastante bien.

-Estás preciosa esta noche.

Robyn miró con cara de pocos amigos a su acompañante y comentó:

-¿Sabías que nos hemos comprometido?

-¡Qué bien! -comentó Camille con ironía-. A Philip se le dan muy bien los compromisos.

-Al menos, el nuestro terminará en boda. A diferencia de...

-A diferencia del mío, ya lo sé -la interrumpió Camille-. Gracias por recordármelo.

Robyn quiso decir algo, pero la súbita intervención de Nick Lombard la interrumpió. Tomó del brazo a Camille, sonrió y dijo, antes de apartarla del grupo:

-¿Nos disculpáis un momento? Me gustaría que Camille me diera su experta opinión sobre cierto cuadro.

Unos segundos después, cuando se encontró a solas con él, protestó.

-No necesitaba que me rescataras de esa bruja.

-Conozco a Robyn Masterman y sé que puede ser muy desagradable cuando quiere.

-Desde luego, pero soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

-No lo dudo, aunque todos necesitamos ayuda de vez en cuando -observó-. Además, ¿qué clase de hombre es ese Garner? Te abandona tras la muerte de tu padre y se presenta en tu casa con ella.

-Bah, eso no significa nada. Philip tiene la fea costumbre de utilizar a los demás.

-Ya me he dado cuenta. Y también me he dado cuenta de que no

los invitaste.
-Ni a ellos ni a ti. Pero está visto que ya ni siquiera puedo decidir en lo relativo a mi casa.
-Me pregunto si alguna vez fue realmente tuya.
-¿Cómo has dicho?
-Sabes perfectamente a lo que me refiero -respondió él-. Pero ahora que te he conocido, me pregunto por qué te pusieron el sobrenombre de La princesa de hielo. Es evidente que de fría no tienes nada... Según tengo entendido, tu padre no te animó a tener amigos, ¿verdad?
-Si estás insinuando que no me quería, dilo -declaró-. Ya veo que eres especialista en destrozar a la gente.
-No me acuses de ser como tu padre. Yo tengo una hija y la quiero.
-¿Quieres decir que amas a alguien? -se burló.
-A muchas personas, y a mi hija por encima de todo.
-Discúlpame, no he debido decir eso. Pero la culpa la tienes tú por haberme arrastrado cuando realmente no te interesa mi opinión sobre ningún cuadro.
-Te equivocas -dijo llevándola hacia un cuadro.
-Ah, sí, las tres hermanas de Stanford... Es magnífico. De hecho espero que se venda por un cuarto de millón de dólares como mínimo. Parece que la gente ha venido con ganas de ver fuegos artificiales esta noche...
-En ese caso, no les des lo que esperan -comentó Nick-. Sé que te has enfrentado a situaciones peores.
-Y que lo digas.

Una hora después, la exposición ya había terminado, pero la gente continuaba en la mansión como si no tuviera prisa alguna por marcharse. Camille no estaba segura de poder soportarlo más tiempo, aunque por suerte, Nick Lombard se había marchado con Clare Tennant, la viuda del coleccionista Arthur Tennant, y la había dejado en paz.
Claude seguía en la casa y de hecho había intentado animarla con sus bromas, pero Camille no estaba de humor. En cuanto a Linda y Stephen, se habían marchado a casa porque su amiga no se encontraba bien. Estaba embarazada de tres meses y supuso que tendría las típicas molestias asociadas a su estado.
Cansada del tumulto, decidió buscar un poco de paz en la biblioteca. Acababa de entrar cuando alguien la llamó.
-Philip, te ruego que te marches de aquí. La biblioteca no está abierta a los invitados.
-Sólo quería hablar contigo un momento.

-Yo no tengo nada que decir. Haznos un favor y vuelve con Robyn. No tenemos nada de qué hablar.

Philip no hizo caso. Bien al contrario, dio un paso hacia ella.

-Camille, sé que me extrañas. Yo a ti, mucho.

-¿Es que eres idiota? -preguntó, irritada-. Si se te ocurre traicionar a Robyn, su padre te matará.

-Puedo manejar perfectamente a Bert Masterman.

Además, esto es algo entre tú y yo, nada más. Y en cuanto a Robyn, ni siquiera se dará cuenta... ahora está hablando con su psiquiatra.

-¿Su psiquiatra está aquí? ¿Y cuánto le va a cobrar?

-preguntó con ironía.

Philip rió.

-Nada, porque lo pago yo -respondió, mientras se pasaba una mano por el pelo.

-Sea como sea, no me importa. Quiero que te vayas, Philip. Estoy muy cansada.

Philip se acercó más y la tomó de una muñeca.

-Eso puedes decírselo a los demás, pero no a mí. -¿Qué es lo que quieres, Philip? -Sólo hablar contigo un momento. -¿Y qué hay de Robyn?

-Olvídate de ella. Es a ti a quien deseo. No pensarías que iba a dejarte salir de mi vida así como así, ¿verdad? -No puedo creer lo que estás diciendo -dijo Camille-. Después de lo que has hecho, no quiero saber nada de ti.

Philip la atrajo hacia sí y dijo:

-Camille, lo siento mucho. Te echo terriblemente de menos.

Camille intentó apartarse de él.

-Olvídalo, Philip. Todo ha terminado entre nosotros.

-¿Es que no lo entiendes? No podía seguir contigo porque volvería a ser pobre, pero no importa que me case con Robyn: no la quiero y ella no me quiere a mí.

Es una cuestión de simple y puro interés mutuo.

-Me preguntó qué diablos vi. en ti, Philip... -dijo con cierta tristeza-. Ahora mismo, me avergüenzo de haber estado contigo.

¿Tanta importancia tiene que me haya vendido al mejor postor? No tenía otra opción, Camille. Pero esto no tiene por qué afectar a nuestra relación.

-Si no me sueltas ahora mismo, empezaré a gritar. Y me da igual lo que pase después. Ya estoy harta de ti. -¡Estoy hablando en serio!

En ese instante, sucedió algo inesperado. Camille creía que estaban solos en la biblioteca, pero no era así.

De repente, un hombre salió de entre las sombras y se acercó. Era Nick.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó ella.

-Tenía que hacer una llamada urgente y tu mayordomo me recomendó que me dirigiera a la biblioteca. Al oíros entrar, he querido saludaros para que fuerais conscientes de mi presencia, pero la pequeña escena de Garner me lo ha impedido.

-Pues ahora que te has explicado, vete -dijo Philip.

-Será mejor que nos marchemos los dos -amenazó Nick.

-Sí, marchaos de una vez -intervino Camille, profundamente humillada por la situación-. Y por cierto, Lombard, deja de meterte en mi vida. No es asunto tuyo.

-Lo siento mucho, Camille -dijo Nick con ironía Como ya he dicho, no tenía intención de molestar.

-Será mejor que no le cuentes a nadie lo que has oído. No sería bueno para nadie -observó Philip.

-No creo que tuviera importancia, Garner. La gente ya está al tanto de tu deplorable comportamiento.

-¿En serio? -se burló Philip.

En ese instante se oyó la voz de una mujer y Camille dijo:

-Parece que viene alguien...

-Tal vez sea Robyn Masterman, que viene a buscar a su... ¿cómo te definirías, Garner?

-Dios mío, no dejéis que entre -dijo Philip desesperado. Nick Lombard tomó a Camille del brazo y comentó: -Compórtate con naturalidad. Saldremos de esta. Unos segundos después, Robyn Masterman entró en la sala.

-Lo siento, no sabía que hubiera nadie...

-Tal vez, porque no te has molestado en llamar -comentó Camille.

-Estaba buscando a Philip... Ah, estás aquí. Llevo buscándote un buen rato.

-Creo que ha sido culpa mía -intervino Nick-. Tenía que hacer una llamada y tu prometido se prestó voluntario a acompañarme a la biblioteca.

Philip se aferró a la mentira de Nick como a un clavo ardiendo.

-Ya me conoces, siempre dispuesto a ayudar... -comentó, con una sonrisa-. Pero ya es hora de que nos marchemos. Gracias por la velada, Camille. Robyn y yo esperamos que la subasta sea todo un éxito.

-Desde luego, porque lo vas a necesitar -comentó Robyn-. Espero verte más a menudo, Nick... ¿cómo es que te dejas ver tan poco?

-Recuerda que tengo una hija y que no me deja mucho tiempo libre. .

-Oh, por supuesto... ¿Cuántos años tiene ya? ¿Cinco, seis?

-Seis -respondió, sin querer dar más explicaciones.

-Bueno, os dejamos ya -dijo Philip mientras se marchaba con Robyn.

-Una conversación interesante -comentó Nick, segundos más tarde.

-Una conversación extraña para una noche extraña.

-Y supongo que estarás cansada...

-Sí, lo estoy.

Camille parecía tranquila, pero aquel hombre la ponía nerviosa. Era tan atractivo y se comportaba con tal seguridad que intentó concentrarse en cualquier otra cosa y se fijó en la enorme colección de libros de su padre. Había textos de literatura, medicina, astronomía, filosofía, historia y de otras muchas disciplinas.

-Es una biblioteca magnífica -observó Nick.

-Sí, es cierto. Si estás interesado en ella, debo decir que se subastará por separado.

-Tu padre fue un verdadero genio en el arte de subastar cosas.

-Dime una cosa: ¿Por qué suena tan extraño ese comentario? -preguntó con seriedad.

-Será mejor que hablemos de eso en otro momento. -No habrá otro momento. Tú y yo no tenemos nada en común -afirmó Camille.

-Yo diría que sí. ¿Es que crees que mi familia no sufrió por culpa de tu padre?

El comentario la sorprendió.

-¿Qué quieres decir? Nuestras familias no se conocieron. La tuya vive en Melbourne y no viniste a Sydney hasta que te convertiste en presidente de Orión.

Nick la miró con intensidad y se limitó a decir: -Eres la viva imagen de tu madre.

-No pretenderás decir que conociste a mi madre, ¿verdad? -preguntó, incrédula-. Lleva muerta veinte años y entonces tú sólo eras un niño. Nick asintió.

-Sí, pero la recuerdo muy bien. Era maravillosa.

¿Tanto te molesta que la recuerde?

-Me sorprende, eso es todo. Pero mi padre nunca comentó que tu familia la conociera.

-No, claro, tenía buenas razones para no decir nada.

A fin de cuentas, Natalie estaba comprometida con mi tío Hugo cuando apareció tu padre y rompieron su compromiso.

Camille lo miró con asombro.

-No te creo. Estás mintiendo. No puedes demostrar lo que dices.

-¿Tú crees? Lo sabía muchísima gente.

-Entonces, ¿cómo es posible que no lo sepa yo? -preguntó-. Exijo una explicación inmediata.

Nick frunció el ceño.

-Por si no te habías dado cuenta, la gente tendía a ser muy cauta cuando se encontraba en presencia de tu padre. Digamos que tenía ciertos contactos y que sabía cómo intimidar a los demás. Pero mi tío no era un Lombard, sino un Vandenberg. Era el único hermano de mi madre.

-¿Era? ¿Es que ha muerto? -preguntó, mientras se sentaba en un sillón.

Nick Lombard se volvió hacia un enorme retrato de Harry Guilford. Emanaba poder. Y un destello de brutalidad.

-Sí, está muerto. Era un joven brillante con una prometedora carrera de abogado, pero se suicidó el día que enterraron a tu madre. Y a diferencia de tu padre, nunca hizo daño a nadie. Sólo cometió un error en su vida: creer que Natalie se daría cuenta de quién era realmente Harry Guilford. Pero no se dio cuenta a tiempo, y fue terrible para todos.

-No quiero oír nada más... -dijo ella, súbitamente mareada.

Nick se acercó a la mujer y la tocó con suavidad para animarla.

-Lo siento. No pretendía incomodarte... Ten, toma un trago. Te hará bien.

Camille miró la copa que le ofrecía. Contenía lo que parecía ser coñac o whisky.

-Nada de lo que dices tiene sentido...

-Toma un poco, en serio. Te sentirás mejor.

-No, nada hará que me sienta mejor.

Sin embargo, Camille tomó la copa y le dio un pequeño trago.

-Descansa un poco. Nadie te molestará -dijo Nick.

-Ahora te comportas como si la casa fuera tuya...

Nick hizo caso omiso del comentario.

-Dejemos nuestra conversación para otro momento.

-Te recuerdo que la has iniciado tú -contestó ella.

-Es verdad, pero sólo lo he hecho porque hay muchas cosas que desconoces. Y la verdad importa, Camille.

-¿Qué estás insinuando, Lombard?

-Nada. Como ya he dicho, dejémoslo para otro día. Hoy no te encuentras bien, has estado a punto de desmayarte.

-Al parecer no has oído lo que he dicho antes. No habrá otro día -le recordó-. Si lo que dices es cierto, supongo que mi padre tuvo algún tipo de desavenencia con tu tío por el afecto de mi madre.

Nick la observó y pensó que la extraordinaria belleza de aquella

mujer era un eco del trágico pasado.

-Confieso que siempre odié a tu padre y que ese odio me consumió durante mucho tiempo. Todos queríamos mucho a mi tío Hugo, pero por desgracia, la muerte es irrevocable... Creo que la belleza de Natalie los volvió locos a los dos. Pero todos sabíamos que tu padre ocultaba algo terrible, y aunque yo sólo era un niño, me prometí que algún día descubriría su secreto. Muchos años después, pude iniciar la investigación y el resultado es el que ya conoces.

Nick Lombard se detuvo un momento antes de concluir. Sus ojos parecían tan negros como la noche.

-Ahora, Harry Guilford sabe lo que se siente al estar muerto.

Capitulo 2

EL SOL brillaba cuando Camille despertó. Se quedó un buen rato mirando el techo antes de empezar a recordar los acontecimientos de la noche anterior. De ser cierto lo que Lombard había confesado, explicaría muchas cosas. Por ejemplo, el odio que sentía hacia su padre y su obsesión por acabar con él. Incluso cabía la posibilidad de que también quisiera vengarse de ella.

El apellido Vandenberg no le resultaba desconocido. Era famoso gracias a Julian Vandenberg, el pianista, y a Sir Charles Vandenberg, un conocido industrial. Y sabía que existía alguna relación familiar entre ellos, pero desconocía si también la había con Nick Lombard.

Los Lombard se dedicaban a las obras de arte y tenían su base en Melbourne, aunque Nick Lombard se había mudado a Sydney. Procedían por tanto de ciudades, estados y círculos sociales y profesionales bien diferentes, aunque parecía existir algún tipo de vínculo entre ellos.

Camille pensó que Claude podría sacarla de dudas; tenía una memoria prodigiosa y conocía a medio país.

Unos minutos más tarde bajó a desayunar y encontró a Tommy sentado a la mesa, leyendo el periódico.

-Buenos días, Tommy. ¿Dicen algo de nosotros?

Tommy Browning, que se acercaba a los sesenta años, se levantó de la mesa y dobló el periódico.

-Sí, hay un par de notas. Pero olvídate de eso ahora... Parece que los buitres se han levantado pronto esta mañana. Llevan dando vueltas desde las seis. Sin embargo, ninguno está dispuesto a ofrecer lo que vale la casa.

-Estoy segura de que encontraremos un comprador. Es una propiedad magnífica y no perderán la oportunidad.

-No lo dudo... Pero siéntate. Dot llegará en cualquier momento con tu desayuno y deberías tomar algo.

-Dot y tú os pasáis la vida mimándome... -protestó.

-Es un placer.

Los Browning siempre habían intentado que su vida fuera más sencilla. Ni Dot ni Tommy apreciaban a Harry Guilford, pero querían tanto a su bella, triste e inteligente hija que, a pesar de ser respectivamente la cocinera y el mayordomo, se habían convertido en unos padres para ella.

En eso también había tenido que ver la pérdida de su propia hija, Mary, que había muerto a los seis años por culpa del sarampión. Les habían dicho que era algo sin importancia, pero se transformó en

meningitis.

-¿Qué vas a hacer hoy? -preguntó Tommy.

-Iré a la ciudad. Tengo una reunión con Hugh Evans.

-¿Quieres que te lleve en el coche?

-No, prefiero que te quedes. Te necesito aquí.

Él asintió.

-Bueno, había pensado echar un vistazo a la casa, aunque ya no nos pertenezca.

-Nunca fue nuestra, sino de mi padre. Nos iremos en cuanto hayamos vendido los cuadros y las antigüedades. Me habría marchado inmediatamente, pero Bruce Barnard insistió en que permaneciéramos aquí hasta entonces, como ya sabes. Y ha sido tan bueno con nosotros...

-Siempre ha sido un caballero. Pero vender la casa es una buena idea. Ya viste el lío que se formó anoche...

-Nunca pensé que Nick Lombard se atreviera a venir.

-Debo decir que a mí me pareció una buena persona, muy cortés y sin ninguna arrogancia. Me pidió que le indicara dónde estaba el teléfono y lo llevé a la biblioteca. Por lo visto, tenía que hacer una llamada urgente.

-Pues podría haber elegido mejor momento...

-Sí, mencionó algo al respecto. Y en cuanto a Garner y a esa mujer, te aseguro que estuve a punto de echarlos yo mismo.

-Me alegra que no lo hicieras. A fin de cuentas, ya no es asunto nuestro. Ya no pertenecemos a este lugar.

Camille tenía razón. Harry Guilford le había proporcionado casa, estudios y ropa, pero no se había molestado en dejarle dinero ni más propiedad que unas cuantas joyas que habían pertenecido a Natalie y un par de regalos caros que había hecho para hacerse pasar por un buen padre. Pero a pesar del dolor que le había causado, Camille había mantenido la calma y había afrontado su destino. Y Tommy, por supuesto, se enorgullecía de ella.

Unas horas más tarde, Camille volvió a enfrentarse a su pérdida de estatus social. Lo notó desde el preciso instante en que entró en la sede de Comtek, en la torre Guilford, para entrevistarse con su presidente, Hugh Evans. Ninguna de las personas que generalmente se levantaban o se acercaban para saludarla lo hizo aquella vez.

Incluso Ruth Maynard, la secretaria de Evans, estuvo fría y la hizo sentarse y esperar. Su jefe tardó un buen rato en recibirla.

Por fin, la puerta del despacho se abrió y apareció el propio Evans en persona.

-Hola, Camille...

-Buenos días, Hugh.

Camille caminó hacia él y le estrechó la mano. Se había puesto un traje de lino blanco y se había recogido el cabello en un moño.

Hugh la invitó a entrar en el despacho y Camille se sentó en una butaca frente al escritorio.

-¿Qué tal van las negociaciones con Sam Fullerton? -preguntó ella.

Era el presidente de una empresa de electrónica que se había mostrado interesado en sus programas.

-No del todo bien...

Justo entonces sonó el intercomunicador. Hugh pulsó el botón y preguntó:

-¿Qué ocurre, Ruth?

-Sólo quería recordarte que tienes una comida de negocios con el señor Lombard.

-Lo sé, lo sé, pero ahora estoy reunido con Camille. No me pases ninguna llamada.

Camille no pudo creer lo que acababa de oír y se atrevió a preguntar:

-¿De qué tienes que hablar con Nick Lombard?

Hugh se puso inmediatamente a la defensiva.

-Estoy intentando mantener la empresa a flote. A pesar de nuestros éxitos estamos en una posición bastante complicada. Como sabes, tu padre nos descapitalizó.

-Sí, lo sé. Pero Lombard... es nuestro enemigo.

-Camille, estaría dispuesto a hablar con el mismísimo diablo si con ello salvara la empresa. No me interpretes mal. Aprecio todo lo que has hecho y lamento mucho lo que te ha pasado, pero no estás en posición de juzgarme.

-No te estoy juzgando, Hugh. ¿Es que has olvidado que Nick Lombard es el culpable de nuestras desgracias?

-Te equivocas, el culpable fue tu padre. No sé por qué eres leal a su memoria. Soy una de las pocas personas que sabe lo mal que se portaba contigo, ni siquiera tuvo la decencia de asegurar tu futuro. Nunca lo entendí. Adoraba a tu madre pero, a pesar de que eres su vivo retrato, jamás te quiso. Es más: yo diría que te odiaba.

-Eso ya no importa, Hugh. Además, da igual que no me haya dejado nada. Sé trabajar y me ganaré la vida.

-Pero incluso así, imagino que no te habrás alegrado al saber que lo habías perdido todo...

-No, claro que no, pero no echaré de menos ser una rica heredera. Además, no quiero pensar en dinero ahora. Todavía estoy de luto por la muerte de mi padre.

Los ojos grises de Hugh se oscurecieron.

- Por Dios, no se lo merece. Era un canalla, y aunque me llamaba incompetente muy a menudo, esta empresa gracias a mi esfuerzo Te recuerdo que no fue él, sino yo, quien te dio un trabajo. Harry nunca confió en ti.

-Como acabo de decir, eso ya no importa. ¿Vas a hablar con Lombard sobre Comtek?

Hugh sonrió.

-Por supuesto. Nick Lombard conoce el negocio. Además, tiene mucho dinero y es un hombre muy sólido.

-Pero también es un pirata..

-¿Un pirata? -preguntó Hugh, mirándola directamente a los ojos-. Estás en un error, Camille, y no deberías permitir que tus emociones te cieguen. Lombard tenía algo personal contra tu padre, pero tu padre estaba totalmente obsesionado con él.

-¿Es que existía alguna conexión entre ellos? Sé que estuviste con mi padre desde el principio y...

-¿A qué te refieres? -preguntó Hugh, ruborizándose.

-Lombard me contó algo que me sorprendió. Al parecer, mi madre estuvo a punto de casarse con su tío.

-Yo no sé nada de eso -declaró.

-¿Estás seguro? -preguntó con desconfianza.

-Por supuesto que sí. Pero no quiero hablar de ese asunto ahora. Quería verte para charlar sobre tu, trabajo.

-Me alegra saberlo, porque creo que ese ascenso me correspondía a mí...

Hugh se recostó en su butaca.

-Bob Denholm era un buen candidato. Puede que no te hayas dado cuenta, pero tiendes a tomar decisiones arriesgadas, como tu padre.

-Si alguna vez me he arriesgado, creo que siempre ha sido para bien de la empresa -se defendió-. Es lo que se llama tomar decisiones.

-Cierto, pero no eres tan cauta como deberías. Además, no trabajas bien bajo presión.

-Hugh, no sé a dónde quieres llegar, pero nunca te habías quejado de mí. De hecho, siempre has comentado que mi alto salario estaba más que justificado. ¿Qué ha pasado?

Hugh abrió un cajón del escritorio, sacó un frasquito con píldoras y se tomó dos sin agua.

-Se trata de tu apellido, Camille. La gente lo odia y algunos de nuestros accionistas no quieren ni oírlo. Incluso ahora, a pesar del tiempo transcurrido, hay personas que se ponen tensas cuando lo oyen.

-¿Me estás despidiendo, Hugh?

Hugh suspiró.

-Camille, siempre te he apreciado. Me importa lo que te suceda, pero Harry ha dejado mucho rencor tras de sí y ha destruido tu carrera, aunque seas totalmente inocente. Ya habrás notado que la gente se aleja de ti...

-Sí, ya lo he notado, y no puedo creer que me estés haciendo esto, Hugh. Me quieres convertir en el chivo expiatorio aunque fuiste tú mismo quien me diste el empleo que tengo.

-Es cierto, y añado que te lo di a pesar de tu padre. Pero una mujer tan bella como tú no necesita trabajar. De hecho, pensé que te alegrarías de alejarte de la empresa.

-Ah, claro... Y supongo que piensas hablar de mi despido con Lombard.

-No seas absurda.

-¿Absurda? El mismo día que me despides, te reúnes con él. ¿Debo pensar que es una casualidad?

-Es simple coincidencia, te lo aseguro. Sencillamente, creo que tu presencia en la empresa sería muy inconveniente para todos.

-¿Y qué quieres que haga ahora? ¿En qué voy a trabajar? -preguntó, desesperada.

-Eres una gran profesional, Camille, pero sinceramente no creo que nadie te dé un empleo en Sydney.

Camille se levantó de la butaca.

-Es por Lombard, ¿verdad? Está obsesionado con vengarse. Seguramente ha llegado a algún tipo de acuerdo contigo -declaró.

Hugh también se levantó.

-No puedo creer que digas eso. Me estás decepcionando, Camille.

-Vete al infierno, Hugh. Nunca te he fallado. He trabajado muy duro y me he ganado mi puesto aunque todos los demás creían que sólo era una niña bonita y que no lo conseguiría.

-No te marcharás con las manos vacías, Camille. Por supuesto, tienes derecho a una compensación económica y me aseguraré de que sea muy generosa. Pero debes entender que has molestado a mucha gente. La envidia puede llegar a ser terrible, y a tu belleza y a tu inteligencia se suma el hecho de que eres hija de Harry -declaró Hugh-. Has heredado muchos de sus enemigos, pero también tienes algunos amigos, gente que podría ayudarte...

-Déjalo ya, Hugh, no sigas. No quiero palabras. Sólo quiero lo que es mío.

-Por lo visto, te pareces más a tu padre de lo que pensaba. Él también se negaba a recibir ayuda de nadie -declaró con amargura.

-Vaya, tengo la impresión de que llevabas toda la vida esperando decir eso. Hugh rió con frialdad.

-Nunca le deseé mal alguno a tu padre, pero es cierto que, como otras muchas personas, tenía cuentas pendientes con él. Sé que te hizo la vida imposible, pero tampoco se puede decir que te haya dejado en la calle... Tienes las joyas de tu madre. Ese collar de esmeraldas y diamantes que le regaló Harry debe de costar una fortuna.

-¿Crees que lo vendería?

-Tendrás que hacerlo, y cuando lo decidas, creo que podría ayudarte a venderlo -respondió-. Por cierto, si yo estuviera en tu lugar no me dedicaría a hablar mal de Nick Lombard en público. Es un hombre muy poderoso, con muchos contactos, y la gente no ha olvidado ciertas cosas.

-Gracias por todo, Hugh.

Camille giró en redondo y se dirigió a la salida, pero Hugh la siguió.

-No te lo tomes a mal, Camille.

-¿Y cómo quieres que me lo tome? Adiós, Hugh.

Ojala que te atragantes durante la comida con el hombre que ejecutó a mi padre.

Camille abrió la puerta y se encontró, cara a cara, con Nick Lombard en persona. Fue una sorpresa tan inesperada y estaba tan tensa que le dio una bofetada.

-¡Camille! -exclamó Hugh.

Lombard la tomó de una muñeca y dijo en voz baja:

-Supongo que hace tiempo que deseabas hacerlo.

-Todavía no he empezado contigo. Ya lo verás.

-Camille, basta ya... -intervino Hugh-. Siento mucho lo sucedido, Nick. Perdónala.

-¿Que me perdone? ¿A mí? -preguntó Camille con incredulidad-. Es él quien debería pedir perdón por jugar con la vida de la gente.

-Te estás equivocando, Camille -dijo Hugh.

-¿De qué estáis hablando? -intervino Nick. -Es un asunto privado -respondió el ejecutivo.

-Oh, vamos, dejémonos de juegos tontos -protestó

Camille-. Y ahora, te agradecería que me soltaras el brazo, Nick.

-No. Lo haré a su debido momento.

-¿Pero quién te crees que eres? -exclamó, enfadada. -Desde luego no soy tu enemigo, como crees. Entremos en el despacho y charlemos de esto.

-No hay nada de lo que hablar -insistió Hugh.

-Esto es increíble -declaró Camille-. No puedo creer que actúes

como si no supieras que me han echado.

Nick Lombard entrecerró los ojos.

-Puedes estar segura de que tu posición en tu empresa no tiene nada que ver conmigo.

-Ya te lo he dicho, Camille. Nick no tiene nada que ver. La responsabilidad es mía y la decisión de tu despido también.

-Luego es cierto que te han despedido... No lo entiendo, Hugh -declaró Nick-. ¿No decías que Camille es una gran profesional?

-Y lo es, pero tiene muchos enemigos en la empresa por culpa de su padre. Toda la ciudad odia su apellido y tú deberías saberlo mejor que nadie, Nick. Además, estoy seguro de que será más feliz en otra empresa. -Gracias por tu preocupación, Hugh -dijo ella con ironía.

Nick Lombard se volvió hacia la mujer.

-Eres inteligente, trabajadora y ambiciosa. Seguro que tu apellido no te cerrará todas las puertas.

-No, únicamente las que tú puedas cerrarme -espetó. -Camille, estás yendo demasiado lejos. Nick no tiene nada que ver con tu despido. Y ahora, si no te importa, tenemos que marcharnos. Ya hablaremos en otro momento -se excusó Hugh.

-No te molestes en llamarme. Asegúrate de que me paguen lo que me deben y nada más. Me has decepcionado profundamente... Siempre pensé que eras mi amigo y hoy me has demostrado que sólo eres una rata. En cuanto a ti, Nick Lombard, eres un verdadero monstruo.

-Tal vez lo sea, pero espero que permitas que un monstruo te acompañe al ascensor.

-Nunca dejas de asombrarme, Lombard -comentó ella.

-Ni tú a mí.

Hugh intervino entonces, aliviado por perderla de vista.

-Hasta luego, Camille. Te llamaré la semana que viene y tal vez podríamos ir a comer.

-Preferiría morirme de hambre, Hugh.

Camille se alejó en compañía de Nick Lombard, pero intentó quitárselo de encima.

-Ya puedes marcharte. Me creo perfectamente capaz de llamar al ascensor sin ayuda de nadie.

-No lo dudo, pero aunque ahora no te des cuenta, es posible que en poco tiempo te alegres de que te hayan despedido de esta empresa. Es más: puedo ayudarte si lo necesitas.

-¿Ayudarme? -preguntó, verdaderamente asombrada-. Pero, ¿qué clase de hipócrita eres?

-Yo no he tenido nada que ver con la decisión de Hugh -respondió

con cierta aspereza-. Ni siquiera entiendo que te empeñes en relacionarme con eso.

-¿Me tomas por idiota? Has admitido que querías vengarte de mi padre, y ahora que está muerto, no descansarás hasta que concluyas tu venganza contra todos los Guilford.

-Eso no te incluye a ti.

-Te recuerdo que soy la hija de Natalie. Pero ahora que lo pienso... ¿no estarás actuando así porque mi madre hirió el orgullo de tu familia?

El rostro de Nick se endureció.

-Lo hizo, pero no sabía lo que hacía. Guilford la manipuló y la dominó con su personalidad. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, tenía una niña de la que cuidar. Además tu padre nunca habría permitido que lo dejara.

Lombard se detuvo un momento y añadió:

-Natalie no ocultó nunca su deseo de abandonarlo. Ni el hecho de que tenía miedo de él.

-¿Miedo? ¿Qué estás diciendo? -preguntó Camille, sorprendida.

-¿Es que no sabes que se dijeron muchas cosas de la muerte de tu madre?

-¡No pienso seguir escuchándote! -exclamó indignada-. ¿Cómo te atreves a hablar en esos términos de un hombre que está muerto y que ni siquiera puede defenderse? El accidente de mi madre estuvo a punto de volverlo loco. Además, se investigó y la policía dijo que...

-Sé muy bien lo que dijo la policía -la interrumpió En el informe se dice que tu padre arriesgó su propia vida, pero es posible que lo hiciera después de haberla empujado al mar.

-Vete al infierno. No contento con destruir a mi padre, ahora lo acusas de asesinato. Pues bien, ¡eres tú quien debería irse al infierno!

Estaba sola en el ático del edificio donde se encontraba la sede de Comtek. Los magníficos cuadros que adornaban el santuario de su padre ya habían desaparecido de las paredes, pero las alfombras persas, las estatuas y los muebles seguían allí.

Temblando, se había sentado en la butaca que estaba tras el escritorio. La mesa era enorme y todavía se veían sobre ella los objetos de Harry Guilford: su pluma, su papel secante y su cenicero de cristal. Estar- allí, en la butaca de su padre, le resultaba extraño y doloroso. Pero esa vez había algo más que la sensación de pérdida; sabía que había hecho cosas terribles y que se había comportado muy mal con sus propios empleados, pero nunca había llegado a considerar la posibilidad de que hubiera hecho daño a Natalie.

Intentó convencerse de que Nick Lombard sólo pretendía vengarse,

de que se había envenenado la sangre por el asunto de su tío. Y tan inmersa estaba en sus propios pensamientos que casi se sobresaltó cuando segundos después oyó la voz de una mujer.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Era la secretaria de Hugh, que la miraba con desaprobación.

-No creo que eso sea asunto tuyo -respondió Camille con tranquilidad.

-No deberías estar aquí -insistió.

-Pues tengo intención de quedarme un buen rato. Este ático era el santuario de mi padre y yo sigo siendo su hija; de hecho, te recuerdo que a ti nunca te dejaron entrar. Así que puedes bajar e informar a Hugh si quieres. Pero es un hombre tan sensible y encantador que estoy segura de que no le importará que me quede unos minutos -declaró con ironía.

-Está bien, como quieras -dijo Ruth, mientras miraba a su alrededor con aprensión-. Personalmente me parece un sitio macabro.

-En ese caso, haznos un favor a las dos y márchate.

Capitulo 3

EL TELÉFONO estaba sonando cuando Camille entró en el dormitorio. Era su amiga Linda. -Soy yo -dijo sin presentarse-. ¿Qué tal con Hugh? Camille se sentó en la cama y se quitó los zapatos. -Antes de entrar en materia, ¿qué tal te encuentras tú? Anoche tenías mal aspecto.

-Y esta mañana he vomitado -la informó-. Hay que ver lo que se sufre con un embarazo.

-Bueno, dentro de poco te sentirás mejor.

-Eso espero, porque me siento agotada y feísima. Camille rió.

-Eh, no te quejes. Estás casada con un gran hombre. -Sí, lo sé. Además, se desvive por mí. El problema es que Stephen quiere tener cuatro niños. En fin, cuéntame lo de Hugh. Espero que no te haya complicado las cosas. -Oh, no. Ha hecho algo más que complicármelas: me ha despedido.

-¿Que te ha despedido? -En efecto.

-Dime que estás bromeando...

-No. Todo el mundo me quiere fuera de esa empresa.

Soy la hija de Harry Guilford y esa no es la mejor carta de presentación; además, Hugh cree que tengo una cuenta secreta en Suiza o algo así. Pero encontraré otro trabajo. Casi me alegro de que me haya despedido, porque ese empleo lo conseguí por puro y duro nepotismo.

-¿Qué estás diciendo? Ese empleo te lo ganaste a pulso. Hugh se limitó a darte una oportunidad.

-Sea como sea, ya no me quiere en la empresa. Y hasta Ruth Maynard ha querido ponerme en mi sitio.

-Esa mujer es detestable -observó su amiga-. Hagamos una cosa... ¿Por qué no vienes a cenar esta noche? Estaremos sólo los tres y tal vez Jeffrey, si no tiene otro compromiso. Las dos necesitamos animarnos un poco, y qué mejor para eso que una alegre velada de amigos.

Camille aceptó y horas después se encontraba en casa de sus amigos. Como había dicho Linda, Jeffrey Prior se encontraba presente. Era un joven atractivo que estaba enamorado de Camille desde hacía años. Al igual que Stephen, el marido de Linda, trabajaba en el prestigioso bufete Carghill Kempner Morris, fundado por un bisabuelo de Stephen.

-Esto sí que es relajante... Necesitaba saborear la tranquilidad -declaró Camille, echando la cabeza hacia atrás.

-Y yo necesitaba saborearte a ti -comentó Jeffrey con humor.

Camille le dio una palmadita en un brazo.

-Eres un gran amigo, Jeffrey…

Linda apareció en aquel momento con los primeros platos de la cena. En cuanto la vio, su marido se levantó para ayudarla.

-Espero que estéis hambrientos -comentó Linda.

-Como siempre, ya lo sabes -dijo Camille.

-Excelente.

El primer plato consistía en salmón ahumado con cangrejo y gambas. Además, la noche era tan buena que cenaron en el jardín a la luz de la luna. El lugar era francamente bello. La piscina brillaba con un color azul intenso y las parras trepadoras, encaramadas a postes y celosías, completaban el ambiente.

-Una cena maravillosa -comentó Stephen-. Eres insuperable.

-Tu madre no opinaría lo mismo, Stephen -dijo Linda con ironía.

La madre de su marido no perdía ocasión de criticarla y nunca valoraba lo que hacía. Era el típico caso de madre posesiva con su hijo único.

-Olvídate de eso ahora -protestó Stephen-. He dicho que eres insuperable y lo repito. Me haces muy feliz.

-Entonces, ¡brindemos por eso! -declaró Camille.

Todos sonrieron y brindaron. Pero en la mirada de Linda había algo profundamente triste.

En el periódico de la tarde aparecían algunas fotografías del acto de la noche anterior. En una de ellas estaban Nick Lombard y la propia Camille, juntos.

-¿Puedes creerlo? -preguntó Camille a Tommy.

-Es una fotografía muy buena. Estás preciosa y él es un hombre muy elegante.

-Ese es un comentario muy poco apropiado. Cualquiera que la vea pensará que somos amigos de toda la vida.

-Bueno, no hay duda de que tiene cierto aire romántico:..

-La gente pensará que he vendido mi alma al diablo -declaró-. Estoy furiosa, Tommy.

-Bah, sólo es publicidad. No tiene importancia.

Al día siguiente, el teléfono no dejó de sonar durante toda la mañana. Decidida a escapar de las llamadas, Camille se marchó a la ciudad. Y estaba sentada en una cafetería cuando una mujer se acercó a su mesa.

-¿Camille?

Camille alzó la mirada y tuvo que hacer un esfuerzo por controlar su incomodidad.

-Hola, Clare. Clare Tennant se sentó a su lado sin esperar a que la invitara.

-Estaba segura de que eras tú. Tu cabello es inconfundible... -comentó la mujer-. Por cierto, la velada de ayer fue maravillosa.

-Sí, lo fue.

Camille era perfectamente consciente del sarcasmo que ocultaba la sonrisa de Clare.

-Te comportaste como una verdadera dama, aunque supongo que la visita de tu ex prometido y de esa mujer no te gustaría en absoluto. Se dice que se van a casar... -Sí, eso tengo entendido. Se llevarán bien. -¿Detecto un tono de ironía en tu comentario? -No, en absoluto. Espero que sean muy felices.

-No sé qué decirte. Me consta que Robyn ha tomado la iniciativa en ese asunto. Es una joven muy decidida. Clare Tennant era una mujer delgada y elegante y resultaba muy sensual. A pesar de tener cerca de cuarenta años, aparentaba sólo treinta.

-Sospecho que todo el mundo habrá visto esa fotografía del periódico -dijo la mujer, observándola con sus ojos de color gris azulado-. Nick y tú... Caramba. Ese hombre tiene una mirada muy intensa.

-Oh, sí. Y también tiene ciertas obsesiones no menos interesantes.

-Lo sé, y lo siento por ti -declaró, mientras le daba una palmadita-. Pero Nick es todo un partido. Ya sabes que somos muy amigos...

-Te acompaño en el sentimiento -dijo Camille con ironía.

Clare Tennant rió.

-Ya he oído que no os lleváis muy bien. Pero cuando os vi juntos, tuve la sensación de que hay una especie de magia entre vosotros.

-¿Magia? Yo diría que fuego. Estaba tan enfadada que estuve a punto de empezar a arder. Nick Lombard no se encuentra entre mis personas más queridas.

-Entiendo tu actitud. A fin de cuentas, tu mundo se ha venido abajo.

-Sí, y Nick no me ayudó precisamente -dijo Camille-. En fin, me alegro de haberte visto, Clare, pero ahora tengo que marcharme. He dejado el coche en la calle y mi tiempo de parquímetro está a punto de terminar.

La mujer la miró con sorpresa.

-Ah; sí, vi tu coche fuera. No sabía que aún lo tuvieras, pensé que lo habrías vendido todo

-Ese coche es mío, Clare. Pagué por él.

-No te enfades, Camille -murmuró, en tono conciliatorio-. Soy una de las pocas personas que está de tu lado. De hecho, me llevé una

buena sorpresa cuando supe que Hugh Evans te había despedido.

-¿Cómo te has enterado?

-Me lo dijo Nick.

-Pues créeme: nunca habría pensado que te preocupabas por mi bienestar.

Clare movió la cabeza con un gesto negativo.

-Siempre me intereso por las mujeres que llaman la atención de Nick.

-¿Qué intentas decirme, Clare? ¿Es algún tipo de mensaje?

-Vaya, te has dado cuenta...

-Te equivocas si crees que Nick Lombard está interesado en mí. Más allá, por supuesto, del hecho de tener las manos manchadas con la sangre de mi padre.

-¡Tonterías! Tu padre se suicidó, y personalmente creo que no tenía muchas más opciones. Harry Guilford acabó con las vidas de muchas personas decentes, pero tú no tienes la culpa de eso -afirmó, con una cálida sonrisa-. Me gustaría ser amiga tuya, Camille. Quién sabe... podríamos quedar a comer uno de estos días.

-Muchas gracias, Clare, pero ahora no tengo mucho tiempo. Debo encontrar un empleo.

-Oh, estoy segura de que Nick te ayudará. Además, me dijo que hablaste con él en el despacho de Hugh.

-Así fue, pero Nick Lombard sería la última persona del mundo a la que acudiría.

Clare Tennant volvió a sonreír.

-Admiro tu orgullo y tu determinación. Pero dime, ¿vas a asistir a la subasta, o no te apetece?

-Le prometí a los organizadores que estaría allí y allí estaré, por mucho que me disguste.. Al parecer, piensan que mi presencia puede facilitar la venta.

Clare asintió.

-No me extraña. La gente es así. Pero llámame si puedo ayudarte en algo... Mi teléfono está en la guía.

El día de la subasta amaneció con lluvia, pero a las diez de la mañana el cielo ya estaba despejado. El personal de la empresa Christie llegó a la mansión Guilford a primera hora y los primeros clientes no se hicieron esperar.

La subasta de cuadros y antigüedades se iba a llevar a cabo en dos días, y la primera sesión comenzó a las once. Camille se sentó al fondo, para no perderse ni un detalle; al fin y al cabo, todo lo que iban a subastar eran objetos familiares, y le resultaba muy doloroso.

Entre los objetos a subastar se encontraba un cuadro de equitación

que le gustó mucho a Claude, quien lo adquirió para regalárselo a su padre. Las ventas iban muy bien; aunque los cuadros más importantes los iban a vender por la tarde. Linda había insistido en acercarse a la casa para apoyar moralmente a su amiga, pero Camille se había negado; le preocupaba su embarazo.

En cuanto a los asistentes, de vez en cuando se volvían para observar sus reacciones. Sin embargo, Camille mantuvo el aplomo. Se había puesto su traje de color lima, con zapatos a juego, y pendientes de perlas. En cuanto al cabello, se lo había dejado suelto. Tommy había comentado que una cosa era ser pobre y otra parecerlo, y Camille estaba de acuerdo con él.

Al cabo de un rato, oyó una voz familiar.

-¿Te importa que me siente contigo?

Era Nick Lombard.

-No puedo impedírtelo, pero preferiría que no lo hicieras.

-Oh, es por una buena causa -dijo, mientras se sentaba a su lado-. ¿Qué tal van las cosas?

-Razonablemente bien. Es una colección importante, a fin de cuentas. ¿Has venido para comprar algo?

-Personalmente, no. Dejaré que se encarguen mis agentes.

-Por supuesto.

-¿Es que tu padre no hacía lo mismo?

Camille no contestó.

-Lo importante es que se mantenga la tensión necesaria. Sólo llevo unos minutos en la casa, pero me he dado cuenta de que todo el mundo te observa.

-Es lógico que la gente sienta curiosidad -dijo ella-. Muchos no son compradores, sino personas que quieren mezclarse con los ricos y famosos. Supongo que, en cierta forma, mi padre fue víctima de esa misma necesidad... Tuvo una niñez terrible y quiso compensarlo.

Nick se limitó a mirarla.

-¿No vas a decir nada sobre mi comentario? -preguntó ella, retándolo.

-No. Estoy de acuerdo contigo.

Sorprendida, ella bajó la mirada.

-Nunca hablaba de su infancia. Todo lo que sé, lo sé gracias .a Claude. Mi padre se callaba muchas cosas...

-¿Nunca le preguntaste?

-Claro que sí, pero no me respondía. Digamos que no manteníamos una buena relación. Pero, a pesar de eso, ten por seguro que comprobaré la veracidad de la historia que me contaste sobre mi madre y tu tío.

-Puedes preguntárselo a Claude.

-No creo que él sepa gran cosa sobre las relaciones de mi madre. De haberlo sabido, me lo habría dicho.

-¿Y arriesgarse a que tu padre se enterara? No, no lo habría hecho. Pero mira... Acaban de vender una acuarela por treinta y cinco mil dólares.

-¿Insinúas que Claude lo sabe? -preguntó ella.

-Pregúntaselo y saldrás de dudas. La muerte de tu padre ha cambiado muchas cosas.

-Y la de tu tío. Te obsesionó con la venganza.

-Nunca he negado que tenía ciertos prejuicios sobre tu padre -comentó Nick-. Conocí a tu madre un día, cuando mi tío la llevó a nuestra casa. Aunque sólo era un niño, me di cuenta de que estaban profundamente enamorados. Era una mujer encantadora y muy bella, pero débil. Y tanto mi familia como yo mismo estamos convencidos de que tu padre la destrozó.

-Ya te he dicho que mi madre y mi padre eran felices. Recuerdo cómo la besaba él, cómo la acariciaba, cómo la abrazaba... La miraba con verdadero amor y estaban esperando un segundo hijo. ¿Crees que eso es propio de una pareja infeliz?

Lombard prefirió no decir lo que pensaba y cambió de conversación.

-Estoy interesado por ese Rodin de bronce -dijo mientras contemplaba el hermoso perfil de Camille.

-No me gusta que me miren de ese modo -observó ella.

-Pareces un poco tensa...

-Cualquiera lo estaría de encontrarse en compañía del diablo.

-En ese caso, podrías cenar conmigo esta noche.

Camille se quedó tan asombrada por la proposición que se giró para mirarlo. Llevaba un impecable traje de color gris oscuro y la chaqueta acentuaba la anchura de sus hombros. Era un hombre sumamente atractivo y elegante, pero le parecía tan destructivo y peligroso como un leopardo.

-Me has dejado sin aliento -dijo ella con ironía.

-¿No quieres saber la verdad? Acabas de admitir que tu padre no te contaba casi nada. ¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo de lo que puedas descubrir?

-No, tengo miedo de ti -respondió con calma-. Ah, acaban de llegar los Masterman...

-Sospecho que Robyn quiere adquirir ese Streeton, pero te aseguro que no lo va a conseguir.

-¿Lo vas a comprar tú?

-No, pero sé quién va a hacerlo. Y volviendo al tema de la cena, te lo he pedido por una razón especial. Tengo un viejo álbum de fotografías que me gustaría que vieras.

-Eso es chantaje.

-Sí, desde luego que sí.

-¿De quién son las fotografías?

-Prefiero que hablemos más tarde.

-No, gracias. Detesto que me manipulen.

-Yo también, así que ya tenemos algo en común -comentó Nick-. Te enviaré a mi chofer a las siete y media de la tarde. Cenaremos en mi casa, pero descuida: conmigo estarás más a salvo que con ese Garner. Además, creo que tienes derecho a ver ese álbum. ¿Qué me dices? ¿Vendrás?

Camille tardó unos segundos en responder, y cuando lo hizo, dijo:

-Me lo pensaré.

Ella ya estaba esperando cuando el viejo Bentley aparcó en el vado de la mansión y sus faros iluminaron la fuente de la entrada.

El guarda de seguridad se aproximó entonces y, antes de dirigirse al vehículo, dijo:

-Espere un momento aquí, señorita Guilford. Voy a comprobar que todo está bien.

-Me alegro de haberlo contratado -comentó Tommy, satisfecho-. Se toma muy en serio su trabajo.

Camille asintió y dio un beso a Tommy en la mejilla.

-No me esperes levantado.

-Sabes de sobra que lo haré. Pero hazme un favor: llámame por teléfono cuando estés a punto de volver.

-Está bien, lo haré...

En cuanto entró en el vehículo, el chofer la saludó.

-Buenas noches, señorita Guilford. Menos mal que he traído mi identificación... Su guarda de seguridad es todo un profesional.

-Es su trabajo.

Camille contempló el interior del elegante vehículo y segundos después se pusieron en marcha.

Dejaron a un lado el puente del puerto de Sydney y se dirigieron a la orilla norte, donde se encontraba la mansión de Nick Lombard. Camille estaba algo nerviosa ante la perspectiva de encontrarse con el hombre al que creía su peor enemigo, pero el tiempo se le pasó volando y cuando se quiso dar cuenta ya estaban en la casa. Además, sólo era un trayecto de veinte minutos escasos.

-Hemos llegado, señorita -dijo el chofer.

El conductor detuvo el vehículo frente a una enorme verja de

hierro forjado y pulsó el control remoto. Las puertas se abrieron lentamente y el coche avanzó por el camino hasta detenerse frente a la casa.

Nick estaba esperando en la entrada.

-Buenas noches, Camille.

-Buenas noches.

Nick quiso estrecharle la mano, pero ella se apartó.

-Puedes marcharte a casa, Max -comentó Nick a su chofer-. Me encargaré personalmente de llevar a la señorita a su casa.

-Muy bien, señor.

Nick todavía llevaba el traje que se había puesto para la subasta y ella supuso que acababa de llegar a la mansión. En cuanto entraron, él le ofreció algo de beber.

-¿Te apetece un martini? Yo necesito una copa. He estado hablando y hablando durante tres horas.

-Eso no puede ser bueno para nadie.

Nick se volvió hacia ella y la observó con detenimiento. Camille se había puesto una camisa de seda y una falda a juego, de color violeta.

-Estás preciosa.

El comentario no le pareció tan interesante como su mirada. Lo que brillaba en sus ojos parecía ser, sorprendentemente para ella, deseo.

-Gracias por el cumplido, pero no me he arreglado para ti -declaró, apartando la mirada-. Ah, veo que también te gusta la porcelana china...

Camille se fijó en las piezas de porcelana que adornaban el vestíbulo.

-Heredé la colección de mi abuela materna.

-Toda una suerte, no hay duda. Nick sonrió entonces y dijo: -Bienvenida a mi casa.

-Te aseguro que no me siento especialmente contenta de estar aquí, pero debo reconocer que vives en un lugar muy bonito.

-A mí me gusta.

-No me extraña. Creo que yo también podría acostumbrarme -dijo ella, con una tímida sonrisa.

-¿Podrías volver a hacer eso? -¿A qué te refieres? -A sonreír.

-No he sonreído por ti, sino por ese tapiz con la imagen de una novia... Es muy bonito.

-Ah, sí, es un tapiz flamenco del siglo XVII. Se parece mucho a ti. Tiene tus rasgos y tu pelo. Pero pasemos y sentémonos... estarás más cómoda. ¿Quieres un martín o prefieres otra cosa?

-Preferiría algo menos fuerte.

-El martini te sentará bien. Muy seco y con un golpe de limón.

-Está bien, un martini entonces. ¿Te importa que eche un vistazo mientras tanto?

-No, en absoluto. Pero no desaparezcas.

Nick la llevó a una salita y se alejó un poco, lo suficiente para preparar el cóctel en el bar. Camille se acercó entonces a la chimenea y observó el cuadro que había colgado en la pared. Era un paisaje.

-Ah, me dijeron que lo habías comprado tú... -Sí, pero, no se lo digas a nadie. Nick regresó con las dos copas y le dio una.

-Sólo espero que no enciendas la chimenea con el cuadro encima -comentó ella.

-No, claro que no -dijo, mientras la invitaba a sentarse en un sofá.

Camille se sentó.

-Me gustaría ver ese álbum, si no te importa.

-Todo a su tiempo. Ahora tengo que ir a cambiarme de ropa. Puedes echar un vistazo a la casa si te apetece... Te recomiendo la biblioteca. No tardaré.

-Si me dejas el álbum, me da igual cuánto tardes.

-No, nada de eso. Ah, por cierto... No intentes marcharte, porque no podrías.

-¿Por qué?

-Porque los perros están sueltos en el jardín y no son muy simpáticos con los desconocidos.

En cuanto Nick se marchó, Camille se levantó y se dirigió directamente a la biblioteca, que se encontraba tras una enorme puerta doble. Tal y como había comentado su anfitrión, era una sala formidable con una escalera de hierro, de caracol, que ascendía hasta la galería superior.

En ese instante, un inesperado movimiento la sorprendió. Se volvió rápidamente y se encontró ante una niña que estaba sentada en el primer peldaño de la escalera. Llevaba el pelo recogido en una coleta y la miraba.

-Hola... Espero no haberte asustado. Me llamo Camille.

-Sé quién eres -dijo ella, con una mezcla de curiosidad y agresividad.

-¿Y cómo te llamas tú?

-No pienso decírtelo -respondió.

La pequeña era de piel muy clara y ojos negros, como los de su padre.

-Entonces tendré que adivinarlo. Veamos, yo diría que te llamas Zara o Adriana... Sí, seguro que tienes un nombre fuerte y dramático, un nombre a juego con tus ojos.

La niña sonrió.

-Ah, veo que sonríes...

-Yo nunca sonrío -dijo la niña. -Pues juraría haberte visto hacerlo.

-No, no es verdad. Además, quiero saber qué estás haciendo en mi casa.

-He venido a ver unas fotografías de mi madre, según creo.

-No es verdad. Has venido a casarte con mi padre. Camille no pudo evitarlo y comenzó a reír.

-No, no tengo ninguna intención de casarme. Te aseguro que esa idea no ha pasado por mi cabeza. -Entonces, ¿no estás enamorada de él? -No.

La niña la observó con detenimiento y dijo:

-Tienes un pelo muy bonito. ¿Los rizos son tuyos o te has hecho la permanente?

-Son naturales. ¿Quieres tocarlos? -preguntó Camille. -Sí...

-¿Te importa que me siente a tu lado?

-Claro que no -contestó la niña.

Camille se sentó y la niña extendió un brazo y acarició sus rizos.

-Son de colores distintos...

-Lo sé. Tengo un pelo bastante complicado, entre rojo y rubio.

-El mío es horrible.

-No es verdad, a mí me gusta -dijo Camille.

-Yo prefiero el tuyo. Además, leí el cuento de una princesa y ahora sé que soy fea en comparación.

-¿Por qué dices eso? -Porque lo soy.

-Qué cosas tienes... Tus ojos, por ejemplo, son preciosos.

-No es cierto. Soy como el patito feo.

Camille se inclinó sobre la pequeña.

-¿Es que no te gustan los patos? A mí me encantan y me consta que no hay ningún patito feo.

-Tal vez. Pero mi madre sí que era bonita. -Estoy segura de eso...

Camille tomó a la niña de la mano y la pequeña no se apartó.

-Mi padre es muy guapo e importante.

-Sí, es verdad. Pero, ¿no vas a decirme cómo te llamas?

-Melissa -respondió al fin. -Melissa...

-No me gusta mi nombre.

Camille miró a la niña y la niña miró a Camille. Las dos sabían que el nombre no le pegaba nada.

-¿Y no tienes un segundo nombre?

-Sí, Claudia, por mi bisabuela. Era una condesa italiana -dijo, dándose aires de importancia.

-¡Qué maravilla! Yo estuve en Italia una vez. Visité muchos museos

y hasta fui a La Scala, el famoso teatro de la ópera. Hice muchas compras... ¿Te gusta ir de compras?

-No me dejan ir. La señorita Larkins me lleva al colegio y me trae a casa. Odio todas las cosas malas que me hace.

-¿Qué cosas te hace?

-Muchas. Además, me odia. Dice que soy una niña complicada y uno de estos días voy a matarla.

Camille no se tomó en serio la afirmación de la niña.

Sabía que era una simple tontería.

-Melissa, eso de hablar de matar a la gente está muy feo...

-Bueno, no la voy a matar, pero lo he pensado.

Camille sonrió.

-Todos decimos cosas malas cuando estamos enfadados; es una forma de librarnos de nuestro enfado.

-Ella piensa que soy tonta. Cuando mi padre está delante, se porta muy bien. Pero cuando no lo está... Camille la observó, y por alguna razón, creyó lo que decía.

-¿Has hablado con tu padre de esto?

-No, sólo serviría para empeorar las cosas. Las niñeras nunca se quedan mucho tiempo. Además, me he escapado un par de veces.

-¿Y dónde vas?

-Lejos, muy lejos. Oh, ¿por qué no puedo ser feliz? -se preguntó, como si sufriera una pesadísima carga.

-Buscaremos cosas que te hagan feliz, no te preocupes. Por ejemplo, podrías quitarte esa coleta. Tu pelo es muy bonito y estarías mucho más guapa.

-Nada puede hacerme guapa. Es una pena, según dice Clare... ella siempre me trae cuadernos y pinturas para que dibuje. La señorita Larkins dice que es una mujer maravillosa, tan rica y atractiva. Pero yo creo que son un par de brujas.

-¿No tienes un perro, o un gato? -preguntó Camille, por cambiar de tema.

-Tuve un gatito, pero la señorita Larkins dijo que yo le hacía daño, aunque era mentira. Sólo lo metí en mi caja de juguetes porque ella estaba a punto de venir. Salty le molestaba. Cuando se subía al sofá, se enfadaba con él.

-¿Y dónde está Salty ahora?

-Dicen que se escapó y me echaron la culpa a mí. Pero yo sé que no se escapó; ella se libró de él. Era un gato bastante feo, con un ojo blanco y el otro negro. Y después de eso, la señorita Larkins le dijo a mi padre que sería mejor que no tuviera otro animal durante una temporada.

-¿Y qué dijo tu padre?

-Que ya tenemos bastantes perros y que puedo jugar con ellos.

-Entonces, ¿no te creyó?

-Bueno, no se lo expliqué muy bien... Él sólo quería que no hiciera daño a los animales. Pero yo no les hago daño. Me gustan más que las personas.

-Razón de más para averiguar lo que ha pasado con tu gato...

La niña cambió entonces de conversación y dijo:

-Mi mamá me adoraba. Decía que era la niña más guapa del mundo y me quería mucho.

-Te comprendo. Yo también perdí a mi madre.

-¿Y te enfadaste mucho?

-Oh, sí...

-Ahora todo está vacío sin ella. Reía siempre... Daba muchas fiestas y mi padre y ella conocían a montones de personas.

-Seguro que sí -dijo Camille, que rápidamente intentó animarla con otra cosa-. ¿Sabes lo que creo? Que eres una niña muy inteligente y perceptiva.

-Sí, bueno, pero a veces tengo miedo de ser tan inteligente. Ya soy demasiado distinta a los demás.

-¿En qué sentido? -le preguntó, preocupada por su tono.

-Soy fea, me dan rabietas, miento... Soy una mala persona.

Camille pensó que le decían tantas cosas malas que no resultaba extraño que fuera una niña tan agresiva.

-Oh, Melissa, eso es terrible... ¿Quién te ha acusado de ser todas esas cosas?

En lugar de responder, la niña afirmó:

-Siento que mi mamá tuviera una hija tan mala.

-Pero tu mamá te adoraba...

-Sí, solía decir que yo era su preciosa princesa y siempre quería que estuviera a su lado. Un día oí a la señorita Larkins y a Clare, que estaban charlando sobre mí. Me escondí detrás de un sofá y oí que la señorita Larkins me llamaba todas esas cosas... Clare dijo que tenía razón. Ella está enamorada de mi padre, estoy segura. Mi papá es tan guapo y mi mamá era tan bella... Yo soy una terrible decepción para todos.

-¡No digas eso! -protestó Camille-. Tu padre...

-Por favor, no digas nada que pueda molestar a papá. Que digan lo que quieran. Mi mamá me quería y yo lo sé.

En ese momento apareció una mujer que Camille no conocía.

-Ah, así que estás ahí, Melissa...

-¡Márchate! Estoy hablando con mi amiga.

La mujer hizo caso omiso. Tenía unos cuarenta años, era atractiva y de aspecto competente.

-¡Ay!, no sé qué voy a hacer con esta niña -dijo, mirando a Camille con gesto de complicidad-. Para ser tan pequeña, se hace notar.

-Supongo que usted es la señorita Larkins... Yo soy Camille Guilford.

-Sí, por supuesto. La he reconocido por las fotografías de la prensa. Me pregunto cómo habrá conseguido Melissa escapar de su habitación...

-Habrá salido por la puerta -dijo Camille.

-Ella me encerró. Odio que lo hagan -protestó la niña. -A mí tampoco me gusta -dijo Camille.

-Sólo es por poco tiempo -se defendió Larkins-. No sabe lo mal que se puede llegar a portar. En fin, Melissa, es hora de irse a la cama...

-Quiero que Camille me acompañe.

-Eso no puede ser... Despídete de ella. Estoy segura de que tendrá mucho que hacer...

-No, no me importa en absoluto -dijo Camille, mientras tomaba a la niña de la mano-. La acompañaré a su dormitorio.

-No me gusta mi habitación -declaró la pequeña. -¿Por qué? A cualquier otra niña le encantaría –dijo Larkins.

-¡Pues yo la odio!

-Anda, ven conmigo -dijo Camille.

-No creo que sea buena idea -comentó la niñera. -¿Se puede saber por qué?

-Porque no se debe ser demasiado indulgente con los niños.

-Bueno, no creo que llevarla a la cama sea algo que entre en la categoría de la indulgencia. En todo caso, asumo la responsabilidad.

Cuando llegaron al piso superior de la casa, se encontraron con Nick. Se había cambiado de ropa y llevaba pantalones oscuros, camisa blanca abierta y una chaqueta azul, que le daban un aire más joven y fresco.

-Ah, ya veo que os habéis conocido...

-Lo siento mucho, señor Lombard -se apresuró a decir Larkins-. Sólo he dejado a Melissa un momento y... -Mira que eres traviesa, Melissa.

Nick lo dijo con una amplia sonrisa. Se inclinó, abrió los brazos y la niña corrió hacia él.

-No se preocupe, señorita Larkins. Ya me encargo yo de ella... Camille me ayudará.

-Como quiera, señor -dijo Larkins, visiblemente enfadada-. Buenas noches, entonces. Hasta mañana, Melissa. -No hace falta que vengas

mañana. Es sábado y

Emmy me va a enseñar a hacer pasteles de chocolate

-dijo la niña.

-Melissa, ¿es que nunca puedes portarte bien? -preguntó su padre.

-Lo intentaré, lo prometo. Por cierto, Camille no está enamorada de ti... Me lo ha dicho.

-Sí, yo también lo sabía -dijo Nick, con cierto sarcasmo-. De hecho, no le caigo nada bien.

-Oh, claro que le caes bien -declaró Melissa- Clare dice que todas las mujeres están locas por ti.

-Todas, excepto yo -puntualizó Camille.

El dormitorio de la niña resultó ser tan grande como el resto de las salas de la mansión. Era muy bonito, pero a Camille no le extrañó que no le gustara. Por su tamaño, podía asustarla.

-¿Lo ves, Camille? -dijo Melissa.

-¿Qué quieres que vea? -preguntó su padre.

-Le he dicho a Camille que no me gusta mi habitación, papá.

-¿En serio? -preguntó, sorprendido-. Nunca lo habría imaginado...

-Claro. Te dije que me gustaba.

-¿Y sólo lo dijiste por darme gusto? Qué tontería. Si no te agrada, lo podemos cambiar. ¿Qué es lo que no te gusta?

Camille decidió intervenir para echarle una mano.

-Tal vez sea demasiado grande para ella. Estoy segura de que le encantará cuando sea mayor, pero resulta demasiado serio por el momento. A los niños les gustan las cosas más livianas.

-Comprendo. Pero encargué la cama precisamente para ella...

-Y es muy bonita -dijo, contemplando la hermosa cama de madera-. Pero tal vez le gustaría más si fuera más pequeña. Seguramente se sentiría mejor si quitaras el dosel.

-¿Eso es posible, papá? -preguntó la niña con ansiedad.

-Por supuesto que sí...

-Me gustan los muebles de colores -declaró Melissa.

-¿,Te gusta el amarillo? -preguntó Camille.

-¡Oh, sí, me gusta mucho! Mi vestido más bonito es de color amarillo. Me lo regaló la tía Elizabeth, que vive en Melbourne. Todos la llaman Lady Wyatt, ¿la conoces?

-Es mi hermana -explicó Nick.

La explicación del hombre era innecesaria. La tía de la pequeña se había casado con el famoso Peter Wyatt, que acababa de entrar en el Tribunal Supremo.

-Bueno, creo que mientras te duermes podrías pensar en los cambios que quieres para tu habitación -sugirió Camille-. Seguro que

en la casa hay otra habitación que te gusta más y que se puede pintar de los colores que quieras. Además, podrías ponerle cortinas y colcha a juego, e incluso un escritorio para que puedas estudiar allí.

-¡Eso sería maravilloso! Sí, eso es lo que quiero.

-Pues en tal caso, no se hable más -dijo su padre Se hará como dices. Y todo, gracias a Camille...

Nick se inclinó entonces para dar un beso de buenas noches a la niña.

-Me alegro mucho de haberte conocido -confesó la pequeña a Camille.

-Yo también me alegro -intervino Nick-, pero deberías haberme dicho que no te gustaba tu habitación.

-Es que la señorita Larkins siempre dice que no debo protestar.

-Si no te gusta algo, debes decírmelo. La señorita Larkins está aquí para cuidarte, pero yo soy el jefe.

Melissa sonrió.

-Pues me gustaría que la echaras.

-Melissa... ¿Cuántas niñeras has tenido ya?

-Te prometo que intento llevarme bien con ellas, papá. Pero la señorita Larkins es la peor de todas. -Bueno, ya hablaremos de eso más tarde.

-¿Puedes quedarte aquí hasta que me quede dormida, papá?

-Hoy no puedo -respondió mientras la metía en la cama-. Se está haciendo tarde y voy a cenar con Camille.

-Camille ha dicho que el pelo me queda mejor suelto. Tal vez podría llevarme a la peluquería para que me lo corten de otra forma...

Por primera vez, Camille maldijo a la niña. La estaba involucrando en una situación que le disgustaba porque implicaba estar cerca de Nick Lombard. Pero, por otra parte, Melissa le había caído en gracia.

-Si quieres que te lleve, podría pasar a buscarte una tarde, cuando salgas del colegio.

-Mañana -dijo la niña.

-Estaré muy ocupada durante los próximos días, pero te prometo que te acompañaré en cuanto pueda si tu padre no tiene ningún inconveniente.

-Pero no puedo esperar...

-¿Para qué quieres que te corten el pelo? -preguntó Nick-. Si es muy bonito...

-Es cierto, es muy bonito -intervino Camille-, pero ciertamente le quedaría mejor si lo llevara un poco más corto. Confía en mí. Sé de estas cosas.

Nick la miró con humor y preguntó:

-¿Cuánto tiempo llevas en mi casa?

-Una media hora, más o menos. ¿Por qué?

-Porque has conseguido que cambien un montón de cosas en cuestión de minutos. No sé si podré soportarlo.

-Está bromeando -dijo Melissa-. Le encanta tomar el pelo a la gente. No le hagas caso.

-No te preocupes, no se lo haré. Pero ahora tienes que dormir un poco. Me alegro de haberte conocido.

-Yo ya te conocía a ti... Te he visto montones de veces.

-¿En serio? -preguntó Camille, extrañada.

-Claro, eres como la princesa del tapiz de la entrada. Papá también cree que te pareces a ella. De hecho, dijo que la princesa del tapiz iba a venir a cenar. Por eso me escondí, para sorprenderte...

-Pues ha sido una suerte que lo hicieras.

-Habrá sido el destino. El destino hace esas cosas -dijo la niña, muy seria-. Buenas noches, Camille... Ah, una cosa: ¿por qué no le pides a papá que me cambie el nombre? A ti tampoco te gusta. Me he dado cuenta.

Nick Lombard las miró sin salir de su asombro, pero esperó a salir de la habitación para preguntar.

-¿De qué estabais hablando?

-De que a Melissa no le gusta su nombre. Cree que no le pega.

-Mmm... Tal vez tenga razón, pero lo eligió su madre.

-La echa mucho de menos...

-Sí, ya lo sé.

-Lo has dicho sin demasiada convicción. ¿Es que crees que no se acuerda de ella?

-Bueno, sólo tenía cuatro años cuando murió, pero estoy seguro de que se acuerda perfectamente. Como yo.

-Siento mucho lo que pasó...

Camille apartó la mirada, pero cuando llegaron al piso inferior, se atrevió a decir lo que pensaba sobre la niñera.

-No pretendo meterme en tus asuntos, pero debo decirte que la señorita Larkins no es la niñera apropiada para tu hija.

-Sólo la has visto una vez. ¿Por qué estás tan segura? -¿Sabes que la encierra en su habitación cuando se porta mal?

-No, no lo sabía, y desde luego, no lo apruebo -respondió, algo enfadado-. Pero estoy muy ocupado y, aunque me gustaría pasar más tiempo con Melissa, tengo que dejarla al cuidado de alguien. Además, la señorita Larkins es la única niñera que ha conseguido controlarla un poco. Melissa es una niña problemática que lo ha pasado bastante mal. Aunque no tanto como tú.

-Sólo por eso, deberías creerme: sé lo que siente.

-No lo dudo, pero yo no puedo estar todo el tiempo a su lado. Necesito que alguien la cuide y además creo que la influencia de una mujer es algo fundamental para ella.

-En ese caso, cambia de niñera.

-Querida Camille, ¿sabes lo que cuesta encontrar una buena niñera?

-No me llames querida Camille.

-¿Y cómo debo llamarte? ¿Doctora Camille, la eminente psicóloga infantil? -se burló.

-Vaya, veo que te he molestado -comentó ella-. Me alegro, porque no tengo la menor intención de ser amiga tuya. Pero Melissa me gusta y estoy dispuesta a ayudarla.

El comedor era una sala admirable. La larga mesa, de caoba, era evidentemente una antigüedad, pero las sillas resultaban cómodas y su diseño era moderno. En el centro de la mesa habían colocado un florero con rosas amarillas, que impregnaban el ambiente con su fragancia.

La cena consistió en tres platos, tan apetecibles y bien preparados como Camille esperaba. Sin embargo, no les prestó demasiada atención; estaba allí para descubrir si Nick Lombard había mentido y no tenía intención de dejarse seducir por la belleza ni por la riqueza del lugar. Además, estaba acostumbrada a esas cosas desde pequeña.

-No has comido mucho -comentó él al cabo de un rato.

-Creo que has olvidado el verdadero motivo- de mi visita.

Él asintió.

-Lo sé, te refieres al álbum. Lo veremos después, cuando tomemos café en la salita.

Minutos más tarde, Camille estaba removiendo su taza de café y todavía no había probado una gota. Pero al fin, Nick sacó el álbum y se sentaron en un sofá. Era un álbum muy viejo, y en una de las esquinas había una especie de animal mítico, parecido a una gárgola, con las alas abiertas.

-Sospecho que esto va a ser difícil para mí -dijo ella.

-Reconocerás a tu madre de inmediato. Es tu viva imagen, aunque vuestras personalidades sean tan diferentes.

Camille no dijo nada.

-Natalie era encantadora... toda una romántica. Pero también era de otra generación y creía que debía someterse a un hombre. En eso no te pareces nada a ella. Supongo que las circunstancias de la vida y tu propia naturaleza te han dado una rebeldía de la que ella carecía. Si alguien intentara controlarte, tú te resistirías.

-No lo dudes ni por un momento, Lombard.

-Preferiría que me llamaras Nick. Pero adelante, abre el álbum. Espero que encuentres algo que te interese. A fin de cuentas, todos ocultamos algo. Tu padre, por ejemplo, ocultaba celosamente sus secretos. Aunque más tarde o más temprano, la verdad siempre sale a la luz.

Camille se limitó a mirar la cubierta del álbum.

-Casi todas las fotografías son de mi familia, aunque en realidad, nuestro apellido no es Lombard. Después de la Segunda Guerra Mundial, mi abuelo se estableció en Australia y cambió su apellido a Lombard en honor a Lombardía, la región donde nació. Le dio la espalda a su familia, aunque volvió varias veces a Europa. Mi propio padre viajó muy a menudo a Italia... Los familiares de mi abuelo eran ricos banqueros y coleccionistas milaneses -explicó Nick-. La mansión que se ve en una de las primeras fotografías es una villa de mediados del siglo XVII. Mi abuela vive en ella con mi primo Umberto, el actual conde.

-Todos sois muy atractivos -dijo ella, mientras miraba las fotografías-. Yo nunca he olvidado mi viaje a Italia. Fueron seis meses mágicos y no he dejado de soñar con volver. Pero dime, ¿cuál era vuestro apellido antes de que tu abuelo lo cambiara? ¿O es un secreto?

-No es un secreto, pero no tiene importancia.

-¿Y por qué renunciaste a vivir en Italia?

-No he -renunciado a nada. Mi abuelo tomó la decisión de marcharse de Europa y yo también me he quedado. Pero Italia no es, un país extranjero para mí. Allí están mis raíces, mi segundo hogar.

Camille siguió disfrutando de las fotografías hasta que, unas páginas más tarde, se detuvo y dejó escapar un gemido.

La mujer que tenía ante sus ojos era idéntica a ella. La misma cara, el mismo cuerpo, la misma sonrisa. Pero era Natalie. Su madre.

-Como ves, sois iguales -comentó él-. A partir de este punto hay muchas fotografías suyas... incluso encontrarás algunas de mi hermana Elizabeth, de mí y de nuestros padres. El joven que se encuentra junto a tu madre es mi tío Hugo. La llevó a la villa en la primavera de 1967 y todo el mundo quedó encantado con ella. Hasta mi abuela, que no era precisamente una persona fácil.

Camille no pudo decir nada. Estaba dominada por un mar de emociones. Nick Lombard no había mentido. Las imágenes del álbum demostraban la relación con su tío, a pesar de que Harry Guilford nunca le había comentado nada al respecto. Por lo visto, su padre era un completo desconocido para ella. Y si le había ocultado aquella historia, ni siquiera podía imaginar qué otras cosas quedaban por

descubrir.

Sus ojos se clavaron en otra fotografía en la que aparecía un joven atractivo que se encontraba junto a Natalie. En la imagen, su madre reía.

-¿Y este es Hugo?

-En efecto.

-No se parece nada a ti.

-Es que yo soy un Lombard de los pies a la cabeza.

-Me pregunto qué eran los Lombard antes de convertirse en coleccionistas y banqueros -comentó ella con ironía.

-Hay una cosa que no éramos: asesinos -declaró él, con dureza.

Camille no siguió mirando el álbum. Se levantó del sofá, ofendida, y dijo:

-Me llevaré el álbum a casa.

-Tenía intención de prestártelo. Pero te llevaré yo.

-No hace falta. Llamaré a Tommy para que venga a buscarme.

-Debo insistir.

Camille supo que no estaba dispuesto a ceder, así que aceptó de mala gana y pocos minutos más tarde se encontró en el interior del vehículo. Viajaron en silencio, hasta que él lo rompió al cabo de un rato.

-Te confieso que esta situación no me incomoda menos que a ti, Camille. Pero te agradezco tu interés por mi hija.

-Si yo estuviera en tu lugar, consideraría la posibilidad de haberla fallado.

-Estás yendo demasiado lejos -dijo él con frialdad.

-¿Ah, sí? Mira quién lo dice. Me has traído a tu casa con una oferta que no podía rechazar y sólo lo has hecho para insultarme.

-Te equivocas, no era esa mi intención. Sólo quiero que comprendas, que conozcas la verdad, pero no eres más que una niña. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco? No sabes nada de la vida. Y por cierto, te equivocas con mi hija... Sus problemas son reales. Siempre ha dado problemas en el colegio y se pelea todo el tiempo con los demás niños.

-¿Y te has dado cuenta tú solo? ¿O te lo han contado las niñeras y las profesoras?

De repente, Nick salió de la carretera y aparcó en el arcén. Después, se volvió hacia ella con cara de pocos amigos.

-Piensa en el ejemplo de tu padre si quieres, porque lo cierto es que yo tampoco tengo mucho tiempo libre. -¿No lo tienes o no intentas tenerlo? Pero el ejemplo es bueno, porque mi padre nunca tenía tiempo para mí. Durante unos interminables segundos, Nick y

Camille no hicieron otra cosa que mirarse a los ojos. Acto seguido, Camille abrió la puerta y salió corriendo del vehículo, pero él la atrapó enseguida.

-¿Estás loca? ¿Por qué has salido corriendo? -Porque tú eres el causante de todo esto.

Nick la agarró de los hombros e intentó tranquilizarla. -Yo no soy tu enemigo. Fue tu padre quien te rechazó, no yo.

-No te atrevas a hablar de él. Tú lo destruiste.

-¿Qué querías? ¿Que permitiera que acabara sin castigo? Tu padre destruyó las vidas de muchas personas y disfrutaba haciéndolo, créeme.

-Pero me dio la vida a mí.

-¿Estás segura de eso?

-Oh, no, no quiero más misterios por esta noche...

-Está bien, dejémoslo por el momento.

-No puedo dejarlo -dijo ella, desesperada-. ¿Qué has pretendido insinuar?

-La historia no te va a gustar, pero te la contaré aquí mismo si es lo que quieres... Como te dije, Natalie se dejó engatusar por Harry, pero no tardó mucho en comprender que necesitaba a mi tío. Él siempre estuvo a su lado, dispuesto a ayudarla, aunque mis abuelos llegaron a odiarla por todo aquello. Además, vivíamos cada día con temor porque sabíamos que tu padre era un hombre peligroso y muy violento. Sin embargo, Hugo asumió las consecuencias y eligió.,Y tu madre también lo hizo. Al final.

Camille no dijo nada. Se había quedado sin habla.

-El niño del que estaba embarazada cuando murió no era de tu padre, sino de mi tío. Y es posible que Harry Guilford lo descubriera.

-¡Vete al infierno! Tantos años de odiar a mi padre y de lamentar la muerte de tu tío te han vuelto un canalla.

-Es posible, pero será mejor que volvamos al coche.

-No. Tomaré mi bolso y el álbum y llamaré a un taxi.

-No seas ridícula. Soy responsable de ti y te llevaré a tu casa.

-Haz lo que quieras, pero te advierto que no vas a convencerme de nada. Te detesto.

Camille habló con tanta pasión que esa vez fue él quien se quedó sin habla.

-Entonces debe molestarte mucho que, además, me encuentres atractivo -dijo él con arrogancia.

Un segundo después, Nick la tomó entre sus brazos y ella no pudo hacer otra cosa que apretar los pechos contra su torso y esperar el inminente beso. Y cuando por fin llegó, fue la experiencia más intensa

y erótica de su vida; sobre todo, porque se dejó llevar por un apasionamiento que ni siquiera sabía que tuviera.

Al cabo de unos segundos, reaccionó. -¡Cómo te atreves! -exclamó.

-No negarás que tú también lo deseabas... -Me has obligado a hacerlo.

-No es verdad. Pero es posible que la próxima vez te comportes de forma menos... provocadora.

-¿Y si no lo hago?

Los oscuros ojos de Nick brillaron con un sinfín de posibilidades.

Hacía calor, pero Camille se estremeció como si estuvieran en pleno invierno. Y, a

Capitulo 4

AL FINAL del segundo día ya habían vendido todos los cuadros; algunos por encima de su precio de salida y otros a precio de saldo. El resto de los objetos había corrido la misma suerte.

-Al menos conseguí comprar esa cesta que tanto me gustaba -le comentó Linda, mientras tomaban un té.

-Me alegro -dijo Camille.

-He pagado una suma astronómica por ella, pero me encanta. Aunque supongo que para ti debe de resultar muy duro... Es algo así como el fin de una época.

-Tal vez sea el fin de una época, pero no es el fin del mundo. Francamente, estoy más preocupada por tu estado de salud que por la subasta de la casa. Pareces cansada.

-Es que lo estoy. Además, mi suegra suele decir que soy bastante frágil y creo que en este caso tiene razón.

-Tú no eres frágil. No le hagas caso.

Aquella no era la primera vez que Linda mostraba su incomodidad ante la madre de su esposo.

-Milly, yo no tengo tu carácter. Harry intentó destruirte, pero no lo consiguió. Tú sabes que vales mucho.

-Te aseguro que he tenido que trabajar muy duro para conseguirlo y, a pesar de eso, de vez en cuando dudo de mí, como todo el mundo. Pero no hay una sola mujer sobre la tierra que pudiera estar a la altura de las expectativas de Madelaine Carghill -dijo, refiriéndose a la madre de Stephen.

-¿Ni siquiera Fiona Duncan? -preguntó Linda. -Venga, te estás comportando como una paranoica. -¿Tú crees?

Camille miró a su amiga y tuvo la sensación de que aquello era algo más que una mala temporada. -Stephen se casó contigo, no con Fiona. -Lo sé.

-Entonces, deja de pensar en ella.

-Lo haría si no fuera porque sería perfecta para las expectativas de la madre y de las hermanas de mi marido.

-Te equivocas. Para esas tres, ellas son las únicas personas perfectas del planeta. Te aconsejo que dejes de verlas tan a menudo... Sobre todo, ahora.

-Eso va a ser difícil. La familia de Stephen está muy unida, cosa que ya sabía cuando lo conocí. Pero no imaginé que tendría que pelear por su amor todos los días.

-Sea como sea, tendrán que aprender a dejarte en paz, a darte la libertad que necesitas.

-A veces pienso que no me aceptan, que soy una completa extraña

para ellos. Aunque mi suegro es muy agradable y siempre se pone de mi lado. Es el único que realmente me aprecia.

-Estoy segura de que el niño lo cambiará todo cuando nazca -dijo Camille, para intentar animarla.

-Eso espero, Milly. Últimamente he tenido un montón de pesadillas extrañas.

-¿Pesadillas? ¿Qué tipo de pesadillas?

-No las recuerdo exactamente, pero me despierto aterrorizada y vacía, como si hubiera desaparecido todo el entusiasmo de mi vida.

-Eso es terrible... -dijo, mientras la tomaba de la mano-. Ya veo que estás realmente deprimida, aunque es posible que sólo sea una consecuencia del embarazo. Tu cuerpo está cambiando y es lógico.

-No se puede decir que mi vida sea del todo feliz.

-Ni la de nadie. Pero tú tienes el amor de Stephen, tu casa, un precioso jardín y el niño que llevas dentro.

Linda suspiró.

-Sé que me estoy excediendo un poco. Siempre me ha costado controlar mis sentimientos.

-Tal vez deberías replantearte las cosas.

-Tal vez. Además, tengo miedo de perder a Stephen. Fíjate en la propia Fiona. David y ella se divorciaron a los ocho meses. Los vimos en su boda y parecían tan felices...

-Linda, no le des más vueltas. Estás deprimida y dominada por una descarga masiva de hormonas, eso es todo. ¿Por qué no vas al médico? Cuéntale lo que te pasa. Seguramente podrá darte algo para que pases el bache.

-No quiero tomar pastillas con el embarazo. Además, prefiero hablar contigo antes que hablar con el doctor Bourke. Él siempre está muy ocupado.

-No está tan ocupado, y además, eres su paciente. Habla con él. Y habla con Stephen.

-Antes siempre pensaba que estar con él era suficiente. Pero ahora no me sirve de gran cosa... Stephen no es como su familia. Es amable, cariñoso y me quiere. Pero es tan impaciente como ellos y eso me pone aún más nerviosa. No tengo el carácter fuerte de las mujeres de su familia.

-¿Y eso te hace menos persona? No digas tonterías, Linda, y sobre todo, no seas tan dura contigo.

-Oh, Camille, siento que estoy decepcionando terriblemente a Stephen -declaró con tristeza.

-Por Dios, ahora no estás siendo justa con él. El problema es de tu suegra, no de tu marido. Es ella quien debe cambiar, no tú.

-Sólo intento hacer lo que se espera de mí...

-Entonces deberías empezar por enamorarte de ti misma. Y tal vez deberías hablar con tu suegra y decirle lo que piensas. Ni una mujer como ella querrá poner en peligro el nacimiento de su nieto.

-No me atrevería. Además, sé que reaccionaría con extrañeza, como si mis palabras no tuvieran ningún sentido, como si ella fuera incapaz de hacerme ningún mal.

-Para empezar, debería dejar de llamarte frágil.

Linda negó con la cabeza.

-Han aceptado a Fiona, Camille. Es una de ellos. Son todas tan altas, y yo tan baja...

-Insisto en que dejes de verlas durante una buena temporada.

-No puedo, Milly. Stephen confía en mí y no me gustaría causarle problemas.

-¿Pero qué importancia tiene esa Madelaine Carghill? Tú sabes defenderte cuando quieres, así que hazlo. Además, el poder lo tienes tú... Tú eres la persona más importante en la vida de Stephen.

Linda suspiró.

-Camille, eres una gran amiga.

-Eso espero... -dijo, mientras se levantaba de su asiento-. En fin, voy a pedirle a Tommy que te lleve a casa. Yo te seguiré en tu coche.

-Oh, no hace falta que hagas eso.

-No es decisión tuya. Pero cuando llegues, túmbate, pon las piernas en alto y relájate. Tienes que concentrarte en las cosas buenas. Además, estar embarazada puede ser algo hermoso y terrible a la vez, y debes aprender a aceptarlo.

-Te adoro, Milly.

Linda la miró y apretó con fuerza su mano.

El teléfono comenzó a sonar a las dos de la madrugada. Camille estaba profundamente dormida y estuvo a punto de tirar el aparato al descolgar el auricular.

-¿Dígame?

-¿Camille?

Al oír la voz de Stephen, se asustó mucho. -¿Qué ocurre, Stephen?

El marido de su amiga, un hombre normalmente tranquilo, parecía fuera de sí.

-Es Lindy... Le duele mucho la tripa y estamos asustados... Tiene miedo de perder el bebé.

-Llama una ambulancia rápidamente. -Ya lo he hecho, pero quiere verte a ti. Camille se levantó de la cama.

-En ese caso, dile que estoy de camino.

-Gracias, Milly. Me siento tan impotente... No se qué hacer.

-Mantén la calma. Nos veremos en el hospital.

Fue una larga y terrible noche. Y al final, Linda perdió el bebé. Stephen y Camille estaban sentados en la sala de espera, derrotados, en silencio. En plena madrugada llegaron los padres de Stephen, de modo que los cuatro recibieron la noticia de boca del doctor Bourke. En cuanto a los padres de Linda, estaban de vacaciones en Europa.

-Lo siento mucho -dijo el médico, mientras pasaba un brazo por encima de los hombros de Stephen-. Pero Linda es joven y tiene salud, así que podrá quedarse embarazada otra vez. Intentad pensad en ello para animaros.

-¿Animarnos? -preguntó Stephen-. ¿Cómo? Acabamos de perder a nuestro hijo y nada puede cambiar eso. Lindy se hundirá cuando lo sepa. Lo deseaba tanto...

Su madre se acercó y le acarició la mejilla.

-El médico tiene razón, cariño. Ha sido inevitable.

-Por favor, mamá, no quiero oír discursos ahora.

-Déjalo, Madelaine -intervino Peter, su esposo Pero a decir verdad, Linda no tenía muy buen aspecto últimamente. Supongo que se estaba exigiendo demasiado.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Madelaine-. Nadie le exigía nada que no se exigiera ella misma. Sé que no es momento de hablar de estas cosas, pero comenzó a comportarse de forma extraña cuando supo que se había quedado embarazada.

-Eso no es verdad. Linda lo estaba haciendo muy bien -dijo Camille.

-La he estado viendo con más frecuencia que tú y sé lo que digo -afirmó Madelaine-. Un día la vi levantando una pesada maceta en el jardín y le sugerí que dejara los trabajos físicos duros para otras personas. Siempre está dispuesta a ayudar; a veces pienso que es su forma de reafirmarse... Pero lo cierto es que suele llevarme la contraria por principio.

-Este no es momento para hablar de esas cosas -dijo Stephen-, aunque ciertamente ha estado trabajando mucho en el jardín.

-El doctor Bourke lo aprobó, Stephen -dijo Camille-. Y no creo que esa maceta fuera tan pesada.

-¿Me estás llamando mentirosa? -preguntó Madelaine, ofendida.

-Sólo estoy diciendo que podrías estar equivocada. Además, no deberías hablar de ese modo. Si Linda te oyera, se sentiría herida.

-No estoy dispuesta a aguantar esto por más tiempo. Te has excedido, Camille.

-Si lo he hecho, ha sido por Linda. Es mi amiga.

-Entonces deberías ayudarla a protegerse de sí misma -declaró Madelaine-. Por mi parte, he hecho todo lo que he podido por ella, pero nunca ha querido mi ayuda. Madelaine se volvió entonces hacia su esposo y añadió:

-Vámonos a casa, Peter. Ya estoy cansada de esto.

-No -dijo su esposo-. Quiero ver a Linda.

-No te dejarán entrar. Sólo dejarán pasar a Stephen, no a la familia ni a los amigos -dijo, mirando a Camille.

La mujer desapareció unos segundos después y su esposo no tuvo más remedio que seguirla.

-¿Tenías que decir eso, Camille? -preguntó Stephen, cuando se quedaron a solas.

-Tenía que hacerlo, sí. Tu madre le está haciendo la vida imposible a Linda.

-¿De qué diablos estás hablando? -preguntó, enojado-. Es una simple cuestión de incompatibilidad de caracteres, nada más. Mi madre no lo hace a propósito. Y en cuanto a Lindy, la conozco mejor que nadie y sé que tiene muchas virtudes, pero también sé que es muy insegura. Nunca se ha sentido parte de nada. Una vez me dijo que sólo hay dos personas en este mundo a las que quiere: tú y yo.

Los ojos de Stephen se llenaron de lágrimas.

-Esto la va a matar -añadió.

-Sí, va a ser muy doloroso, pero estaremos a su lado para ayudarla -comentó, a punto de llorar.

-Se comportaba de forma extraña desde hace tiempo. Primero pensé que era por sus cambios físicos, pero luego vi que había algo más. Sin embargo, no es muy dada a contarme sus cosas... En cuanto a mi madre, ha hecho lo posible por integrarla en mi familia, pero ella no quiere.

-Uno de estos días tendríamos que hablar muy en serio, Stephen, porque me parece que no ves la situación con suficiente perspectiva.

-Soy su marido, Camille. Y sé que ha cambiado desde que nos casamos. Se ha encerrado en sí misma y siempre está a la defensiva. Incluso tiene celos de Fiona, ¿puedes creerlo?

-Bueno, estuviste con Fiona antes de estar con Linda.

-Igual que ella estuvo con otras personas. Además, Fiona es mi amiga desde hace muchos años. Lo que siento por ella y lo que siento por Linda son cosas radicalmente distintas. Yo adoro a Linda, la amo. Pero es tan insegura...

-Sea como sea, ahora nos va a necesitar -dijo con firmeza-. Ha perdido a su hijo.

-También era mi hijo, Milly.

-Lo sé, lo sé. Pero ambos sabemos que Lindy es más sensible que la mayoría. Tuvo una infancia muy difícil.

-Tú también.

-Y me ha dejado huella, créeme.

-Linda no es tan fuerte. A pesar del comportamiento de tu padre, te hiciste más independiente con los años.

-Eso no importa ahora. Además, perder un niño es algo especialmente terrible para una mujer. Será duro.

-Por suerte, sólo estaba embarazada de tres meses. Supongo que no es tan grave como lo habría sido de encontrarse a punto de dar a luz.

-No, no lo es. Pero dudo que eso la anime.

Al cabo de un buen rato, apareció una enfermera y les indicó que ya podían entrar a verla. Primero entró Stephen. Y más tarde, Camille.

-He perdido al bebé -dijo Linda, al ver a su amiga.

-Sí, cariño, y lo siento tanto...

-Al parecer, siempre lo estropeo todo.

-No digas eso. El doctor ha dicho que son cosas inevitables que pasan. No ha sido culpa tuya...

Linda apartó entonces la mirada y dijo:

-Lo siento, pero te equivocas. Ha sido culpa mía.

Dos días más tarde, Linda salió del hospital. Como Stephen estaba trabajando y no podía salir, Camille fue a buscarla para llevarla a casa. Su amiga estaba muy tranquila. Extrañamente tranquila.

-Nunca había sentido tanto dolor en mi vida. Pero no es un dolor físico, sino emocional.

-Es lógico, Lindy. Sin embargo, deberías dejar de culparte.

-Pero me siento tan impotente... Mi suegra ha intentado animarme y me ha traído unas flores. Las he tirado a la basura -le confesó.

-Tal vez lo haya hecho con buena intención. Sólo puedo decirte que tanto ella como su esposo parecían sinceramente preocupados cuando llegaron al hospital la otra noche. Quisieron quedarse para verte, pero no les dejaron.

-¿Y cómo te las arreglaste tú para entrar?

-Yo habría entrado aunque se opusiera todo el hospital.

-Sí, supongo que sí -dijo Linda, con una tímida sonrisa-. Stephen está destrozado, ¿sabes? Sé que se siente muy, decepcionado.

-Es lógico, cariño. Estaba muy preocupado por ti y me confesó que tenía miedo de perderte. Te quiere mucho.

-Tal vez me esté perdiendo.

Camille se quedó sin habla. Miró a su amiga antes de volver a concentrarse en la carretera y dijo:

-Linda, necesitas ayuda. Cuando te encuentres mejor, buscaremos a un buen profesional.

-¿Te refieres a un psicólogo?

-A un profesional que conozca a fondo esos problemas. Pueden ser muy útiles, y lo sabes.

-Ya te tengo a ti.

-Sí, pero yo no soy psicóloga.

-Podrías serlo si quisieras -observó con otra tímida sonrisa.

-Sé escuchar y te quiero, pero nada más. Si te duelen las muelas, vas al dentista, no me llamas a mí. Y lo mismo sucede con los psicólogos. Muchas mujeres se han encontrado en tu misma situación y han salido de ella aunque les haya dolido.

-Puede ser, pero te aseguro que en este momento no veo futuro alguno en mi vida.

Las preocupaciones del día no terminaron ahí. Poco después de volver a la mansión, recibió la llamada de la hermana mayor de Stephen, Ann, una joven sin ningún sentido del humor que estaba casada con un abogado y que protestó por el comportamiento que había tenido en el hospital con su madre. Camille tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse.

-Mi madre no está acostumbrada a que le lleven la contraria de ese modo -declaró-. Deberías disculparte.

-Siento haberla ofendido, Ann, porque no era mi intención. Sólo comenté que no creía que Linda se hubiera dedicado a levantar pesos excesivos durante su embarazo. No habría hecho nada que pusiera en peligro al bebé.

-Tal vez, pero incluso tú debes admitir que Linda tiene problemas.

-¿Qué tipo de problemas? -preguntó, cada vez más enfadada.

-Camille, no quiero discutir contigo. Comprendo que tu relación con Linda es distinta, pero ella se pone a la defensiva en cuanto está con la familia.

-No me extraña. No la dejáis en paz. -¡Eso no es cierto! -gritó Ann.

-¿No? Tengo ojos y oídos, Ann. Con excepción de tu padre, el resto os habéis portado muy mal con ella. Y Linda es una persona que necesita mucho cariño.

-Hemos hecho lo posible por lograr que se sienta en su casa. Stephen lo sabe de sobra, pero Linda se encierra en sí misma. Y por cierto, mi hermano también está sufriendo... tal vez deberías haber pensado en eso antes de meterte donde no te llaman.

-Perdóname, Ann, pero tengo que marcharme -dijo Camille, controlándose a duras penas-. Respeto mucho a tu madre pero no

pienso disculparme ante ella. Me limité a defender a mi amiga porque sé que se habría sentido muy herida de haber oído a Madelaine.

-Claro, claro. Pero algo me dice que irás corriendo a contárselo.

-Eso no lo haría nunca, Ann. Porque a diferencia de ti, yo aprecio a Linda.

Camille pasó el resto de la semana intentando animar a su amiga. Iba a verla permanentemente, y cuando Stephen se marchaba a trabajar, iba a su casa para que no estuviera sola.

A medida que pasaba el tiempo, se sentía más y más decepcionada con él; por lo visto, tanto Stephen como sus hermanas pensaban que Madelaine era una especie de santa. Pero al menos no había sabido nada de Nick Lombard, del hombre que había destrozado a su padre.

Al pensar en Nick, recordó a su hija. Le había prometido que la llevaría a la peluquería, pero estaba demasiado ocupada y decidió escribirle una nota para explicárselo. No se trataba solamente de Linda, sino también de la subasta de la casa al sábado siguiente, así que era bastante improbable que pudiera verla en los días siguientes.

Como a Camille siempre se le había dado bien el dibujo, pintó flores, duendes y hadas en el papel. Sabía que a Melissa le gustarían, porque era una niña con mucha imaginación. Además, una de las hadas se parecía a la pequeña. Y por supuesto, no era casual.

El día de la subasta toda la propiedad estaba llena de gente. Así que decidió alejarse del tumulto y seguir empaquetando sus cosas; a fin de cuentas tendría que mudarse en cuestión de días.

Al cabo de un rato, se acercó a la ventana y contempló a la multitud. Empezó a pensar entonces sobre su futuro y se dijo que tal vez podría abrir una galería de arte y trabajar por su cuenta. Incluso podía pedirle consejo a Claude, quien seguramente estaría encantado de ayudarla.

Unos segundos después, apareció Tommy.

-Si estás pensando en bajar, yo no lo haría -dijo el mayordomo.

-No me apetece hacerlo, pero supongo que debería.

-No es tu responsabilidad, cariño. Mucha gente ha venido sólo por el morbo de la historia de tu padre.

-¿Qué te ocurre, Tommy? Te noto algo nervioso -dijo, acariciándole un brazo.

-No me ocurre nada. Pero Dot y yo hemos cuidado de ti desde que tu madre murió y nos preocupas.

-No os preocupéis, saldré adelante. Y si tienes miedo de que alguien quiera atacarme o algo así por vengarse de mi padre, te

recuerdo que la casa está llena de guardias de seguridad. Tendré cuidado, descuida.

-Pero todo el mundo te conoce, Camille. Cualquiera podría reconocer ese pelo...

-Entonces, me pondré una pamela.

-Está bien, baja si quieres. Pero estoy deseando que esto termine.

Camille bajó entonces al jardín. Era un precioso día de octubre y casi todos los invitados fueron muy educados con ella. Al cabo de un rato, se topó con Perdita Masterman, Robyn y Philip.

-Buenos días, Camille -dijo Robyn-. No creí que te presentaras esta mañana.

Perdita, su madre, la miró y frunció el ceño. Por lo visto no aprobaba el comportamiento de la joven.

-Estar aquí es mi obligación, Robyn. Buenos días, Perdita. Philip...

-Buenos días, Camille -dijo Perdita-. Supongo que todo esto debe de ser muy difícil para ti.

-Bah, seguro que está deseando marcharse de esta casa, ¿verdad, Camille? -comentó Robyn-. A fin de cuentas nunca fue realmente su hogar. Esto era la fortaleza de su padre... Sospecho que se encerraba aquí porque temía por su vida.

-Mmm, no lo creo. Curiosamente, eso nunca le preocupó -afirmó Camille-. En fin, os dejo. He visto a Lady Kershaw y me gustaría charlar un rato con ella.

Unos minutos después sintió el mismo escalofrío que había sentido días antes en el interior de la mansión. Y por supuesto, el motivo era el mismo: la presencia de Nick Lombard.

En cuanto la vio, dejó a su acompañante, Clare Tennant, y se dirigió hacia ella. Camille se había detenido a la sombra de un árbol y se sintió extrañamente nerviosa.

-Debí imaginar que vendrías -dijo Camille-. Seguro que te alegras de que lo haya perdido todo.

-He venido por una razón bien distinta. Con todo lo que se ha dicho en los periódicos, no quiero que estés sola en mitad de tanta gente. Hay muchos desconocidos y alguien podría tener malas intenciones.

A Camille le sorprendieron sus palabras. Era prácticamente lo mismo que había dicho Tommy.

-No sé de qué diablos estás hablando -mintió.

-¿Dónde demonios están tus guardias de seguridad? -preguntó él.

-Nick, te estás excediendo. Dudo que mi vida esté en peligro.

-No te hagas la tonta. Sabes de sobra que la gente odiaba a tu padre y que pasarán muchos años antes de que lo olviden.

-Puede que tengas razón, pero debo estar aquí.
-En ese caso, te acompañaré.
-Pero has venido con Clare. Te estará esperando...
-No he venido con ella. Sólo la he acompañado.
-Sospecho que ella no estaría de acuerdo con eso.
-Maldita sea, déjate de tonterías y paseemos un poco.
-Está bien -dijo, mientras echaba un vistazo a su alrededor-. Pero francamente, no me siento amenazada.
-Me alegro mucho, pero haz caso a mi instinto. Llamas demasiado la atención. Venga, vamos a la casa... Además, dentro de poco leerán las condiciones de venta.
-¿Dónde está Melissa? -preguntó-. Le envié una carta.
-Lo sé, ya la ha recibido. No sabía que tuvieras talento para el dibujo.
-Hay muchas cosas de mí que no sabes.
En cuestión de minutos se encontraron en el interior de la mansión. Poco después, el encargado de la subasta comenzó a leer las condiciones de venta de la propiedad y Camille se preguntó cómo era posible que Nick Lombard hubiera invadido su vida de ese modo. Además, no dejaba de preguntarse qué pensaría la gente al verla en compañía del peor enemigo de Harry Guilford.
Las pujas sobre la casa duraron un buen rato, con sumas a cual más elevada. Y en determinado momento, la propia Perdita Masterman ofreció una millonada.
-Seguro que es una tapadera de la mafia -murmuró Nick a su oído.
-No me extrañaría. Lo que me extraña es que no pujes tú.
La tensión de la sala fue aumentando poco a poco, ante la atenta mirada de los curiosos y las cámaras de televisión que seguían el acontecimiento. Y al final, Perdita se salió con la suya y la compró.
-No puedo creerlo -dijo Camille.
-En mi opinión ha pagado demasiado por la propiedad -observó Nick-. Pero vámonos de aquí. Ya ha terminado todo.
-Es increíble, es increíble... -insistió Camille-. Los Masterman se van a quedar con la mansión de mi padre...
-Puedes estar segura de que no volverá a ser la misma.
Cuando terminó el espectáculo, la gente se fue marchando poco a poco. Nadie le prestó atención a la mujer de vestido marrón que se acercó a Camille. Ni ella ni Nick Lombard repararon en ella hasta que los alcanzó.
-¿Camille Guilford?
Camille y Nick se volvieron hacia la desconocida y se quedaron helados. La mujer blandía un enorme cuchillo.

En ese momento, dos guardias de seguridad se dieron cuenta de lo que sucedía e intentaron reaccionar, pero estaban demasiado lejos para poder ayudar. Camille estaba perdida, o lo habría estado de no haber sido por Nick, que la empujó al suelo e impidió que la mujer le seccionara la garganta. Después, se arrojó sobre ella y la redujo sin demasiado esfuerzo.

-¡Maldito canalla! -exclamó-. Llevo años esperando este momento...

La mujer aún tuvo fuerzas para alzar el cuchillo una vez más y clavarlo en uno de-los hombros de Nick, que la aferró con más fuerza. Camille vio la sangre en la hoja, pero no sabía de quién era.

-¡Odio a ese hombre, lo odio... ! ¡Mató a mi marido y ahora quiero matar a su hija! ¡Ojo por ojo!

Camille no sabía qué hacer. Estaba horrorizada y totalmente paralizada por el miedo cuando los guardias de seguridad se acercaron.

-Ya ha pasado todo, señorita Guilford. Hemos llamado a la policía y a una ambulancia -declaró uno de los hombres.

Sólo entonces, los ojos de Camille se fijaron en Nick. La desconocida lo había herido en la parte superior del pecho, por debajo del hombro, como tuvo ocasión de comprobar cuando se quitó la chaqueta y vio la enorme mancha de sangre en la camisa.

Parecía respirar con dificultad, como si la hoja le hubiera atravesado el pulmón, y corrió hacia él para intentar ayudarlo. Tres hombres se acercaron y le dieron sus pañuelos para intentar taponar la herida, y Camille se concentró en ello sin dejar de pensar que Nick Lombard le había salvado la vida.

-Ayúdeme atenderlo en el suelo -le dijo aun guardia de seguridad.

Justo entonces apareció otra persona.

-Apártense. Soy médico...

-Es una suerte que estuviera tan cerca.

-Y tanto. Estaba en la subasta -comentó el hombre.

Camille se apartó entonces y se dirigió hacia el coche patrulla donde esperaba su agresora. No supo por qué lo hizo, pero se acercó a ella y dijo:

-Siento lo que le pasó a su marido, pero yo no tengo la culpa. Y mucho menos, el hombre a quien acaba de herir.

La mujer rió.

-No me importa. Eres la hija de Harry Guilford y no me arrepiento de lo que he hecho.

La policía se la llevó entonces y Camille volvió con Nick.

-¿Cómo está? -preguntó al médico.

-Por suerte para él, la hoja se ha clavado en una costilla y no ha

penetrado en el pulmón. Tendremos que darle unos cuantos puntos y mantenerlo en observación por si sufre una hemorragia interna. Pero ahora, hágame el favor de sentarse y descansar. Acaba de pasar por una situación límite y no me gustaría que se desmayara.

Camille no tuvo tiempo de obedecer. Antes de que pudiera hacerlo, la vista se le nubló y cayó desmayada al suelo.

Cuando volvió en sí, se encontraba en la ambulancia en la que llevaban a Nick, inconsciente. A su lado estaba Tommy, que naturalmente se preocupó mucho por lo sucedido y la sometió a un verdadero interrogatorio.

Una vez en el hospital, Camille insistió en permanecer junto al hombre que le había salvado la vida y se quedó allí hasta que la dejaron entrar en la habitación. Para entonces, Nick ya había recobrado la conciencia. Estaba tumbado en una cama, con el torso desnudo y vendado.

-No tienes muy buen aspecto... -dijo él, con una débil sonrisa.

Camille se miró el vestido. Tommy le había llevado ropa limpia y ella se había cambiado poco antes en un cuarto de baño. -

-Pues deberías haberme visto antes de cambiarme. Estaba todavía peor.

-¿No vas a sentarte?

-Sí, pero sólo un momento; tienes que descansar. ¿Cómo te encuentras?

-Algo mejor. Al menos, no ha sido nada grave. Pero duele terriblemente.

-Pues sospecho que va a ser más duro cuando se pase el efecto de los analgésicos.

-¿Es que te alegras de que sufra?

-No, por supuesto que no -afirmó-. Lo decía con aprensión. Recuerda que me has salvado la vida.

-Dudo que eso importe mucho si estás decidida a odiarme.

Ella lo miró con intensidad.

-Créeme, no te odio en absoluto en este momento.

Podrían haberte matado.

-Lo dudo, aunque esa mujer tenía una fuerza increíble. Es cierto eso que dicen de los locos. Pero de todas formas, no habría podido conmigo.

-¿Qué le harán ahora?

-Supongo que la someterán a un examen psiquiátrico. Y si está tan loca como parece, la internarán. -¿Tienes idea de quién puede ser?

-Por lo que me han dicho, su marido se llamaba Gerald Gray. Pero ese nombre no me dice nada.

-Supongo que fue otra de las víctimas de mi padre.

Otra de las personas que destruyó.

-No lo sé, pero tú no eres culpable de los actos de Harry Guilford. Menos mal que no estabas sola cuando apareció. Te habría matado.

-Pues no imaginas cuánto me alegra que te empeñaras en acompañarme.

-Sí ,parece que siempre me rodeo de mujeres peligrosas. -Yo no soy peligrosa.

-Yo diría que sí lo eres.

-¿Quieres que vaya a tu casa para asegurarme de que Melissa, se encuentra bien?

-Estoy seguro de que a ella le encantaría, pero prefiero que te marches a descansar. Has pasado por una situación muy difícil y es posible que te encuentres peor dentro de un rato, aunque ahora no te des cuenta. ¿Tommy Browning está contigo?

-Sí, está fuera.

-Ya lo imaginaba. Te quiere como si fueras su hija... Pero no te preocupes por Melissa. Ya me he asegurado de que nadie le cuente lo que ha sucedido. Se lo diré yo mismo mañana, cuando me den el alta.

-Vendré a buscarte -se ofreció.

-No es necesario. Te recuerdo que tengo chofer.

-Quiero hacerlo.

-En ese caso, no me opondré -sonrió.

Un segundo después, apareció una enfermera y miró a Camille con recriminación. Tenía que marcharse.

Camille se levantó y dijo:

-Bien, me marcho, pero volveré mañana.

-Si me dieras un beso de buenas noches, no me importaría nada -comentó él, en tono de broma-. Ya sabes, un pequeño beso a modo de agradecimiento.

Camille se inclinó y lo besó en una mejilla.

-¿Satisfecho?

-No particularmente. Me gustaría algo más intenso.

Entonces, Nick la atrajo hacia sí y dijo:

-A grandes males, grandes remedios, Camille. Y te guste o no, me temo que ya formas parte de mi vida.

Nick la besó suave y profundamente. Fue un beso tranquilo, relajado en apariencia, pero con una enorme pasión.

.Cuando se apartó de ella, Camille supo que aquel hombre podía poseer su cuerpo y su mente. Se dijo que su padre no lo habría entendido nunca. Y después, pensó que ella tampoco lo entendía.

Camille estaba esperando en el vestíbulo del hospital a que Tommy

apareciera con el coche cuando Clare Tennant entró a toda prisa. Cuando la vio, la miró con desesperación.

-¿Dónde está? ¿Dónde lo han llevado?

-No te preocupes, no está tan mal como temíamos.

-Estoy más asustada que en toda mi vida. Nick y yo somos muy buenos amigos... Espero que ahora comprendas lo mucho que odiaban a tu padre. Si yo estuviera en tu lugar, me marcharía tan lejos como pudiera.

-Pero no estás en mi lugar, Clare, y no vas a conseguir que me marché.

-Ah, ahora lo entiendo. Estás interesada en Nick.

-No digas ridiculeces. Nunca he querido nada con ese hombre.

-Pero todo ha cambiado ahora, ¿verdad? Nick es el sueño de cualquier mujer: rico, atractivo, poderoso y excitante. Hay mujeres que se arrojarían a sus brazos sólo por su sonrisa.

Camille se ruborizó.

-No puedo creer que saques ese tema de conversación en este momento. Me parece muy inapropiado. -Mira, Camille, voy a ser completamente sincera, a diferencia de ti: aléjate de él, te lo advierto. Clare cerró una mano en uno de los brazos de Camille, que protestó de inmediato.

-Suéltame, Clare.

-Ah, vaya, he acertado. Nick te gusta. Puede que no tuvieras intención de sentirte atraída por él, pero te gusta declaró, con ojos brillantes-. Pues bien, mantente alejada de él. Es mío.

Capitulo 5

CUANDO Camille llegó a casa, Linda la estaba esperando. Al parecer se había enterado de lo sucedido y había querido acercarse para interesarse por su estado.

Las dos amigas se sentaron en el balcón del dormitorio de Camille y contemplaron el mar a lo lejos. Era una noche tranquila y cálida, casi idílica, pero Camille sabía que su vida ya no iba a ser la misma.

-Y pensar que estaba discutiendo con Stephen cuando tu vida se encontraba en peligro... -dijo, mientras tomaba un trago de su refresco de naranja-. Menos mal que Nick Lombard se encontraba contigo. De lo contrario, podrías haber muerto.

-Estuve a punto de morir, sí. Le debo la vida.

-Cualquiera diría que el destino os ha unido. Además, Nick tiene todas las trazas de ser un héroe...

-No sé qué decir. Comprende que todo esto es muy extraño para mí. Harry Guilford era mi padre y Nick fue el causante de su destrucción.

-Si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho otra persona, Milly. Será mejor que lo asumas de una vez.

-Es demasiado pronto para mí y son demasiadas cosas. Nick me ha dicho que el asunto con mi padre es más antiguo de lo que creía en principio.

-¿A qué te refieres?

-En lugar de contártelo, será mejor que te lo enseñe.

Camille se levantó, entró en el dormitorio y regresó con el álbum de fotografías que Nick le había prestado. -Echa un vistazo. Tengo que devolvérselo a Nick. -Es un álbum muy viejo. ¿Y ese escudo de armas? -Es de la rama italiana de la familia de Nick. -Pues tiene un aspecto bastante tétrico. -Sí, es verdad.

Camille volvió a sentarse mientras su amiga pasaba las páginas del álbum y observaba las fotografías en silencio. Y unos segundos más tarde, vio la instantánea de

Natalie y Hugo Vandenberg.

-¡Dios mío! ¡Es igual que tú! Camille asintió. -Sí, nos parecemos mucho.

-Es más que eso. Sois iguales. Pero, ¿quién es el hombre que la acompaña? Por su forma de mirarla, es obvio que estaba enamorado de ella.

-Es Hugo Vandenberg, un tío de Nick Lombard. Al parecer, se iba a casar con mi madre, pero Natalie conoció a Harry y lo abandonó.

-Vaya, supongo que debió de ser terrible para él... -Peor de lo que imaginas.

-¿Peor? Ya es bastante malo que lo abandonara por marcharse con tu padre. Tu padre era tan...

-¿Cruel? -la interrumpió.

-Sí, siento decirlo, pero sí. En cambio, este hombre tiene una expresión bien distinta. Su sonrisa es tan abierta y sincera como la de Nick Lombard. Pero ¿qué sentido tiene todo esto?

Camille se encogió de hombros.

-Mi padre nunca hablaba del pasado y no permitía que nadie lo hiciera. Lo único que recuerdo es que Natalie y Harry parecían muy enamorados cuando yo era niña... Él nunca se quería apartar de su lado.

-Tal vez estuviera enamorado o tal vez fuera el típico individuo posesivo. ¿Y qué ocurrió? Cuéntamelo todo. -No sé si debería. Últimamente has sufrido demasiado. -Soy tu amiga y eso es todo lo que importa, Milly.

Estoy aquí para ayudarte.

-Está bien, te lo contaré. Hugo Vandenberg se suicidó el día en que enterraron a mi madre.

Linda se quedó asombrada. -Qué horror... Camille asintió.

-Sí. Y las consecuencias han llegado a nuestros días. -Al menos, ahora ya conoces el origen de la enemistad que sentían Harry y Nick.

Camille permaneció en silencio un buen rato, pensativa. Pero al fin, levantó la mirada y dijo:

-Te voy a decir algo que espero quede entre nosotras. -Descuida, ya me conoces.

-Mi madre estaba embarazada cuando murió, pero de Hugo Vandenberg.

-¿Te lo ha contado Nick? Camille asintió una vez más.

-¿Y cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo?

-Supongo que Hugo se lo contó a su familia. Al parecer, todos estaban muy preocupados por la situación.

Además, mi madre se dio cuenta del error que había cometido con Harry y acudió a Hugo en busca de ayuda. Es evidente que una cosa llevó a la otra y que recuperaron su relación amorosa.

Linda se echó hacia atrás y se frotó la frente. -Conociendo a tu padre, habría sido capaz de matarla si se hubiera enterado.

Camille se giró hacia su amiga, boquiabierta. -¿Qué has dicho, Linda? ¿Qué has dicho? Linda no dijo nada.

-¡No puedo creer que pienses eso?

Linda la miró entonces y dijo:

-Milly, Harry era capaz de eso y de más.

Esta vez, fue Camille quien no fue capaz de hablar.

Al verla en semejante estado, Linda añadió:

-Me gustaría que te quedaras en mi casa hasta que encuentres otro lugar donde vivir.

Camille negó con la cabeza.

-Gracias, pero no quiero entrometerme en este momento. Stephen y tú tenéis mucho de lo que hablar.

-Sí, bueno... Se está comportando de forma extraña últimamente.

-¿Tan mala es la cosa?

-Sí. Al parecer, todo estaba bien cuando yo me limitaba a darle la razón y hacer lo que él quería. Si surgía algún problema, la culpable siempre era yo. Pero he cambiado y me he dado cuenta de que he cometido muchos errores con mi vida. Además, entiendo que Stephen quiera a su familia y pretenda justificarlos, pero yo soy su esposa y me debe cierto respeto.

-Desde luego.

-Pues su madre ha conseguido meterle en la cabeza que la culpa de la muerte del bebé la tengo yo y que me merezco lo que ha pasado.

-¿Y sigues empeñada en que Stephen no te toque?

Linda le había contado que después del aborto no había vuelto a mantener relaciones sexuales con su esposo.

-Es mi cuerpo, Milly, y necesito pensar las cosas durante una temporada. Además, parte del deseo sexual que sentía por él procedía de mi propia inseguridad, de mi necesidad de los otros... Ahora he crecido, he aprendido mucho. Y algo me dice que Stephen no lo comprende.

-¿Has ido a ver al doctor Max Courtney?

-Sí.

-¿Y por qué no llevas a Stephen?

-No quiere ir. El doctor lo sugirió, pero Stephen se negó en redondo cuando se lo propuse.

-Es una lástima. Creo que sería útil para los dos.

-Sí, pero Stephen cree que los problemas son míos, no suyos. Cree que me comporto así para ofender a su familia, y empiezo a preguntarme si realmente lo conozco.

-Lindy, hasta los mejores matrimonios pasan por épocas problemáticas. Has pasado por un trance muy duro y es posible que Stephen crea que ya no lo necesitas. Tal vez sea de esa clase de hombres.

-Sí, claro, le encanta cuidar de mí siempre y cuando cumpla la ley. Su ley. Esta misma noche ha organizado una barbacoa con toda su familia aunque se suponía que íbamos a estar solos para solventar nuestras diferencias.

-¿Y no te lo comentó?

-No me lo ha dicho hasta esta mañana. Sé que intenta mejorar las cosas entre nosotros, pero sólo consigue empeorarlas. Su familia nunca me apreciará demasiado y, desde luego, yo no formo parte de ella. Pero esta noche no voy a obedecer a Stephen.

-¿No vas a ir?

-No. He alquilado un par de videos que tengo en el coche. He pensado que podríamos verlos tú y yo mientras tomamos una pizza o algo así.

-¿Y no te causará ningún problema?

-Me da igual.

-Bueno, está bien, será como en los viejos tiempos...

-Milly, te adoro. No sé qué haría sin ti -comentó Linda-. Has sido muy buena conmigo todo este tiempo. Ojala pudiera ser como tú.

-No seas ridícula. ¿Todavía no te has dado cuenta del desastre en que he convertido mi vida? Hasta metí la pata con Philip, cuando tú ya te habías dado cuenta de

que sus intenciones no eran buenas. Como ves, no soy tan lista. Creo que deberías pensar un poco más en ti y tomarte un año sabático. Necesitas tiempo para curar tus heridas.

Cuando Camille llegó al hospital al día siguiente, Nick Lombard ya estaba vestido, esperándola. Estaba junto a la ventana, de espaldas a la puerta, y ella se sintió muy aliviada al verlo.

Nick se volvió entonces y clavó la mirada en ella. Camille se había puesto un vestido sin mangas, de seda y de color amarillo, muy apropiado para el color de su piel y de su pelo. Como siempre, estaba impresionante.

Los pensamientos de Nick, sin embargo, se volvieron más oscuros. Camille era demasiado bella, la clase de mujer que podía llevar a hombres como su tío Hugo a la locura.

-¿Te encuentras bien? -preguntó ella, al notar su expresión.

-Sí, estoy bien -respondió, con una sonrisa.

-¿Qué estabas pensando?

-Nada de lo que debamos hablar ahora -dijo, mientras se ponía la chaqueta-. Te agradezco que hayas venido a buscarme...

-No es nada. De no haber sido por ti, ayer habría sido mi último día.

-No pienses en eso -dijo, mientras la invitaba a salir de la habitación-. Me sorprende que te hayas recuperado tan rápidamente del susto.

-Estuve con mi amiga Linda y charlamos un buen rato.

-¿Linda? ¿La de los ojos tristes?

-La misma. La quiero como si fuera mi hermana. Pero, ¿ya podemos marcharnos? ¿Te han dado el alta?

-Sí, la enfermera me ha dicho que mis heridas cicatrizan perfectamente y que no hay ninguna hemorragia interna, aunque tengo que volver esta semana para someterme a otro reconocimiento. Estoy deseando llegar a casa para ver a Melissa.

-¿Todavía no sabe nada?

-No. Di órdenes al personal y les pedí que no la dejaran ver la televisión. Por desgracia, salí en las noticias.

Camille asintió.

-Lo sé. Tendrás que decírselo suavemente para no asustarla...

-Bueno, si nos ve juntos se lo tomará mejor.

La realidad, sin embargo, resultó bien distinta.

No habían entrado todavía en la mansión de Nick cuando oyeron los gritos de la niña. Por supuesto, su padre corrió al interior a toda prisa.

-¡Bruja, bruja, bruja! ¡Eres horrible y fea!

-¡Ven aquí ahora mismo! -exclamó Larkins, que obviamente había perdido la calma.

Cuando entraron en la casa, vieron que la señorita Larkins había agarrado a la niña por los hombros, como si estuviera dispuesta a sacudirla. Clare Tennant estaba a su lado, con la elegante y fría actitud de costumbre. -¡Papá! ¡Papá!

Melissa se arrojó a los brazos de su padre.

-¡Creí que estabas herido! ¡Creí que estabas muerto! -Tranquila, cariño, no me ha pasado nada -dijo su padre, intentando tranquilizarla.

-Clare ha dicho que fue culpa de Camille... -Eso no es verdad -dijo Nick.

La señorita Larkins y Clare Tennant se pusieron a hablar al mismo tiempo, pero la niñera comprendió que no debía meterse en aquel asunto y dejó que lo explicara Clare.

-No sabíamos que Melissa estaba aquí. Nos pusimos a charlar y oyó la conversación porque tiene la fea costumbre de espiar a los mayores... Desde entonces, ha estado como loca.

-Lo siento mucho, señor Lombard. No imaginamos que Melissa estuviera cerca, aunque es cierto que acostumbra a espiar a los demás -afirmó Larkins.

-Razón de más para que lo hubierais comprobado -declaró Nick, molesto.

-No te enfades con nosotras, Nick -intervino Clare-. No queríamos que se enterara, pero yo estaba muy preocupada por ti y la niñera

quiso tranquilizarme un poco.

-¿Y cuándo se ha enterado?

-Hace veinte minutos, más o menos. Hasta entonces no sabía nada porque cumplimos tus órdenes e impedimos que viera la televisión y los periódicos. Has salido en todas partes y el teléfono no ha dejado de sonar.

-Entonces, ¿no es verdad que esa mujer te hirió, papá? -preguntó Melissa con desesperación.

-Me hirió en el hombro, pero el médico me ha curado. No me ha pasado nada, en serio.

-¿Y a Camille?

-No, tampoco -le aseguró Camille.

-Sabía que no había sido culpa tuya. A Clare no le caes bien, ni a la señorita Larkins.

-Eso no es verdad, Melissa -dijo Clare Tennant, ruborizándose-. ¡Pobre niñera! Ella tampoco ha dicho ni una sola palabra contra Camille.

Melissa insistió.

-Estoy diciendo la verdad, pero no importa... Espero que la mujer que te atacó acabe en la cárcel, papá. Mamá está muerta y yo no quiero que tú también te vayas.

-No te preocupes, no te dejará sola -dijo Camille-.

Es un hombre fuerte y muy valiente.

-He oído que arriesgó la vida por ti...

-Sí, desde luego la vida puede llegar a ser de lo más irónica -observó Clare-. Nick, tal vez deberías descansar un rato. Camille ha sido muy amable al traerte, así que puedo llevarla a su casa.

-¡No! ¡Márchate tú, Clare! -intervino la niña.

-Ya basta, Melissa -ordenó Nick-. Pide perdón a Clare ahora mismo.

-¡No pienso hacerlo! Dice que es mi amiga, pero no es cierto. Lo sé por cómo me mira.

-¿Quiere que me la lleve a su habitación, señor Lombard? -preguntó Larkins.

Nick negó con la cabeza.

-No, creo que será mejor que hable con ella en privado

-dijo, mientras tomaba a la niña de la mano y la llevaba a su habitación-. Bajaré enseguida. Mientras tanto, ¿podría servir té y café en el invernadero, señorita Larkins?

-Por supuesto, señor.

La niñera se alejó de inmediato. Y en cuanto se quedaron a solas, Clare le dijo a Camille:

-Veo que no sirvió de nada mi advertencia. -Este no es momento

para amenazas, Clare.

-¿Por qué no? No soy de la clase de personas que Se rinden fácilmente. Sé lo que quiero. Y quiero a Nick Lombard.

-No estoy interesada en tus planes. Y ahora, si no te importa, me voy al invernadero.

Al ver que Camille tomaba la dirección correcta, Clare comentó:

-Por lo visto, ya habías estado en la casa. -Sí.

-¿Cuándo?

-No creo que sea asunto tuyo. Pero te aseguro que Nick no me importa. Sólo me importa Melissa.

-No es la primera vez que oigo eso, querida -se burló.

-Pues deberías creerme. Esa niña me preocupa. Es evidente que no es feliz.

Clare rió.

-Oh, vamos, es la niña más incontrolable que he conocido en mi vida. Supongo que será una cuestión genética, porque su madre también era bastante rebelde. No me extraña que Nick esté preocupado. Si sigue así, se perderá.

-Por Dios, Clare, sólo es una niña con problemas que se pueden solucionar -dijo, disgustada.

-Obviamente no sabes nada sobre maternidad.

Camille entró entonces en el invernadero y se sentó en un sillón. Clare se acomodó frente a ella y cruzó las piernas.

-Nick también tiene su lado cruel y, desde luego, le encanta llamar la atención, como a su hija. Pero Melissa se porta tan mal cuando él no está cerca que dudo que su padre se lo perdone. A fin de cuentas es un hombre orgulloso que no perdona con facilidad.

-¿Qué intentas decirme con todo esto, Clare?

-Es obvio que no conoces bien a Nick. No es el hombre que crees que es. Está acostumbrado a odiar. Y créeme, comprendo que te sientas atraída por él... Pero eres joven e inteligente y sabrás librarte de ese problema.

-¿Siempre usas tácticas tan burdas, Clare?

-Soy famosa por moverme con rapidez -respondió.

-Pues no sé cómo decirte que no estoy interesada en él. Pero ya que insistes tanto, espero que no se case contigo. No sólo por su bien, sino por el bien de Melissa.

-No olvidaré lo que has dicho, Camille. Y en cuanto a esa niña, necesita mano dura, eso es todo. Nick la ha mimado demasiado, para compensar.

-¿Tú crees? Si apenas tiene tiempo para verla...

-Lo digo por Carole, su madre. Era una especie de gata salvaje y no

se puede decir que fuera muy buena madre. La niña tiene su pelo y sus ojos, pero desde luego no heredó su belleza… Carole la detestaba.

Camille no se fiaba de Clare y pensó que estaba mintiendo. Era capaz de decir cualquier cosa para salirse con la suya.

-Sea como sea, es evidente que Melissa necesita cariño. Es una niña muy inteligente y por eso se ha encerrado en sí misma. Cree que nadie la quiere, menos su padre.

Clare rió.

-Nick tampoco la quiere demasiado. Preferiría tenerla bien lejos, así que sería mejor que la llevara a un internado. Seguro que todas las noches reza para que no salga a su madre.

Aquel comentario fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Camille.

-No quiero seguir escuchándote. Dices que eres amiga de Nick Lombard, pero no haces otra cosa que hablar mal de él, de su esposa y de su hija.

-Lo hago porque lo adoro y lo conozco. Me gusta tal como es, con sus errores y su complejidad. Es un hombre de intensas pasiones, y ya estoy harta de hombres como mi difunto marido.

-Seguro que él también lo estaba de ti.

Clare se limitó a sonreír.

-Por suerte, sufrió un infarto antes de que pudiera cambiar el testamento. Me hizo rica, literalmente. Su familia no me ha perdonado nunca, pero ¿a quién le importa? El dinero abre muchas puertas.

Camille apartó la mirada.

-No me gustas, Clare -se limitó a decir.

-Eso me lo han dicho muchas mujeres, pero los hombres no opinan lo mismo. Sólo quiero que sepas que estoy dispuesta a defender mis intereses y que tú eres una amenaza para mí aunque lo niegues. Ya estás advertida.

Camille se levantó del sillón, enfadada, pero en ese preciso instante oyó que Nick se aproximaba. Lo acompañaba Melissa, mucho más contenta al parecer.

En cuanto la vio, la niña salió corriendo hacia Camille.

-Melissa, creo que antes debes hacer algo -dijo su padre.

Melissa se detuvo, se volvió hacia Clare y dijo: -Siento haber sido maleducada contigo, Clare. Lo siento.

Clare sonrió.

-Disculpas aceptadas, Melissa. Todos decimos cosas terribles a veces, cosas que en realidad no pensamos.

Camille miró a la niña y no pudo evitar reír cuando Melissa le guiñó un ojo. Para ser tan pequeña, demostraba tener tanto carácter

como malicia.

Una semana más tarde, Camille se había mudado a un apartamento en la orilla norte del puerto de Sydney. Era caro, pero estaba en un barrio bastante seguro.

Los recientes acontecimientos habían servido para que se preocupara más por su seguridad. Además, le habían informado de que Hilda Gray, la mujer que la había atacado, había sido internada en un psiquiátrico por tiempo indefinido y que no iría a juicio debido a su estado mental. En realidad, Camille se alegró por ello: no le apetecía nada tener que declarar en un tribunal. Su apellido ya era demasiado famoso.

En cuanto a Tommy y a Dot, se habían marchado a su casa en las Montañas Azules. No estaba lejos de Sydney, así que podían verla a menudo; de hecho, habían tomado en consideración esa circunstancia antes de comprar la propiedad.

Ahora que ya había cambiado de vida, Camille comenzó a pensar en el trabajo. No sabía qué hacer, aunque la idea de convertirse en marchante de arte le resultaba muy atractiva. Podía concentrarse en los nuevos artistas y dejar a los consagrados en manos de Claude, que por supuesto la había llamado varias veces desde su altercado con Hilda Gray. Siempre había sido un gran amigo.

Aquella mañana, subió a su coche y se dirigió a casa de Claude. Su residencia no se encontraba lejos de allí; era una casa preciosa, de piedra, rodeada de rosales.

Acababa de llegar cuando el gato de Claude, Cappy, salió a recibirla.

-Hola, gatito, ¿dónde está tu amo?

-Ya era hora de que vinieras. Sabes que me encanta que me visites...

Claude estaba en la puerta y Camille lo besó en las dos mejillas.

-Te he echado mucho de menos, Claude. Por cierto, tu jardín está precioso. No había visto tantas rosas en toda mi vida. Eres un genio...

-Es mi pequeño divertimento. Luego te enseñaré unos cuantos jarrones antiguos que adquirí hace poco y que podrían quedar muy bien en tu nueva casa. Además, tengo un montón de plantas para decorar...

-Te he traído un pequeño regalo. Es una botella de brandy -dijo ella.

Claude miró la botella y sonrió.

-Si te quedas a cenar, daremos buena cuenta de ella.

-Si me invitas, trato hecho.

-En tal caso, entra y ponte cómoda -dijo Claude, mientras la acompañaba al interior de la elegante casa-.

Hay algo que quiero enseñarte. Lo compré hace poco y es posible que me lo quede una temporada antes de venderlo.

-Siempre que no se lo vendas a Perdita Masterman...

Camille se sentó en el sillón del salón.

-¿A esa mujer? Nunca, no te preocupes. Pero fíjate en el cuadro que está en el caballete... se lo venderé a un verdadero coleccionista. Estaba pensando en Nick Lombard. Ahora que te ha salvado la vida, supongo que no te molestará.

Camille hizo caso omiso del comentario sobre Nick. Se levantó del sillón, caminó hacia el caballete y dijo:

-¡Es magnífico! ¿Cómo lo has conseguido?

-Tengo mis secretos, ya sabes. Y no se los puedo revelar a nadie, ni siquiera a ti.

-Pues tendrás que revelarme algunos, porque estoy pensando en la posibilidad de abrir una galería -le informó, sin apartar la vista del cuadro impresionista.

-Es una idea excelente, Camille. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Acto seguido, Claude se volvió de nuevo hacia el cuadro y le explicó su historia.

-Sus propietarios lo tenían desde finales del siglo XIX. Ya no son tan ricos como solían ser, aunque lo son bastante para el común de los mortales. De todas formas, nadie lo echará de menos en sus paredes... Lo han sustituido por una reproducción muy buena, que parece original a cierta distancia.

-Pero alguien terminará dándose cuenta...

-Bueno, eso ya no será problema mío.

-Harry lo habría comprado nada más verlo.

-Tu padre no era precisamente un amante del arte.

-Puede ser, aunque sabía distinguir un buen negocio. Sin embargo, ya ni siquiera estoy segura de que fuera realmente mi padre.

Claude la miró con asombro.

-¿Qué diablos estás diciendo?

-Hay muchas cosas que no me has contado, Claude. Muchas cosas que has callado todos estos años.

-No seas tan dura conmigo... yo conocía bien a tu padre. ¿Te apetece tomar un té? -preguntó, desesperado por cambiar de conversación.

-Tuviste ocasión de conocer a mi madre antes de que se casara, ¿verdad? -preguntó ella.

Camille siguió a Claude a la cocina.

-Sí, es cierto -respondió, mientras ponía agua a calentar-. Tu madre era huérfana y la conocí a través de tu bisabuela, que cuidó de Natalie cuando sus padres murieron. La señora Cooper estuvo varios años en la dirección de la National Art Gallery y fue ella quien me presentó a Natalie. Estaba muy orgullosa de ella... Era dulce y preciosa. Todos nos sentíamos más felices por el simple hecho de encontramos en su presencia.

-Entonces, también debiste conocer a Hugo Vandenberg...

Claude asintió con expresión sombría.

-Sí. Curiosamente, lo conocí la misma noche en que conocí a tu padre. Hugo iba a acompañar a Natalie a la ópera... estaba muy enamorado de ella y en aquel momento pensé que el sentimiento era recíproco. De no haber sido por tu padre, se habrían casado.

-Lo dices como si lamentaras que no lo hicieran.

-Porque lo lamento -afirmó, con tristeza-. Ahora, los tres están muertos y el trágico círculo se ha cerrado. Recuerdo muy bien la situación... Vandenberg, que era todo un caballero, se enfrentó a Harry por el cariño de Natalie. Pero tu padre era un hombre muy atractivo y, sobre todo, muy agresivo, así que finalmente se salió con la suya y la conquistó. Nunca olvidaré la sonrisa que Harry le dedicó a Hugo. Era la sonrisa de un depredador, de un tigre que se sabía triunfante. Natalie sólo era su presa.

Claude se detuvo durante un par de segundos antes de continuar.

-Harry me disgustó en cuanto lo vi; de hecho, nunca me llevé bien con él. En cambio, Vandenberg me pareció tan buena persona como Natalie. Desde el principio resultó evidente que habría problemas entre ellos, pero naturalmente, tu padre ganó la batalla y se dedicó en cuerpo y alma a tu madre. Para él no había otra cosa que ella. La quería sólo para él, hasta el punto de no querer compartirla con un posible hijo.

-Sé que no me quería, pero... ¿es posible que no fuera hija suya?

-Nunca lo había pensado.

-¿Seguro, Claude? Tú conocías bien la situación.

-Y tu madre también. No se habría atrevido a traicionar a Harry. Si lo hubiera hecho, tu padre habría sido capaz de matar a Hugo y de matarla a ella.

Aquello era lo último que Camille deseaba oír.

-¿Y has pensado que tal vez la mató? Puede que no cayera por la borda del Sea Eagle, sino que la arrojara él.

-Camille, tu madre era toda su vida. Se volvió loco cuando murió. Además, hubo una investigación a la que yo mismo asistí y todos

comprendimos que el dolor de Harry era sincero. Su muerte significó la pérdida de la única persona que había amado.

-Pero tal vez fue culpa suya... Siempre pensé que se comportaba como si estuviera poseído por un demonio.

-Tu padre ya tenía muchos enemigos en aquella época, gente que lo odiaba y que habría hecho cualquier cosa por herirlo. Pero nadie pensó que pudiera haber matado a su esposa. Estaba demasiado enamorado de ella.

-¿Y si ella lo rechazó, Claude?

-Cariño, estás diciendo algo terrible... -Es que ya no sé a quién creer.

-Los dos están muertos. Ya no importa. -Comprendo. No hay respuesta para mis preguntas.

El pasado es como es y no podemos hacer nada al respecto. Pero, ¿es posible que no supieras que Hugo era el tío de Nick Lombard?

Los dos se sentaron a la mesa de la cocina y acto seguido sirvieron el té.

-Estamos hablando de algo que sucedió hace veinte años. ¿Cómo iba a saberlo? - preguntó él.

-¿Cuándo lo descubriste entonces? Claude la miró con desconfianza.

-¿Qué es esto, Camille? ¿Un interrogatorio?

-No quiero incomodarte, Claude. Siempre has sido un gran amigo, pero debo saberlo. Me han ocultado muchas cosas estos años.

Claude la miró con simpatía.

-¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo, cariño? -Sí. Sé que mi padre se portó muy mal con mucha gente. Además, en cierta época llegué a pensar que me odiaba. Y puede que fuera verdad.

Claude la tomó de la mano.

-El odio era algo natural en Harry. Sólo amó a Natalie. -O hizo como si la amara.

-No, eso era cierto: la amaba. Sabes que no te mentiría y puedes creerme. La amaba con locura y cuando la perdió se transformó en un animal salvaje.

-Pero debes saber si mi madre volvió con Hugo... -Si lo hizo, no sé cómo habría podido. Tu padre la vigilaba día y noche.

-No podía vigilarla todo el tiempo. Mantener una relación en secreto no es tan complicado.

-En ese caso, se jugó la vida. Y Vandenberg, también. Por otra parte, no estoy seguro de que tu madre hubiera sido capaz de hacer algo así. Era demasiado conservadora.

-Sí, pero también era leal a Hugo. Lo de Harry fue una locura

transitoria.

-¿Lombard te ha dicho eso?

-En efecto. ¿Sabes lo que pasó después? -Sí, sé que Vandenberg se mató. -¿Cómo lo hizo?

-Se pegó un tiro, pero los Vandenberg nunca airean sus cosas y pasaron años antes de que me enterara. -¿Sabías que mi madre estaba embarazada cuando murió?

Claude palideció.

-Sí, lo supe por la investigación. Y esa es una razón más para pensar que Harry no mató a tu madre. Nunca habría matado a su propio hijo.

-¿Tú crees? Yo era su hija y no me quiso jamás.

-Harry era un hombre terrible pero, francamente, no lo imagino como asesino.

-Tal vez deberías empezar a cambiar tu opinión sobre él. Yo ya lo estoy haciendo.

-No, no puede ser. Ese Lombard debe de traerse algo entre manos. Seguramente está afectado por la muerte de su tío y... Bueno, todos queríamos a Natalie, todos. Puedes estar segura de que yo jamás habría permanecido junto a tu padre de saber que...

Claude no pudo seguir hablando. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.

-Discúlpame, Claude.

-Nadie sabe qué pasó ese día -continuó él, con voz rota-. Lo único que sé es que tu padre sufrió mucho por ella y que los tres han muerto.

-Pero todavía estamos Nick Lombard y yo.

-Tal vez fuera mejor que te mantengas alejada de él. -Tal vez, pero el destino está empeñado en lo contrario.

-¿No estaba saliendo con Claude Tennant? -Eso es lo que ella cree.

-Ten cuidado con Clare. Es una mujer siniestra. Se dice que su difunto marido estaba a punto de cambiar su testamento cuando, casualmente, sufrió un infarto. No sé si te has fijado, pero tiene la mirada de un león. -¿Conociste a la esposa de Nick, por cierto?

-No, aunque la vi un par de veces. Era una mujer preciosa, de cabello oscuro, ojos azules y piel muy blanca. Algo delgada, pero vestía muy bien. Su hija no se parece mucho a ella.

-Tiene los ojos de su padre y un pelo muy bonito.

Pero me temo que también tiene unos cuantos problemas. -Tengo entendido que es un poco... lenta. -¿Por qué dices eso?

-Es lo que se comenta por ahí.

-Pues no es cierto. Es una chica muy inteligente, pero que no ha

recibido suficiente cariño. Clare Tennant intenta convencerla de que su madre la odiaba.

-Si eso es cierto, nunca volveré a creer en esa mujer. -De todas formas, Melissa tiene a su padre. Y cualquiera que los vea juntos sabría que Nick la adora. -Observo que aprecias bastante a esa niña... -Es verdad. Necesita que alguien cuide de ella.

-¿Y no crees que Clare Tennant podría ocupar ese lugar?

-No, no le gustan los niños. No es nada maternal. -Eso no tiene por qué ser necesariamente un defecto.

Además, muchos hombres estarían encantados con una mujer de esas características.

-Puede ser, pero a Nick Lombard no le interesa una mujer así.

Durante la cena estuvieron charlando sobre la apertura de la galería que Camille había proyectado, y la joven le habló de su intención de trabajar exclusivamente con artistas desconocidos.

A Claude no le sorprendió demasiado, y como mentor suyo, se alegró mucho al saber que quería seguir sus pasos. Sabía que tenía talento para el arte. Había crecido entre obras de arte y, por otra parte, poseía los conocimientos profesionales necesarios para tener éxito.

Ahora, sólo necesitaba un pequeño capital para abrir el establecimiento. Claude conocía un buen local; pertenecía a un anticuario, pero estaba a punto de mudarse a otra zona. En cuanto al dinero, se mostró inmediatamente dispuesto a prestarle lo que le hiciera falta. A fin de cuentas, Camille era algo así como su sobrina honoraria.

El asunto de los artistas no era un problema. Ambos conocían a mucha gente.

-De todas formas, te sugiero que también dediques espacio a los artistas aborígenes -comentó Claude-. Algunos están haciendo un trabajo excelente. Y hace pocos días conocí a una japonesa cuya obra es francamente interesante. Podría presentártela, si quieres...

-Eso sería magnífico. Por cierto, Linda quiere ser mi ayudante.

-Necesitarás una, desde luego. Pero... ¿Linda? Pensaba que era toda una ama de casa. Sentí mucho lo de su aborto, aunque imagino que Stephen y ella intentarán repetir pronto.

-No estoy tan segura, Claude. Las cosas se han complicado entre los dos. Linda necesita tiempo para pensar.

-Siento lo que me dices... Siempre me parecieron la pareja perfecta, aunque la suegra de Linda es una verdadera bruja. No la quiere demasiado. Debe de resultar difícil para tu amiga.

-Ese es parte del problema -dijo Camille, suspirando-. Y no sé cómo

van a terminar las cosas entre ellos.

-En mi opinión, Linda debió pensárselo dos veces antes de casarse.

-Todos cometemos errores, Claude. Yo misma lo cometí con Philip.

-Eso no fue exactamente un error. Necesitabas cariño y él te lo dio. Harry te trataba muy mal... Pero has heredado algunas de sus cosas buenas, como su fuerza y su obstinación. Si las usas, tendrás éxito en los negocios. De hecho, él era muy bueno al principio. Sólo al final se volvió tan megalómano y egocéntrico que lo echó todo a perder.

-A estas alturas estoy convencida de que no tenía otra salida. Si no se hubiera concentrado hasta ese punto en sus ambiciones, se habría quedado a solas con su peor enemigo: él mismo.

Claude frunció el ceño.

-Mira, podríamos seguir hablando de él durante horas y no sacaríamos nada en limpio. Harry Guilford era tu padre y sobre eso no tengo ninguna duda. Además, amaba a tu madre y sé que nunca le habría hecho daño.

-Pero, ¿crees que eso es todo, Claude? ¿Lo crees sinceramente? -le preguntó, con profunda tristeza-. Puede que aquel día, el día de la muerte de mi madre, no estuviera en sus cabales.

Capitulo 6

CAMILLE no estaba completamente segura de que la estuvieran siguiendo, pero a lo largo del día había experimentado la extraña e inquietante sensación de que alguien la observaba.

Donde más lo había sentido había sido en la carretera; por eso había estado pendiente del espejo retrovisor. Incluso había hecho una parada imprevista, sólo para comprobar si también se detenía el Mercedes azul que la seguía desde hacía un buen rato. Pero siguió de largo y respiró aliviada. Pensó que lo más probable era que estuviese un poco paranoica, reacción lógica y comprensible después del ataque que había sufrido.

Cuando llegó al centro comercial, ya se había calmado. Necesitaba comprar unas pocas cosas, de modo que aparcó en el callejón que daba a la parte trasera de las tiendas y caminó hacia la calle principal. Compró unos pasteles y un bizcocho de chocolate en la panadería, verduras y frutas en la frutería y, finalmente, fiambres, queso y aceitunas negras en un interesante local atendido por una pareja de griegos muy simpáticos. Se quedó a charlar con ellos un momento y le dio las gracias al joven que le abrió la puerta.

En la calle, notó que el cielo presagiaba tormenta. Las nubes negras avanzaban a gran velocidad y cubrían todos los claros. En el transcurso de las últimas horas, el clima había cambiado abruptamente como consecuencia del ciclón que azotaba las costas de Queensland. Todo parecía indicar que se avecinaba un fuerte temporal, pero Camille creyó que todavía tenía tiempo para terminar con sus asuntos. En el escaparate de la librería había una serie de ofertas muy interesantes y siempre aprovechaba esas ocasiones para sumar algunos ejemplares a su colección.

Entró a la tienda, tomó uno de los libros del estante de novedades y lo hojeó para ver de qué se trataba. Fue entonces cuando se convenció de que alguien la estaba observando. Se volvió rápidamente y echó un vistazo al local, pero no encontró nada llamativo ni sospechoso. Las pocas personas que permanecían en la tienda estaban leyendo con las cabezas bajas o concentradas en las estanterías. Había dos colegialas riendo en una esquina y un jovencito de pelo largo devolviendo un libro a su lugar.

Era parecido al que le había abierto la puerta en la tienda de los griegos, pero no estaba segura de que fuera el mismo, porque tenía un aspecto demasiado corriente. En aquel momento, el chico se acercó a la caja y abonó su compra sin siquiera mirar hacia el lugar donde estaba ella. Después, salió de la librería sin volver la vista atrás.

Preocupada, Camille volvió la atención a su libro. De pronto, una mujer de mediana edad le preguntó:

-¿Te encuentras bien, cariño?

Ella trató de sonreír, pero no pudo.

-Sí, gracias.

-Mejor así. Parecías algo nerviosa, por eso he preguntado.

Camille se maldijo por ser tan obvia.

-La verdad es que creí que alguien me estaba observando -explicó.

-El jovencito que acaba de salir no te quitaba los ojos de encima. No lo culpo... deberías posar para la portada de uno de estos libros.

Acto seguido, la mujer tomó una novela romántica en cuya portada aparecía una lujuriosa pelirroja abrazada a un pirata de pelo negro y pecho desnudo.

Camille dudó que ese argumento lo explicara todo. Sabía que su cabello era muy llamativo y que no era extraño que la gente la observara. Sin embargo, aquel día, lejos de sentirse admirada, se había sentido amenazada.

Cuando regresó al callejón, ya había comenzado a llover y las furiosas ráfagas de viento casi le destrozaron el paraguas. Miró hacia la izquierda y comprobó que nadie se aproximaba. No hacía falta que mirara a la derecha porque la callejuela era de una sola vía. Se aferró al paraguas como si se tratase de un escudo y agarró los paquetes con fuerza. En cuanto puso un pie en el pavimento, un coche avanzó en dirección contraria a toda velocidad.

El agua que levantaron los neumáticos le salpicó la ropa. Alterada, Camille retrocedió deprisa y soltó el paraguas, que cayó sobre el parabrisas del automóvil, quizá dificultando la visión del conductor. Mientras se recuperaba del susto, oyó que el coche golpeaba la alcantarilla y luego giraba por la esquina. Milagrosamente, no se topó con ningún otro vehículo durante el trayecto. Camille estaba aturdida. Tenía la impresión de que se había tratado de un coche pequeño y bastante viejo, de color gris oscuro o verde opaco. No sabía de qué marca era, pero estaba segura de que tenía una puerta trasera.

No podía creer que alguien hubiera intentado atropellarla. Eso era mucho peor de lo que había imaginado. Cuando por fin consiguió abrir su coche, estaba completamente empapada y no paraba de temblar. Se llevó una mano al corazón para tratar de aliviar la angustia. Al parecer, otra vez alguien la perseguía.

Mientras se sentaba, Camille vio que otro automóvil intentaba entrar en el callejón en dirección contraria antes de notar que era de una sola vía. Se preguntó si se trataría de un nuevo error de otro conductor desprevenido. En cualquier caso, la situación la inquietaba,

de modo que miró por el espejo retrovisor, encendió el motor y salió del lugar.

Al llegar a su piso, prefirió aparcar en la calle antes de bajar la rampa que conducía al garaje y dejó el coche en uno de los espacios libres frente al edificio. No había recuperado el paraguas, pero tener que mojarse un poco más no parecía demasiado importante. La verdadera batalla consistía en lograr mantenerse sana y salva.

Caminó hacia la entrada, con la cabeza gacha y a toda prisa, cuando de pronto alguien se acercó por detrás como una sombra. Alguien que emanaba masculinidad, fuerza, poder.

Le temblaron las piernas al ver de quién se trataba. Era Nick Lombard, con sus grandes e impenetrables ojos negros. Él no dijo nada, sólo arqueó una ceja y le indicó la puerta del edificio.

-Me has asustado -protestó ella.

-Lo siento -se disculpó Nick-. Te he llamado por tu nombre pero obviamente no me has oído. Estás empapada, permíteme que te ayude con esos paquetes. No podemos quedarnos aquí, vayamos adentro.

Camille rió con nerviosismo.

-¿Ahora me das órdenes? -preguntó.

-¿Qué te ocurre? Pareces asustada.

-No estoy segura -balbuceó ella, mirando a su alrededor-, pero creo que alguien ha intentado atropellarme.

Él la miró extrañado.

-¿Hablas en serio?

-¿Crees que inventaría algo así? -gruñó la mujer.

-Estás molesta y muy mojada, será mejor que entremos.

Nick se quedó mirando hacia la calle mientras ella abría la puerta. No había nadie, ni allí ni en el ascensor. Caminaron en silencio hacia el piso de Camille, pero antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, la vecina de al lado, una anciana encantadora, asomó la cabeza por la puerta.

-Camille -llamó la mujer-. Dios mío, querida, estás empapada. Tengo un paquete para ti. Lo he recibido en tu nombre, espero que no te moleste.

Un minuto después, la anciana regresó con una caja envuelta en celofán y decorada con un lazo plateado. Sin duda, eran flores. Camille le dio las gracias y tomó la caja. Después, quitó el lazo y la abrió. Se trataba de un ramo de calas blancas, preciosas y con cierto aire mortuorio.

Nick Lombard se las quitó de las manos y dijo: -Entremos de una vez.

-¿Qué diablos está pasando? -exclamó ella.

Acto seguido, Camille cerró la puerta y, presa del pánico, se apoyó contra una pared para tratar de pensar con claridad.

-¿Hay alguna tarjeta en la caja? -le preguntó a Nick. -Es lo que estoy tratando de averiguar -contestó él, mientras revisaba las flores.

Camille estaba temblando de miedo.

-Ve a quitarte esa ropa mojada -ordenó él sin levantar la vista del paquete.

-¡Estoy demasiado preocupada por esas malditas flores como para pensar en cambiarme! -gritó ella.

-Nadie te va a lastimar. Te lo prometo.

En el baño, Camille se quitó la ropa húmeda y la apartó de una patada, un gesto poco común que evidenciaba lo alterada que estaba. Se dio una ducha rápida, se secó y se recogió el cabello con una coleta.

Sabía que tendría que haberse vestido de nuevo, pero estaba tan nerviosa que lo único que quería era estar cómoda. Finalmente, se puso un albornoz de pana verde y se ajustó el cinto tanto como pudo.

Cuando regresó a la sala, Nick Lombard estaba sentado en el sofá, frotándose la cabeza con la palma de la mano.

-¿Y bien? -preguntó ella.

Él se puso de pie bruscamente y la miró con tanta inquietud que Camille volvió a temblar de miedo.

-Al parecer, se trata de una broma perversa -respondió Nick, con dureza.

-¡Oh, no! ¿Qué dice la tarjeta?

Él vaciló algunos segundos, luego leyó en voz alta: -«Mi más sentido pésame», eso dice. Ella se encogió de hombros con impotencia. -¿Y eso qué significa? -dijo.

-Obviamente, están tratando de ponerte a la defensiva.

-¿Entonces alguien me odia?

Nick la miró angustiado y tensó la mandíbula.

-Creo que deberíamos hablar con el detective Lewis

-sugirió-. Es un buen hombre.

-No me voy a dejar intimidar.

A pesar de la valentía de sus palabras, a Camille le temblaba la voz.

-¿Quieres contarme qué te había asustado antes de que yo llegara? -preguntó él.

Ella respondió con otra pregunta. -¿Dónde has estado esta tarde?

-Me he pasado el día de reunión en reunión –aseguró él-. ¿Podemos hablar de ti?

Camille se llevó las manos a la cabeza y comenzó a pasear por la

sala.

-Maldición, ¿es que mis problemas no se van a acabar nunca? -murmuró.

-Podremos lidiar con ellos. No preocupes.

En aquel momento sonó el teléfono. Nick se apresuró a contestar y trató de hablar con naturalidad.

-¿Dígame?

Hizo una pausa y después colgó el auricular. -Se han equivocado -le dijo a Camille. Ella lo miró con escepticismo. -Una mentira piadosa... -comentó. -¿Por qué no dejamos esto y bebemos algo? -Sólo tengo es vino blanco. Está en la nevera.

Él fue hasta la cocina, volvió con un par de copas llenas y le dio una a Camille. -Salud -dijo, lacónico. -Salud.

Mientras trataba de dominar sus emociones, Camille se sentó en una esquina del sofá.

-Esto no puede estar pasando... -murmuró.

-Deja que te ayude a ponerte más cómoda.

Acto seguido, Nick la rodeó de cojines como si fuese una niña. El simple roce de sus manos bastó para que el deseo se encendiera en el cuerpo de Camille que, instintivamente, arqueó la espalda y se deleitó con el contacto del albornoz sobre sus senos desnudos. Estaba tan excitada que casi le dolía la piel. En lo único que podía pensar era en la última vez que había estado entre los brazos de Nick.

Él pareció notar el estado de Camille, porque retrocedió de repente y se sentó en la otra esquina del sofá. Después, ella le relató la historia, aunque limitó los detalles a lo ocurrido en el centro comercial.

Nick la escuchó sin interrumpirla y, cuando ella terminó de hablar, comentó con calma:

-Es probable que estés haciendo un drama de algo que no merece la pena, pero es comprensible que reacciones así.

-Sé que estoy un poco paranoica, pero créeme: no eres tú el que tiene que dar gracias por seguir con vida.

-¿Estás convencida de que fue intencional?

-¿Acaso has visto muchos coches en dirección contraria a toda velocidad? -dijo ella.

-Es fácil que ocurra una cosa así si no se conoce la zona. Hay personas que conducen sin rumbo fijo durante las tormentas. El clima las altera o algo así...

-¿Crees que estoy sacando conclusiones apresuradas?

Nick hizo una mueca de duda con la boca.

-Sinceramente, no lo sé -admitió.

-No, no lo sabes. Y, de hecho, yo tampoco.

-¿Ni siquiera has podido ver si el conductor era hombre o mujer?

-Llovía demasiado-respondió ella, con voz temblorosa-. Además, conducía demasiado deprisa y, por si fuera poco, el viento me había vuelto el paraguas del revés.

-¿Puedes describirme al jovencito de la librería? -preguntó él, con naturalidad.

-No.

Mientras narraba lo sucedido, Camille había notado la incomodidad con la que Nick había reaccionado al oír la parte del supuesto admirador adolescente.

-Vamos, haz un intento -insistió él.

Ella apoyó la cabeza en un cojín y suspiró.

-Tengo una impresión general -aclaró la mujer-. Un joven común y corriente. Alto, delgado, desgarbado, de cabello castaño claro atado con una coleta. Vestía vaqueros, una camiseta blanca sin inscripciones y zapatillas. La mujer dijo que no me quitaba los ojos de encima.

-Estoy seguro de que habrás oído ese comentario en más de una ocasión -dijo Nick con tono cortante.

Camille lo ignoró.

-Lo más probable es que sólo se tratara de un estudiante comprando un libro -dijo ella-. Sé que es ridículo que me preocupe por eso, pero no lo puedo evitar.

-Si te tranquiliza, podríamos comprobarlo con bastante facilidad.

-¿Y qué me dices de las flores?

-No te preocupes, investigaré al respecto -aseguró él, y se bebió el resto de la copa-. Este vino es muy bueno.

-Gracias por mencionarlo. De todas maneras, sigo sin saber qué hacías en la puerta de mi edificio.

Nick se puso tenso.

-¿Podrías dejar de sospechar de mí? -le suplicó Quería ver dónde vivías y si estabas bien, eso es todo.

-¿Cómo has conseguido mi dirección?

-Esta no es una gran cuidad y todos se conocen, Camille. Deberías saberlo. Melissa ha estado muy preocupada por ti. Piensa que no deberías haberte marchado de tu casa y le gustaría que vinieras a vivir con nosotros.

A pesar de la tensión, ella tuvo que sonreír.

-Es una niña muy dulce -murmuró-. No sabe las cosas horribles que han ocurrido entre nosotros y espero que nunca se entere.

-Camille, me gustaría ayudarte de alguna forma.

-Gracias, pero quiero vivir por mi cuenta.

-Eso no es nada simple.

-De momento estoy evaluando mis posibilidades.

-Estoy aquí para ayudarte y no pretendo entrometerme en tus asuntos -aclaró Nick-. Sin embargo, si buscas trabajo, podría contratarte mañana mismo.

Camille se sentía cada vez más confundida. Se suponía que Nick Lombard era un ser detestable al que tenía que odiar con toda su alma, pero resultaba imposible no apreciar su generosidad.

-He decidido que quiero dedicarme al comercio de obras de arte -comentó ella.

Él levantó las cejas.

-Tienes el talento y un buen contacto para entrar en el negocio.

-¿Lo dices por Claude? -preguntó Camille.

-Por supuesto. En mi opinión, es el mejor marchante del país.

Ella asintió.

-Me ha ofrecido su ayuda. Claude siempre ha sido como un tío para mí.

-¿Esa ayuda incluye una inversión de dinero? -quiso saber Nick.

-Eso es asunto mío.

-Lo preguntaba porque, si quieres trabajar por tu cuenta, podría conseguirte un, préstamo en mi banco.

-¿Y tú serías el garante?

Él hizo un ligero gesto de afirmación con la cabeza, ignorando el tono sarcástico de Camille.

-No creo que sea un problema. Tienes todo para triunfar en ese proyecto. Eres inteligente, hábil en los negocios y cuentas con una buena experiencia -aseguró Nick-. Además, sabes mucho de arte. Hasta el hecho de parecer alguien escapado de un cuadro de Klimt, es un punto a tu favor.

Camille se ruborizó ante los elogios y, como se resistía a mostrarse tan vulnerable, bajó la cabeza y se concentró en la cremallera de uno de los cojines.

-Claude tiene una posición económica muy buena. Mi padre lo convirtió en un hombre rico y me quiere ayudar -explicó-. Además, no tengo ninguna duda sobre su integridad personal.

-Me temo que debo tomarme ese comentario como una agresión -dijo Nick, con la voz quebrada.

-¿Esperas que actúe como si nada hubiera pasado? Sé que no eres una mala persona, pero debes comprender que me has hecho mucho daño y que me cuesta separar las cosas -se excusó-. Confías en tu instinto y actúas en consecuencia. Yo hago lo mismo. Por ejemplo, estoy convencida de que me han estado siguiendo durante el día y de

que los enemigos de Harry siguen allí, al acecho.

-¿Por qué no contratas a un guardaespaldas por un par de semanas? -sugirió él-. Conozco una empresa de seguridad muy buena que podría ocuparse de ti.

-¿La misma que utilizaste para Harry? -contestó Camille, con ironía-. En cualquier caso, odiaría tener a alguien vigilándome todo el tiempo.

-En ocasiones, no hay otra alternativa.

-Tú mismo has dicho que estaba haciendo un drama por nada.

-Es posible, pero tendremos que investigar de todas formas.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

-¿Hilda Gray tiene hijos? -preguntó.

-Sinceramente, no lo sé -respondió Nick, con delicadeza.

Los ojos de Camille se llenaron de pena y dijo, casi en un murmullo:

-Debe de ser terrible que tu padre se suicide y que luego internen a tu madre en un manicomio

-El destino puede llegar a ser muy cruel. Me encargaré de que el detective Lewis averigüe si Hilda tiene hijos. Acto seguido, el hombre se puso de pie bruscamente y se dio media vuelta. La tensión inundó el ambiente y, sin entender por qué, Camille lo llamó. -No te vayas -suplicó.

Nick se volvió para mirarla y ella se acurrucó en su esquina del sofá

-No te asusta lo que podría surgir de esto, ¿verdad? Camille respiró hondo y contuvo el aire. -Te he hecho una pregunta -insistió él.

-No tengo respuestas para todo -dijo ella, con ironía-. Has sugerido que podría haber una relación entre... -Lo he dicho sin pensar. Sería demasiado grotesco

-admitió Nick, y cambió el tono-. Tal vez no sepas que fui yo quien encontró a mi tío. Es una imagen que nunca podré olvidar.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. -Lo siento, no lo sabía.

-Él amaba a tu madre. Tanto, que era incapaz de vivir sin ella.

Camille reconoció la rabia que albergaba el comentario de Nick.

-Y tú la odiabas por eso, ¿no es cierto? -sugirió.

Él la recorrió con la mirada. Se deleitó con los ojos verdes, la piel luminosa, la gloriosa melena y el maravilloso cuerpo que se ocultaba bajo el albornoz. Había contemplado esa belleza antes y sabía mejor que nadie lo terrible que podía llegar a ser.

-Odiaba más a Guilford -dijo finalmente. -¿Y a mí, Nick?

-Tú eres una víctima inocente.

-¿Víctima? No me gusta nada ese concepto... -afirmó ella.

Camille habló con orgullo y entereza hasta que se le quebró la voz. Después, se puso de pie y fue hasta el balcón. Fuera, la tormenta seguía tan fuerte como antes. El viento sacudía las hojas de los árboles y castigaba a las azaleas y las tilas del jardín. La imagen de la mujer reflejada en los ventanales tenía un aire espectral.

-Esto es terrible -dijo Camille, alterada-. ¿Por qué no te vas a tu casa? Melissa te necesita.

-Lo sé -contestó él y se acercó a ella-, pero no quiero dejarte sola.

Las palabras de Nick sonaron a confesión desesperada.

De pronto, una ráfaga de viento y agua sacudió el ventanal, distorsionando momentáneamente el reflejo de los cuerpos. A Camille se le escapó un pequeño grito. La ciudad no había sufrido una tormenta así en mucho tiempo, pero no era nada comparada con la marea de sensaciones contrarias que atravesaba el cuerpo y la mente de la mujer. Deseaba a Nick con desesperación y, a la vez, se sentía obligada a actuar con prudencia y lealtad, aunque no estaba segura de que Harry mereciera esa lealtad.

En aquel momento, Nick Lombard le apoyó las manos sobre los hombros y ella se estremeció.

-Vete, por favor -susurró Camille.

-No puedo apartarme de ti... ¿Qué clase de embrujo es este?

-No puedes quedarte conmigo -dijo ella. -Lo sé.

Sin dar crédito a lo que acababa de decir, él le apartó la cabellera y comenzó a besarla. Cada uno de sus movimientos estaba cargado de intensidad. A Camille se le aceleró el corazón. Todas las emociones y anhelos que siempre había tenido, parecían envolverla en una hoguera de sensaciones.

-¡Esto es una locura! -exclamó ella con agitación.

-No tiene sentido que sigamos reprimiéndonos.

Acto seguido, Nick metió una mano debajo del albornoz y le acarició los pechos, erguidos por la excitación.

Camille estaba tan conmocionada que le costaba respirar. Jamás había imaginado sentir tanto placer. Consciente de las sensaciones que le provocaba, Nick comenzó a recorrerle los pezones con la yema de los dedos.

Ella no pudo evitar gemir. Le temblaba todo el cuerpo y ardía en deseo. Echó la cabeza hacia atrás, la recostó sobre el hombro de Nick y lo miró con los ojos encendidos de pasión.

-Nick, no... -imploró en un suspiro.

Él soltó una leve carcajada.

-¿No? -murmuró Nick- ¿No comprendes que estamos condenados a esto?

Después, la giró entre sus brazos para mirarla de frente. La electricidad entre sus cuerpos se percibía en toda la sala. Cuando Camille cerró los ojos, él aprovechó para besarla intensamente con lengua, labios y dientes. Ella se sentía excitada como nunca.

Estaba total y absolutamente perdida. De hecho, lo estaba desde la primera vez que lo miró a los ojos.

Él la besó una y otra vez, como si se tratara de la única oportunidad que tenía para hacerlo. Con un rápido movimiento, le aflojó el cinto del albornoz que se interponía entre ambos y lo dejó caer al suelo. La mujer quedó vestida sólo con unas bragas de encaje y seda. Nick le recorrió el cuerpo con la mirada cargada de una pasión que ella jamás había soñado. Era una manera de hacerle el amor distinta a todas las que conocía.

En aquel momento, la alzó en brazos, la llevó hasta el dormitorio y la recostó en la cama con delicadeza.

Camille pensó que estaba viviendo la escena más ardiente y peligrosa de su vida. Se acomodó en el centro de la cama y flexionó las piernas. No tenía sentido resistirse a lo inevitable, estaba en un callejón sin salida y lo mejor que podía hacer era entregarse al placer del momento.

Cuando él se detuvo desnudo frente a ella, Camille sintió que estaba contemplando una obra de arte. Nick era atractivo, viril y sensual hasta extremos insospechados. Tenía el cuerpo de un nadador o de un atleta, los hombros anchos, la espalda amplia y el torso musculoso. La luz de la habitación hacía que su piel brillara como el bronce. No había nada que desentonara en él, era un adonis de piel dorada y proporciones perfectas.

Se acercó a ella y Camille lo miró a los ojos con detenimiento. En su mirada se notaba que estaba tan seguro de él como de ella.

-¿Puedes quedarte embarazada? -preguntó Nick.

-¿Acaso te importa? -dijo ella, con el aliento entrecortado.

-Sí, me importa mucho.

-Entonces, la respuesta es no.

Era cierto. Había seguido tomando la píldora después de romper con Philip.

Nick se inclinó sobre su amante y le rozó los senos con el vello del pecho.

Camille sentía fuego en su interior. Él comenzó a frotarse sensualmente contra ella hasta hacerla jadear con frenesí.

-Quiero conocerte -susurró Nick, mirándola a los ojos-. ¿Entiendes lo que eso significa? Quiero conocer cada centímetro de tu precioso cuerpo, pero también quiero conocer tu mente y tu corazón.

Ella trató de incorporarse, pero él la aferró por la espalda y le acercó la boca a los senos, tensos y anhelantes.

Camille cerró los ojos y se rindió al placer. Tenía el sexo húmedo, caliente y ansioso por acoger a Nick. Pero antes de entrar en ella, él quería probarla y disfrutar del sabor de su esencia femenina. De modo que acomodó la cabeza entre las piernas de la mujer, le arrancó las bragas con los dientes y empezó a lamerla y acariciarla febrilmente. Ella estaba al borde del éxtasis y se sentía incapaz de oponer la menor resistencia a los juegos de Nick.

-Por favor... -suplicó, entre gemidos.

-¿Cómo me llamo? -dijo él. Ella abrió los ojos, asombrada. -Nicholas -contestó, casi susurrando. -¿Nicholas qué? -insistió él, ansioso. -Nicholas Lombard, mi enemigo.

La respuesta de Camille revelaba que seguía creyendo que Nick representaba un peligro mortal para ella. -Me vas a volver loca -confesó la mujer. -Y tú a mí.

Tras decir eso, Nick se introdujo en ella, se hundió tanto como pudo y comenzó a besarla apasionadamente.

Camille se aferró a él con todas sus fuerzas y comenzó a temblar. Sentía que el alma se le escapaba en cada beso. Ningún otro hombre la había excitado tanto. Jamás había experimentado una desesperación semejante y, aunque en parte temía perderse de sí misma, sentía que no tenía más remedio que dejarse arrastrar hacia el placer. Entre movimientos frenéticos, alcanzó el éxtasis. Fue un orgasmo eléctrico y poderoso. Arqueó la espalda, tensó las piernas y gimió alocadamente.

Él trató de acompañarla con sus movimientos. -Quédate conmigo -le suplicó él. -No puedo, Nick...

-Sí, puedes. Ahora mismo, eres mía.

Camille se entregó por completo. Dejó que él la guiara para que sus cuerpos se movieran al unísono. Sentía que estaban unidos, fusionados en un sólo ser, libres del mundo y de las complicaciones que los rodeaban. Libres.

Varias horas después de que Nick se marchara, mientras Camille disfrutaba de un sueño reparador, sonó el teléfono de la mesita de noche. Se despertó alterada por el timbre estridente, tanteó en la oscuridad hasta encontrar el aparato y se acercó el auricular al oído.

-Has sido advertida -le dijo una voz extraña.

No alcanzó a reconocer si se trataba de un hombre o de una mujer, pero sin duda, se trataba de alguien lleno de odio.

Después de aquella primera llamada, sucedieron muchas cosas. El detective Lewis le confirmó que Hilda Gray tenía un hijo; Camille revisó algunas fotografías del muchacho, pero no se parecía en nada al

joven que había visto en el centro comercial. Además, Sebastian Gray estaba en paro y no tenía coche, aunque sí carné de conducir. La policía lo vigilaría durante un tiempo a pesar de que él había insistido en que jamás había perseguido a Camille Guilford y que no estaba interesado en ella porque no le gustaban las mujeres.

-Es homosexual y no oculta sus preferencias -le comentó el detective Lewis.

También le dijo que seguían investigando al joven de la librería, pero la descripción que Camille les había hecho era tan acotada que, a menos que volviera a verlo, dudaban que pudieran encontrarlo. Habían interrogado a los vendedores del centro comercial y no sólo no se trataba de un cliente regular, sino que ninguno recordaba al muchacho.

Además, el detective dudaba de que hubieran intentado atropellarla en el callejón. Según decía, la ciudad estaba demasiado plagada de pésimos conductores como para suponer que detrás del incidente había algo más que una mala maniobra con el volante.

-Comprendo que estés preocupada, Camille -dijo Lewis-, han sido demasiadas cosas. Intentaremos seguir la pista de las flores, aunque me temo que ya hemos agotado todas nuestras fuentes. En cuanto a las amenazas telefónicas, sugiero que cambies de número y que solicites que no lo publiquen en la guía de la ciudad.

Al parecer, eso era todo lo que podía hacer. Nick actuó de inmediato y contrató a una empresa de seguridad privada para que se ocuparan de intervenir las llamadas, vigilaran el piso de Camille y le destinaran un guardaespaldas las veinticuatro horas del día. Aunque sabía que la vigilaban, su sexto sentido parecía activarse sólo ante el peligro.

Tal como le había prometido, Camille fue a buscar a Melissa después del colegio para llevarla a cortarse el pelo. Había concertado una cita con su propio peluquero porque era un especialista en cabellos rizados.

-Te sentarás a mi lado, ¿verdad, Camille? -preguntó Melissa, con gesto asustado.

La niña estaba fascinada con la decoración de la peluquería, pero había llevado el pelo trenzado durante tanto tiempo que, por mucho que odiara su peinado, estaba asustada por el cambio.

Sean ya había preparado una silla y le había dejado a Camille unas revistas sobre la encimera.

-¿Cómo te llamas, cariño? -le preguntó a Melissa con simpatía.

La pequeña inclinó la cabeza y murmuró:

-Melissa.

Concentrado en su trabajo, el peluquero entendió que se llamaba Marissa.

-¡Marissa! Qué nombre más bonito, es perfecto para ti.

La chiquilla se enderezó de inmediato y aprovechó la oportunidad para jugar a que era otra, persona. No se molestó en corregir a Sean y Camille, consciente de la situación, la dejó seguir con la travesura. Al parecer, a Melissa nunca le había agradado mucho su nombre y la ilusionaba que la llamaran de otra manera.

La sesión de peluquería transcurrió extraordinariamente bien. Sean conocía su trabajo y la niña necesitaba que la ayudaran a dominar sus rizos rebeldes. Después de lavarle la cabeza, el peluquero le alisó el cabello y comenzó a cortar hasta que el suelo que los rodeaba se llenó de pelo. A pesar de la ansiedad de Camille, la pequeña no se quejó en ningún momento y se limitó a mirarse en el espejo, fascinada con su transformación.

-Esta es mi verdadera imagen -exclamó Melissa.

Sin dejar de mirarse, la niña comenzó a tocarse el cabello brillante y levemente ondeado con un entusiasmo enternecedor.

-¡Estás preciosa! -comentó Sean.

Acto seguido, el peluquero la ayudó a bajar del sillón y disfrutó al ver la felicidad que era capaz de generar con su trabajo.

Una vez en la calle, Melissa declaró que estaba mortalmente hambrienta y Camille reconoció que ella también necesitaba comer algo. En la esquina de la peluquería había un bar. al que Camille no había ido nunca pero que parecía limpio y acogedor.

En cuanto entraron, la niña corrió al mostrador y ordenó dos sándwiches, una tarta de chocolate y un vaso de leche. La mujer sólo pidió un café con leche. Como Melissa no quería sentarse cerca de la entrada, se dirigieron hacia una mesa enmarcada por dos columnas de mármol, en la esquina del local.

Camille vio a Fiona Duncan primero. Después, el acompañante volvió la cabeza en respuesta a la expresión de Fiona. Se trataba de Stephen.

Al principio, Camille sintió consternación, luego rabia. Acababa de descubrir a quién acudía Stephen en busca de consuelo y comprensión. Hablaba con Linda a diario y sabía que ella y Stephen estaban cada vez más alejados, pero ni siquiera habían cumplido su primer aniversario de casados y Camille se sentía molesta por lo que le estaban haciendo a su amiga.

-Camille, ¿ocurre algo? -preguntó Melissa.

La mujer tuvo que hacer un gran esfuerzo para responder con

naturalidad.

-No, preciosa, no te preocupes. ¿Aquí te parece bien? -dijo, señalando otra mesa libre.

Por una vez, Melissa no discutió la propuesta. Era una niña sensible e inteligente y había notado el repentino cambio de ánimo de Camille que, sin decir una palabra, se concentró en acomodar las tazas y los platos sobre la mesa. Tenía ganas de salir corriendo de allí, pero no lo iba a hacer porque, sobre todas las cosas, no estaba dispuesta a arruinarle el paseo a la niña.

Sentó a Melissa de cara al salón y se ubicó en la silla opuesta, dándole la espalda a la mirada arrogante de Fiona Duncan. Fiona no parecía sentirse culpable ni sorprendida, sino más bien despreocupada y desafiante.

Camille estaba furiosa y le dolía el corazón al pensar en Linda. Sabía que no estaba malinterpretando un café entre amigos: aquella era una cita romántica.

A los pocos minutos, Fiona y Stephen se pusieron de pie. Fiona, rubia, confiada, atlética y vestida con un traje sencillo pero caro, las saludó con una mueca de desdén. Él, en cambio, se quedó inmóvil.

-¡Qué sorpresa encontrarte aquí! -dijo Stephen, con una sonrisa despreocupada-. Esta preciosidad debe de ser la hija de Nick Lombard, ¿verdad?

-Marissa -respondió Melissa, rápidamente.

-Encantado de conocerte, Marissa. Yo soy Stephen Carghill, un amigo de Camille.

-Mucho gusto -dijo la niña.

-Fiona te está esperando, Stephen -intervino Camille.

-No hay problema -contestó él, mirando casualmente hacia la puerta.

Pero Camille lo conocía demasiado bien y se daba cuenta de lo incómodo que estaba. Se le notaba en los ojos y en el repentino rubor de las mejillas.

-De todas formas, tengo que regresar a la oficina -continuó-. Ha sido una casualidad encontrar a Fiona aquí.

-También lo ha sido el encontrarnos a nosotras -murmuró Camille.

-Por favor, no le digas nada a Lindy -le suplicó, a media voz.

Ella negó con la cabeza.

-¿Eso significa que no lo harás o que sí? –preguntó él, angustiado.

-¿Por qué, Stephen? ¿Por qué te preocupa tanto un encuentro casual?

El marido de su amiga se sonrojó.

-Nunca creí que fueses tan mojigata. Fiona es mi amiga. Necesito a

alguien con quien poder hablar con la misma confianza que Lindy habla contigo.

-De acuerdo, no le comentaré nada.

-Gracias -dijo él, inclinándose para besarle la mejilla-. Espero volver a verte, Marissa.

En cuanto Stephen se alejó de ellas, Melissa preguntó: -¿Qué es una mojigata?

-Es una persona que espera que la gente actúe de acuerdo a ciertas normas. -¿Y eso es algo malo?

-Mi amigo estaba bromeando cuando lo dijo.

-A mí no me pareció que fuera en broma -objetó Melissa.

-¿Qué voy a hacer contigo si jamás se te escapa una? Tengo la impresión de que siempre sabes más de lo que dices -declaró Camille, y movió la cabeza de lado a lado-. Por ejemplo, tu maestra ha dicho que estás teniendo grandes dificultades para leer y pronunciar las palabras, pero tú no tienes ningún problema con eso, ¿verdad?

Melissa la miró con picardía, dejó el sándwich en el plato y agarró el menú.

-Sugerencia del día -leyó- escalopes al masala.

-Al marsala -la corrigió Camille-. Es carne con una salsa de vino.

-Chuletas de cordero.

-Eso ha estado muy bien -dijo la mujer, llena de orgullo-. Yo no veo ningún problema, creo que tendremos que hablar con tu maestra.

-También sé sumar -afirmó la niña-. Los chicos me odian por eso, no les gusta que sea inteligente.

-Tal vez sólo se trate de que te muestres más amigable con ellos -sugirió Camille-. Por ejemplo, tú y yo somos amigas.

-¡Sí!

-Eso supone que nos agradamos mutuamente y que no queremos pelear o herir los sentimientos de la otra, ¿verdad?

Melissa se quedó pensando un momento antes de contestar.

-Tú eres diferente -dijo seria-. Puedes ver dentro de mí. Los chicos son unos bobos. De todas maneras, creo que se me va a caer un diente y estaré espantosa, incluso con mi peinado nuevo.

-¡Nunca! -aseguró Camille y le besó los dedos- ¡Bella ragazza!

La niña rió con una carcajada franca y ruidosa. Era la primera vez que Camille la oía reír así.

-Sé lo que quiere decir eso. Me has dicho guapa en italiano. Papá habla italiano -comentó Melissa con la boca llena de tarta-. Es el hombre más sexy del mundo. Al menos eso es lo que opina la señora Larkins. Oí cuando se lo decía a alguien por teléfono.

-Definitivamente, tu padre es muy guapo -admitió la mujer, entre

risas-. Y tú has heredado su cabello y sus ojos. Cambiando de tema, ¿qué es eso de que te llamas Marissa? Cuando Sean se equivocó no lo corregiste.

-Me gusta -dijo Melissa, con una sonrisa ladeada ¿A ti no?

-Debo reconocer que es un nombre precioso y que te queda muy bien. Suena muy mediterráneo, pero tu madre quiso que te llamaras Melissa, ¿eso no importa?

-¡Claro que sí! -exclamó la pequeña -. Mamá me adoraba. Estaba muy orgullosa de mí. Pensaba que era la niña más linda del mundo y jamás le importó que pareciera un pollo arrugado.

Camille dejó el café sobre la mesa y la miró con preocupación.

-¿De dónde has sacado eso? -preguntó.

-Mi abuela me lo ha contado. Dice que eso fue lo que dijo mi madre cuando nací.

-Pero, cariño, la mayoría de los bebés están colorados y arrugados al nacer. Es normal y desaparece a los pocos días. Tu abuela estaba tratando de hacerte reír.

-No, nada de eso -enfatizó Melissa-. La abuela nos odia a papá y a mí.

La mujer se estremeció al oír la crueldad con la que le habían hablado a la niña.

-¿Qué te parece si dejamos esta conversación para otro momento? No quiero que nos arruine el día -dijo, con una sonrisa-. Estoy encantada con tu nuevo peinado y me alegra saber que tú también. Tienes un pelo precioso y ahora podemos apreciarlo mucho mejor.

-¡Y siento la cabeza muy ligera! -exclamó Melissa con alegría-. A papá le gustará, ¿no crees?

-Estoy segura de que sí.

Pasaron el resto de la tarde de compras en el centro comercial y, finalmente, regresaron a la casa de la niña. Al ver que el coche de Clare estaba aparcado en la entrada, Melissa se puso de mal humor.

-¡ Oh, no! -protestó- La tonta de Clare está dentro.

-¿Qué problema tienes con ella?

-La odio. Papá dice que tengo que ser amable con ella, pero me cuesta. No me gustan sus ojos y estoy convencida de que no dice lo que piensa.

-Me temo que de todas formas tendrás que recurrir a tus buenos modales, porque no podré quedarme mucho tiempo, preciosa -dijo Camille -. Debo volver a mi piso porque tengo algunos asuntos de los que ocuparme.

-No dejes que te intimide esa boba.

-No me intimida Clare, Melissa.

-Sí, esa bruja asusta a cualquiera. Quiero que te quedes conmigo hasta que llegue papá. Por favor, Camille.

La niña estaba tan angustiada que la mujer no pudo negarse.

La puerta principal de la casa estaba abierta, pero Camille prefirió tocar el timbre. Desde el interior de la casa les llegó la voz de la señorita Larkins.

-Ah, eres tú Melissa. Hola, Camille -dijo la mujer mientras bajaba las escaleras a toda prisa.

Por la expresión de su rostro, estaba encantada con el cambio de aspecto de la niña.

-¡Vaya, Melissa, qué linda estás! -agregó la señora Larkins-. Nunca pensé que un corte de pelo pudiera favorecerte tanto.

-No me importa lo que tú pienses -gruñó la pequeña.

-Ya lo sé -afirmó la niñera-. Sólo trataba de ser amable contigo, pero no tiene sentido.

-No la escuches, Camille -advirtió Melissa-. Jamás dice nada bueno ni bonito.

-Me gustaría proponer que dejarais de trataros así por un rato -dijo Camille-. Creo que lo mejor sería que os dierais otra oportunidad. ¿Podrás hacer eso, Melissa? ¿Señorita Larkins?

La mujer asintió.

-Estoy aquí para atenderla en todo lo que haga falta -dijo la niñera, y se volvió hacia la chiquilla-. Lamento que hayamos empezado mal.

-¿Qué dices, Melissa? -insistió Camille.

-Que ella no me gusta y que no me va a gustar nunca -respondió.

La señorita Larkins forzó una sonrisa y preguntó con calma:

-¿Vamos a tu habitación, Melissa? Veo que has hecho muchas compras.

-Camille me compra cosas que me gustan -contestó la niña, manteniendo el tono beligerante.

-Pero si tienes un armario lleno de vestidos y cosas preciosas... -la reprendió la niñera-. Cualquier niña estaría más que satisfecha.

-Lo que hemos comprado es ropa informal, señorita Larkins -dijo Camille, tratando de calmar los ánimos-. Sé que Melissa tiene todo lo mejor, pero esta vez quería tener algo nuevo para salir con sus amiguitas.

-¡Ya quisiera yo que esta niña tuviera amigas! -exclamó la niñera-. La última chiquita que vino a visitarla, acabó llorando y el chofer del señor Lombard tuvo que llevarla a su casa. Melissa no se relaciona bien con otros niños. No sabe compartir.

-¡Sí que sé compartir! -declaró la pequeña, con indignación-. Amanda quería robar la ropa de mi muñeca. Es una muñeca muy

especial, tiene la cabeza de porcelana y los ojos de vidrio. No es una estúpida Barbie.

-Me temo que estamos ante un berrinche, Camille, así que me voy a llevar a Melissa a su cuarto. Imagino que tendrá cosas que hacer.

-¡Camille no se va! -gritó la niña, dando pataditas en el suelo-. Se queda conmigo hasta que llegue papá.

-¡Por Dios! ¿Qué está pasando ahí? -preguntó una voz femenina desde otro lugar de la casa.

Camille, Melissa y la señorita Larkins miraron hacia la sala y vieron cómo Clare Tennant se acercaba. Lucía muy elegante con su vestido negro y su collar de perlas y zafiros.

-¡Perra! -murmuró la niña.

A pesar del tono bajo, la palabrota llegó perfectamente a los oídos de Clare.

-Más vale que te disculpes, mocosa. ¿Qué forma de hablar es esa?

-La forma en la que habla la gente cuando está furiosa -declaró.

-Puede ser, pero no son modos para alguien de seis años -replicó la mujer-. ¿Qué va a decir tu padre cuando se lo cuente?

-No va a decir nada -respondió la niña-, porque ya lo ha oído antes.

-No me cabe duda, pero sé que no querría que su hija hable de ese modo -insistió Clare, con gesto reprobatorio.

Seriamente preocupada por lo que Melissa pudiera contestar, Camille intervino en la discusión.

-Creo que sería mejor que dejemos las cosas en este punto -sugirió.

-Eres demasiado condescendiente -le dijo Clare, mirándola de pies a cabeza.

-No me parece que sea tan terrible que Melissa diga alguna que otra palabrota. Es algo normal a su edad y hasta es probable que la haya aprendido en la escuela -argumentó Camille-. Eso no quita que sería importante que Nicholas mantuviera una charla con ella para que no se exceda con las maldiciones. Pero es algo que le corresponde al padre, no a nosotras.

-¿Nicholas? -repitió Clare con mirada amenazante.

-Señorita Larkins, ¿por qué no lleva a Melissa arriba? -dijo Camille, con voz calma.

Como la pequeña puso mala cara, la joven se inclinó hacia ella y le habló con firmeza:

-Tienes que acomodar la ropa que hemos comprado si no quieres que se arrugue dentro de las bolsas. Ve con la señorita Larkins, Melissa. Yo subiré enseguida.

-¿Lo prometes?

-Absolutamente.

-Está bien, pero no tardes mucho.

Tras decir eso, la niña tomó a la niñera de la mano y se dio media vuelta.

Camille las observó subir las escaleras hasta que finalmente entraron en la habitación de Melissa. Sólo entonces volvió a mirar a Clare Tennant y se estremeció al notar el odio que había en los ojos de aquella mujer.

-A pesar de todo lo que te he dicho, veo que insistes en perseguir a Nick -desafió Clare.

Camille entrecerró los ojos. No quería contemplar aquel rostro frío y desagradable.

-Sinceramente, no tengo por qué contestarte -dijo con desgana.

-Eres la única persona que podría impedir que me convierta en la esposa de Nick.

Camille dudaba de que Clare Tennant estuviera en su sano juicio.

-¿Estás segura de que no es una simple obsesión tuya? -preguntó, con el ceño fruncido.

-¿Por qué no se lo preguntas a él? -replicó la mujer, con gesto desafiante-. Nick y yo estábamos muy unidos, incluso antes de que Carole muriera.

Camille estaba cada vez más molesta y desconcertada.

-¿Ella también representaba una amenaza para ti? -dijo, casi sin pensar-. ¿La perseguías como me persigues a mí?

Camille sabía que el comentario había sido como una puñalada a traición pero, dadas las circunstancias, cualquier intento por averiguar quién la estaba acechando, parecía válido.

Clare Tennant reaccionó con indignación.

-¿De qué diablos estás hablando? -exclamó.

Camille le sostuvo la mirada.

-¿Me has estado siguiendo o llamando por teléfono? -la interpeló.

La mujer hizo un gesto desdeñoso con las manos.

-Estás loca -afirmó.

-No. Alguien me ha estado siguiendo y amenazando y he hecho la denuncia a la policía.

-¿Y has mencionado mi nombre entre los posibles sospechosos? -preguntó Clare, horrorizada-. No sabes con quién te has metido, Camille Guilford. Nos veremos en los tribunales. Tu padre ya no está para protegerte.

-¿Me has estado siguiendo o no?

-No tengo por qué continuar oyendo tus barbaridades -contestó la mujer, y se dio media vuelta.

-Quizá debería disculparme. No le he dado tu nombre a la policía.

Pero me has estado amenazando indirectamente y te has definido como mi enemiga.

Clare Tennant soltó una carcajada estridente.

-Una de las tantas que tienes, querida -aseguró-. De hecho, hace unos días he oído algunos comentarios sobre otra. Robyn Masterman está furiosa contigo. Has arriesgado tu vida al intentar atentar contra sus planes de matrimonio.

-Es una tonta -comentó Camille, disgustada-. Philip Garner nunca me ha importado.

-Tal vez deberías decírselo a Robyn. Es muy celosa.

-Pero no tiene motivos para dudar de mí.

-Claro que los tiene -afirmó Clare-. Basta con mirarte para saber que eres una de esas mujeres que le complican la vida a cualquiera. He oído algo sobre la escandalosa historia de tus padres y...

-¿Escandalosa? Trágica, querrás decir.

Por un momento, Camille temió que Nicholas le hubiese contado algo a Clare, pero se dijo que él jamás haría algo así.

-Sé que ella llevó a Harry Guilford al borde de la locura y que, de no haber pasado lo que pasó, el matrimonio habría fracasado definitivamente -comentó Clare-. Algunas mujeres son destructoras natas.

Camille se sintió aliviada al comprobar que Nicholas no había traicionado su confianza.

-Por favor, no trates de intimidarme de nuevo -dijo con firmeza-, o tendré que darle tu nombre a la policía.

Clare Tennant tensó la mandíbula.

-¿Cómo te atreves a injuriarme de ese modo?

-No hago más que jugar con tus reglas -respondió Camille, con tranquilidad-. Y ahora, si me disculpas, iré a ver a Melissa.

Acto seguido, la joven se dirigió a las escaleras y la mujer la siguió.

-Él sólo te está usando, ¿sabes? -aseguró Clare. Como Camille no le hizo caso, agregó:

-Déjame darte un consejo: si no quieres que tu vida se convierta en un infierno, no te metas conmigo.

-No te tengo miedo, Clare.

-Será porque además de joven y bella, eres imbécil.

Pasó más de una hora antes de que Nick regresara a su casa. Había pasado gran parte de la tarde en una reunión que había culminado con el despido de dos altos ejecutivos de la empresa que llevaban varios meses incumpliendo con sus obligaciones. Si bien era parte de su trabajo,

Nick sufría al tener que tomar ese tipo de decisiones. Apenas entró

a la casa, Melissa bajó corriendo las escaleras gritando con todas sus fuerzas:

-¡Papi! ¡Papi!

Le brillaban los ojos y tenía las mejillas rosadas.

Él dejó el maletín en el suelo y la miró con sorpresa y satisfacción.

-Así que este es el nuevo peinado. Me encanta -dijo, y estiró los brazos hacia ella.

Melissa se hundió en el abrazo. -¡Sabía que te iba a gustar! -exclamó.

Después se apartó un poco y, llevándose las manos a la cintura, agregó:

-¿Te gusta mi vestido? Y también tengo sandalias nuevas.

Nick se puso de pie y la miró disfrutar de sus regalos. -¡Estás guapísima!

En aquel momento, Nick sonrió, emocionado por el modo en que su pequeña hija le aceleraba el corazón.

-También me he comprado un sombrero de paja -comentó la niña-. Combina muy bien con el vestido.

Sencillamente, parecía una criatura nueva. Tenía un pelo precioso. Nick pensó que era herencia de su familia. Su hermana, Elizabeth, se había peinado con una trenza hasta la adolescencia, pero a Melissa el cabello trenzado la deslucía. Ahora los rizos le enmarcaban la cara, le realzaban los rasgos y destacaban sus enormes ojos claros.

-¿Dónde está Camille? -preguntó él-. ¿No se podía quedar?

-Estoy aquí.

La mujer se había quedado detrás de la puerta para que Melissa disfrutara del encuentro con su padre. En cuanto oyó que Nick preguntaba por ella, se le paró el corazón, y cuando vio que la miraba con los ojos encendidos, se sintió invadida por una extraña emoción que entremezclaba placer con melancolía.

Melissa corrió a buscarla, la tomó de la mano y la arrastró hasta donde estaba su padre.

-Hemos pasado un día maravilloso, papá -contó, eufórica-. Merendamos en un bar. y después compramos un montón de cosas.

-Has sido muy amable, Camille -dijo Nick, con una sonrisa-. Tienes que decirme cuánto has gastado.

-El vestido y el sombrero son un regalo -aclaró la mujer-. El resto podemos discutirlo en otro momento. Estaba esperando que llegaras para irme. Según tengo entendido, vas a cenar fuera, ¿verdad?

-Sí, me temo que estoy comprometido.

Camille levantó las cejas.

-Por decirlo de alguna manera...

-No te entiendo -comentó Nick, con cara de desconcierto-. ¿De qué otra manera dirías que tienes un compromiso para cenar?

Camille hizo caso omiso a la pregunta, se inclinó y besó a Melissa en la mejilla.

-Ahora tengo que irme, preciosa -le dijo a la niña-.

Te prometo que nos veremos pronto.

Melissa la rodeó con los brazos y se apretó contra ella.

-Gracias, gracias... Eres mi mejor amiga.

-Estás enfadada, ¿verdad? -preguntó Nick mientras acompañaba a Camille al coche.

-Debo decirte que tu querida amiga no me resulta particularmente simpática.

-¿Qué amiga? -dijo él, sorprendido.

-Clare Tennant. Te está esperando en la biblioteca.

-Diablos, qué temprano ha venido...

Acto seguido, Nick se detuvo y se dio la vuelta para mirar la casa, por lo que Camille no pudo ver qué cara ponía al distinguir a Clare detrás de la ventana.

Alterada por sus emociones, Camille metió la llave en la cerradura del coche, pero no pudo abrir la puerta porque él no le dejaba espacio suficiente. Estaban tan cerca que podía sentir el calor del cuerpo de Nick. La sombra de los árboles bajo la luna sumaba tensión a la escena.

-Hasta luego, Nick. Que disfrutes de tu noche -dijo ella, con la voz quebrada.

-No seas tonta, Camille. Clare Tennant es una amiga, nada más.

-No tienes por qué darme explicaciones.

-Por cómo has reaccionado, entiendo que sí. Conozco a Clare desde hace años. Era amiga de mi esposa. De hecho, fue una gran ayuda para Carole durante un tiempo y no suelo olvidarme de esos gestos.

-¿Y que pasó? ¿Se enamoró de ti?

Camille hablaba con un tono hostil y agresivo.

-Ni lo sé ni me importa. Toda mi atención estaba puesta en Carole -respondió él, con idéntica animosidad. -¿Y después tuviste una aventura con Clare?

Ni ella podía creer lo que acababa de decir. Estaba demasiado afectada por la situación y comenzaba a perder el control.

-Perdona, no tengo derecho a preguntarte algo así -se disculpó Camille-. Será mejor que me vaya. -Camille, estás pensando cosas que no tienen sentido -dijo Nick, intentando detenerla-. Me interesas tú.

-No -replicó ella, con el aliento entrecortado-. Estás interesado en alterar toda mi vida. Has destrozado todas mis estructuras.

-Por favor, Camille, trata de calmarte. -Lo intento, créeme.

Nick le levantó la barbilla y al mirarla a la cara pudo ver lo angustiada que estaba.

-Espera un momento -dijo él, con suspicacia-. ¿Has sufrido algún nuevo incidente? ¿Otra situación que denunciar a la policía?

Ella negó con la cabeza.

-Supongo que todavía tienes a alguien vigilándome-dijo Camille.

-Sí, quiero asegurarme de que estés bien.

-No quiero que lo hagas. No quiero deberte nada ni quiero tener nada que ver contigo.

-Ya no puedes evitarlo -observó él, con gravedad

El destino lo ha querido así. -¿Acaso crees en el destino? -¿Tú no?

Después, Nick se apretó contra ella y comenzó a besarla apasionadamente.

Era una locura y Camille lo sabía. No obstante, sentía que ya no podría vivir sin él.

-Estás tan desesperada como yo, ¿verdad? -murmuró el hombre mientras le besaba la cara.

-Estoy perdida y confusa.

-Yo también me siento aturdido por esto, preciosa. Sin embargo, hay una cosa de la que estoy seguro: te deseo.

Camille levantó la vista y descubrió a alguien espiándolos desde la ventana de la sala. Antes de que la persona se ocultara detrás de la cortina, alcanzó a ver una cabellera rubia.

Sin duda, se trataba de Clare Tennant.

Camille casi podía sentir el odio que emanaba de ella. Probablemente, la mujer llevaba un buen rato allí y había sido testigo de los besos desesperados.

Camille estaba segura de que eso le generaría un nuevo ataque de furia.

Capitulo 7

HACIA mediados de la semana siguiente, Claude llamó por teléfono para decir que finalmente no habían conseguido alquilar el local que había elegido para que Camille montara su galería de arte.

-Estoy muy enfadado. Conozco al dueño hace tiempo -dijo Claude, con exasperación-. Se había comprometido conmigo y ahora me dice que ha decidido vender y que lo ha puesto en manos de una inmobiliaria. Lo lamento, cariño. Era un sitio precioso y estaba muy bien ubicado, por eso lo quería para ti. Pero no te preocupes, encontraremos otro local.

Camille estaba apenada. Sin embargo, tenía claro que siempre podía surgir alguna complicación y no esperaba que las cosas le vinieran servidas en bandeja de plata.

-¿Por qué no recurrís a una inmobiliaria? -le sugirió Linda mientras almorzaban al día siguiente-. Stephen podría ayudaros. Conoce a todos los del sector. El único problema es que últimamente no nos hablamos mucho.

-¿Sigue sin querer acompañarte a la terapia?

Linda sonrió lánguidamente.

-Ni siquiera me he atrevido a mencionar el tema -dijo, con los ojos llenos de pena.

-¿Y vuestra vida sexual? -preguntó Camille.

Linda rió por lo bajo.

-Solía ser maravillosa. Ahora, nos damos la espalda al dormir. De la pasión a la indiferencia absoluta. Es horrible -confesó-. No sólo he perdido a mi hijo, sino que siento que también he perdido a mi marido.

Camille estaba consternada y triste.

-No debes permitir que la pérdida del bebé te provoque un trauma, Lindy.

-Estoy haciendo lo imposible para superarlo -afirmó-. Todas las mañanas me digo que tengo que tratar de salvar la distancia que hay entre nosotros. Pero no estoy del todo segura de que Stephen me siga amando. Está cada vez más frío y pasa mucho tiempo con su familia.

-Fuerza el acercamiento si lo quieres, Lindy. Lo quieres, ¿verdad? -preguntó Camille, sin rodeos.

Linda era la personificación de la vulnerabilidad.

-A veces creo que me he casado por los motivos equivocados. Era una chica necesitada y Stephen iba a cuidar de mí. En teoría, debería ser capaz de cuidarme sola -reflexionó-. Soy abogada pero jamás he ejercido. Simplemente, esperé a que apareciera algún hombre maravilloso que me pidiera casamiento. Stephen nunca me alentó para

que fuera independiente. Me quiere pegada a él. O a su espalda, para ser más exacta. Se ve a sí mismo en el papel del protector. Y creo que a mí, me ve como una niña, no como una mujer y, definitivamente, nunca como una igual.

-Razón de más para que intentes desenvolverte sola -dijo Camille-. Tienes dos posibilidades: retorna tu carrera y ven a trabajar conmigo. Me encantaría que me ayudaras con la galería. El trabajo no sería muy complicado, pero sería una forma de empezar a independizarte. Sé que eres capaz de mucho más.

-Haga lo que haga, a Stephen no le gustará. Siempre ha dicho que quería que me ocupara de la casa. Camille miró a su amiga a los ojos y preguntó: -¿Erais felices antes de perder al bebé?

-Bastante felices -respondió Linda, y se encogió de hombros-. Pero ahora me doy cuenta de que me había estado forzando para ser lo que Stephen suponía o quería que fuera. Me sentía presionada por el hecho de que me había elegido después de que Fiona lo rechazara. Siempre hemos sido muy distintas. Casi diría que somos como dos polos opuestos. Ella es muy segura de sí misma y yo soy la inseguridad personificada.

-Si Stephen te ama de verdad, Lindy, querrá verte feliz y satisfecha. Muchos de nuestros amigos combinan perfectamente su desarrollo profesional con el matrimonio, no veo por qué tendría que ser un problema para vosotros.

-Me muero por tener un hijo, Milly -declaró Linda Cuando consiga recuperarme un poco, tal vez Stephen y yo podríamos volver a intentarlo. Sé que hay gente que piensa que ya debería estar repuesta de la pérdida, pero te juro que siento como si me hubiesen partido por la mitad.

A Camille se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Quisiera poder ayudarte, Lindy.

-Lo haces, Milly. Ten por seguro que me ayudas, y mucho -dijo, y trató de sonreír-. Soy yo. La madre dé Stephen tiene razón: soy muy inmadura.

Camille pasó el fin de semana en la montaña con Tommy y Dot, en un ambiente cálido y relajado. No hacía mucho que se habían jubilado, pero habían aprovechado ese tiempo para hacer algunas reformas en la cabaña. Había dejado de ser una casa de vacaciones para convertirse en un verdadero hogar. Camille estaba particularmente interesada en las acuarelas que le había regalado la vecina a Dot. Se trataba de una viuda que se había ido a las montañas

para pintar con tranquilidad.

-No hace cuadros para otras personas, cariño. Sólo para ella -explicó Dot-. Lo único que sé de la mujer es que su marido murió hace poco y que no habla del tema. Supongo que le resultará muy doloroso. Primero la invité yo a tomar un café y luego lo hizo ella. Elogié sus pinturas y descolgó una de la pared para regalármela. Al principio, no quería aceptársela porque me parecía demasiado, pero es una mujer encantadora y no quería que lo interpretara como un desprecio.

-Es un cuadro precioso -dijo Camille, mientras contemplaba la acuarela-. Si fuera_ posible, me gustaría conocerla.

Dot le prometió tratar de organizar un encuentro.

Un par de días después, llegaron las primeras fotografías. Cuando Camille recogió su correo, no le dio gran importancia al sobre marrón sin remitente porque supuso que se trataba de algún folleto publicitario. Pero cuando entró a su piso se dio cuenta de que muy poca gente tenía su dirección. Entonces pensó que tal vez era de Claude y que contenía datos sobre algún nuevo local o algo así.

Pero incluso así, no lo abrió. Dejó los sobres sobre la mesa del vestíbulo y fue a la cocina para comprobar si tenía mensajes en el contestador automático. Había uno de Linda en el que le contaba que tendría una entrevista con un estudio de abogados y otro de Claude, diciendo que había ubicado algunos locales que podrían funcionar y que le gustaría que fueran a verlos en algún momento de la semana.

Camille se alegró al oírlo, porque ya tenía unos cuantos artistas plásticos que se habían mostrado interesados en trabajar con ella en su futura galería.

Acto seguido, se sirvió una copa de vino blanco, se puso ropa más cómoda y se sentó en el sofá a revisar el correo. Primero abrió la factura del teléfono, luego una carta del banco y, por último, el sobre marrón. Contenía varias fotografías que Camille fue sacando lentamente. Frunció el ceño y las dejó en la mesita de café.

Al principio se sintió aturdida; después, incrédula. Observó las fotos con detenimiento. En la primera estaba esperando a Melissa en la puerta del colegio. La niña tenía los brazos extendidos y ella estaba inclinada, besándole la mejilla. En la segunda, estaban otra vez las dos, recién salidas de la peluquería y caminando por la calle tomadas de la mano. En la tercera y en la cuarta aparecía ella sola, paseando por los alrededores de la cabaña de Tommy y Dot. La última era una imagen de Camille esperando que le abrieran la puerta en casa de los Lombard.

Evidentemente, quien le había enviado las fotografías quería que supiera que la estaban siguiendo todo el tiempo.

Tras pasarse una hora maldiciendo, Camille empezó a sentirse cada vez más alterada. En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

Ella pegó un salto y se puso pálida. Se suponía que cualquier visitante debía llamar al portero automático e identificarse para que el personal de seguridad del edificio le franqueara la entrada. Respiró hondo e hizo un esfuerzo por calmarse. Tal vez, sólo se tratara de la vecina de al lado. Camille le había hecho algunos favores porque era una anciana viuda y vivía sola.

Fue hacia la puerta y preguntó:

-¿Quién es?

Le respondió una voz masculina y conocida.

-Soy yo, cariño, con un pequeño regalo para que celebremos que tienes un piso nuevo -dijo Philip, con naturalidad.

Camille no daba crédito a lo que acababa de oír. No podía creer que el hombre apareciera de la nada después de tanto tiempo. Aunque, por otra parte, se sentía muy aliviada al saber que se trataba de él. Sin importar lo que pensara de Philip, tenía la certeza de que jamás la lastimaría. De hecho, él era quien tenía que temer por su integridad física, considerando que la última vez que se habían visto, Camille le había dado un puñetazo en la nariz.

-Vete, Philip -le dijo, a través de la puerta.

-Lo haré, tan pronto como te dé tu regalo. Es una ofrenda de paz, además de un adorno para tu nueva casa.

Él había elevado el tono de voz, tratando de presionarla para que lo dejara entrar. Camille no quería molestar a los vecinos, de modo que le abrió la puerta, decidida a librarse de él lo antes posible.

-Philip, esto es un error -dijo.

Él sonrió con desenfado. Estaba muy guapo con su traje gris a rayas.

-No digas eso, preciosa. Te he extrañado -contestó, mirándola con intensidad-. ¿Puedo pasar?

-No, Philip, no puedes.

-Es que charlar en el pasillo sería muy incómodo...

Acto seguido, estiró un brazo y empujó la puerta. Antes de que Camille pudiera reaccionar, él ya estaba dentro haciendo comentarios elogiosos acerca de la decoración.

-Eres tan ingeniosa que has sido capaz de conseguir que esta pocilga tenga un aspecto agradable y acogedor -afirmó, mirándola de reojo-. ¿Y bien? ¿Me vas a aceptar el regalo o no?

Philip hizo un gesto señalando el enorme paquete envuelto en un costoso papel rojo metalizado y atado con un elegante lazo de seda.

Ella negó con la cabeza.

-Por mí, puedes tirarlo a la basura -gruñó.

Él la miró con uno de sus típicos gestos suplicantes. Camille odiaba que la mirara de ese modo, porque la hacía sentir una desagradecida.

-Tengo la impresión de que te mueres por ver qué es -insistió Philip.

-Te equivocas.

-¿Y entonces por qué me has dejado entrar?

Ella permaneció inmóvil junto a la puerta.

-Yo no te he dejado entrar, te has metido a la fuerza -respondió Camille-. Por otra parte, ¿cómo has entrado en el edificio?

-No me ha sido muy complicado, cariño. He utilizado mi encanto.

Después, el hombre dejó el paquete en el suelo y se pasó una mano por la cabeza.

-¿Y cómo has averiguado mi dirección? -preguntó ella-. Nadie me había advertido que vendrías.

-Ya que lo mencionas, ¿por qué tu número no está en la guía de teléfonos? Comprendo que hay personas que odiaban al viejo Harry, pero no a ti -afirmó, e hizo una pausa-. Bueno, tal vez Robyn sí te odie. Me lo ha dado a entender.

-¿Qué te ha dicho? Me cuesta creerlo...

-Me temo que es cierto, preciosa. No me' lo dijo de manera explicita, pero lo dejó entrever en una cena.

-No te entiendo.

-Al parecer, Robyn está disfrutando de tu dramático cambio de estilo de vida -reveló Phil-. Cuando pienso en lo que hizo el desgraciado de Harry, me indigno. Nos arruinó por completo. Cualquier otro hombre habría reservado millones para su hija.

-Debe haber sido una decepción muy grande para ti -dijo Camille con frialdad.

-Ha sido la peor desilusión de mi vida -se sinceró Philip-. Te amaba. Te sigo amando, no lo puedo evitar. Pero soy incapaz de desaprovechar una oportunidad. A diferencia de Harry, el padre de Robyn le dejará todo en herencia. El que se case con ella se hará rico. El señor Masterman está enfermo del corazón, ¿lo sabías?

-Me asustas, Philip.

Camille se preguntó cómo había podido interesarse en él y compartir una relación.

Él sonrió con fastidio.

-Quería que supieras antes que nadie que Robyn y yo anunciaremos nuestro compromiso el día uno de diciembre declaró-. Es el día de su cumpleaños.

-¡Qué adorable! ¿Y hasta cuándo durará ese compromiso?

-Hasta que estemos casados, si todo sale bien. Será una boda espectacular.

-No la defraudes, Philip -le aconsejó Camille-. Ella y su familia son personas peligrosas.

El hombre se puso serio de repente.

-Tienes razón. Robyn te odia con toda su alma, y en ocasiones creo que le gustaría echarte ácido en la cara.

Camille se estremeció sin querer.

-No digas eso -suplicó.

Phil notó la reacción y se desdijo de inmediato.

-Cariño, ella nunca te haría algo así -aclaró-. Te estaba haciendo una broma.

-¡Una broma muy mala!

El quiso acercarse, pero se detuvo al ver lo tensa que se ponía Camille.

-Te has puesto pálida y yo me siento un imbécil. ¿Cómo no vas a estar nerviosa después de aquel ataque? Cuando me enteré, quise correr a tu lado, pero Robyn me tenía vigilado.

-Al parecer, también me tiene vigilada a mí –dijo ella, con tono grave-. Sabe dónde vivo.

-Es su estilo. Lo ha heredado de su padre. Vigila a todo el mundo.

-¿Y entonces por qué has venido? Podría poner en riesgo tu plan.

Philip sonrió con picardía.

-Esta semana, Robyn está con su madre en Melbourne -explicó.

-Pero podría seguir controlando tus pasos.

-Supongo que sí. Es muy obsesiva, aunque no creo que pueda vigilarme desde tan lejos.

-Podría haber contratado a alguien. ¿No se te ha ocurrido esa posibilidad?

-No creo que haya hecho algo así -aseguró Phil-. Cambiando de tema, la otra noche estuve sentado junto a una conocida tuya. Clare Tennant. Se supone que es la novia de Lombard pero dudo que consiga casarse con él. Tiene mucho dinero, pero no es de la alta sociedad. Creo que tenía algunas inquietudes sobre ti.

-¿Qué te ha dicho? -preguntó Camille, consternada.

A él se le dibujó una sonrisa en los labios.

-No mucho, pero se refirió a ti con especial resentimiento -puntualizó Philip-. Ella también sabe dónde vives...

-Seguro que Robyn se lo dijo.

-No, Robyn no había hablado con ella cuando me lo comentó. De hecho, sólo cruzaron algunas palabras cuando nos estábamos marchando.

-¿Estaba Nick Lombard en esa cena? -preguntó Camille.

El hombre puso mala cara.

-No, no estaba -respondió-. Los invitados eran demasiado frívolos para él.

Después, se sentó en el sofá y la miró con los ojos llenos de deseo.

-¿No vas a ofrecerme nada de beber? -le dijo-. Si quieres, yo mismo me lo preparo. De hecho, ya que no abres el regalo, lo abriré yo.

Acto seguido, Philip desenvolvió el paquete. Se trataba de una jaula blanca de estilo antiguo.

-Pensé que podría quedar bien en tu piso. Te gustan las cosas raras.

Camille miró el objeto durante algunos segundos y comentó:

-Te crees muy gracioso, ¿verdad?

Él ignoró el comentario.

-Imagino que tener que dejar una mansión para vivir, en un piso tan pequeño como este ha de ser un infierno -dijo, con malicia-. Debes de estar desesperada.

-Me temo que soy más fuerte de lo que supones. No quiero tu maldita jaula, Philip. Por favor, llévatela. Ni tampoco pienso ofrecerte un trago. Es hora de que te vayas.

-Es por Lombard, ¿no es cierto? -preguntó él, resentido-. No me des la espalda, Camille. Mírame.

-No, Phil, es por ti -respondió ella-. No quiero verte.

Por primera vez, él sonrió con extremada frialdad.

-Es una mala persona, ¿lo sabías?

-Ni siquiera lo conoces -replicó Camille.

-He oído muchas cosas sobre él -aseguró-. No trates de engañarme, Camille, porque a ti sí que te conozco bien. Tienes un gran interés por Lombard y él está interesado en ti. Pero ten cuidado. Sé por una buena fuente que maltrataba a su mujer.

-Y esa buena fuente es Clare Tennant, ¿verdad? -preguntó.

-Mira, ella lo conoce muy bien. Era muy amiga de la esposa de Lombard. Una criatura preciosa, por lo que he oído, pero bastante inestable. Cuando necesitó el apoyo de su marido, el muy insensible la dejó sola. Al final, ella tuvo que recurrir al consuelo de otra gente. Todos sabemos lo que sucedió.

Camille sintió un escalofrío en la espalda.

-Yo no -dijo-, pero estoy segura de que podrás iluminarme al respecto.

Philip se acarició la corbata con aire triunfal.

-La pobre chica se mató cuando regresaba de una fiesta -informó-. Seguramente estaba borracha y conducía a gran velocidad. Lombard ha hecho lo imposible por mantenerlo en secreto.

-Sus supuestos amigos fueron muy irresponsables al dejar que condujera estando ebria -dijo Camille, molesta.

-Cariño, seamos razonables. En mi opinión, ella provocó el accidente porque se sentía miserable. Tú sabrás lo que haces, pero te aconsejo que no te relaciones con él. Te destrozará como lo hizo con su mujer.

-¿Y aun sabiendo lo que ocurrió, Clare Tennant quiere casarse con él?

A Philip le brillaron los ojos.

-Ella está más preparada que tú para lidiar con él -sostuvo-. Detrás de esa fría fachada, se esconde una auténtica leona. Basta con ver lo que le hizo a Arthur Tennant. La familia del viejo no quiere saber nada de ella.

-Seguro que tendrán sus motivos -afirmó Camille, y fue hasta la puerta-. Se te ha acabado el tiempo, Philip. Por favor, llévate tu regalo. No necesito recuerdos de nuestro funesto compromiso.

-No seas cruel -dijo él-. Fue la mejor época de mi vida. Siempre estarás en mí.

Después, Philip se puso de pie y caminó hacia ella.

-Al menos dame tu número para que pueda llamarte otro día -agregó.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

-Sólo se lo doy a mis amigos.

-No importa -afirmó él, con una sonrisa socarrona-. Sé cómo conseguirlo.

-¿Por qué no se lo pides a tu prometida? Es muy posible que ella sea una de las personas que me han estado llamando.

Philip vaciló unos segundos. Parecía desconcertado. -¿Qué? ¿Te ha llamado pero no te ha dicho nada? No entiendo.

-Nadie dice nada, sólo respiran en el teléfono.

-Qué perverso... -se burló él-. ¿Por qué piensas que podría ser Robyn?

-Has dicho que me odia.

El hombre negó con la cabeza.

-Cariño, tú ya no representas una amenaza.

-¿Una amenaza? -repitió ella con indignación.

-De acuerdo, en el fondo ella sabe que te amo.

-Philip, tu cambias de amor como de calzoncillos -gruñó Camille-. Aun así, dile a tu novia que todavía tengo algunos amigos poderosos.

El tragó saliva.

-Sí, y todos sabemos cómo se llaman -dijo-. En tu lugar, no eliminaría al señor Lombard de la lista de sospechosos. Después de

todo, destruyó a tu padre. ¿Cómo sabes que no es él quien está tratando de intimidarte? Aunque sólo sea por divertirse un rato.

-Nick jamás haría una cosa así -respondió Camille con convicción.

-Ahora lo defiendes... -acusó Phil, herido-. No hace mucho, era el enemigo número uno.

-No hace mucho, tú eras mi prometido -replicó Camille, y abrió la puerta-. Adiós, Philip. Espero que tengas la vida que te mereces.

-Me gustaría quedarme contigo -dijo él, con gesto suplicante.

-Debes irte -afirmó ella con sorna-. No quisiera que tengas un problema con tu novia y pongas en riesgo tu futuro.

Philip no volvió a insistir y se marchó con la cabeza gacha.

Pasaron varios minutos antes de que Camille se diera cuenta de que no se había llevado la jaula.

Camille se despertó con el timbre del teléfono. Se sentó en la cama y miró el reloj. Eran las siete y veinte de la mañana.

Había quedado en encontrarse con Claude a las diez para que le presentara a un joven artista que, al parecer, tenía un talento admirable.

El responsable de la llamada era Nick. Se disculpó por haberla molestado tan temprano, pero tenía una reunión a las nueve y quería invitarla a almorzar a Augustine, un pequeño restaurante del puerto, perfecto para una cita romántica.

Pero eso no parecía ser lo que Nick tenía en la cabeza. Hablaba con un tono casi comercial, algo apurado y con instrucciones cortas, como si ella hubiera hecho algo mal. Dijo que tenía novedades para contarle, que la reserva era para la una y media y que esperaba no llegar tarde pero que, en caso de que no estuviera cuando ella llegara, que entrara y lo esperara en el local.

Camille supuso que las noticias a las que se refería Nick tendrían que ver con los informes que le pasaba el investigador privado.

Después de ducharse, tuvo algunos problemas para elegir la ropa que se pondría. Finalmente eligió un traje blanco de Armani que la hacía sentirse agresiva y femenina a la vez. Estaba cómoda y elegante. Además, se puso un collar y unos aretes de plata y escogió un bolso y unas sandalias a juego.

Lucía como en otras épocas, como La heredera australiana, como una criatura privilegiada aunque ya no fuera del todo cierto. Sin embargo, Camille sabía que tenía el talento necesario para triunfar por su cuenta. De hecho, le habían ofrecido trabajar con una importante empresa de inversiones que tenía un oficina dedicada al comercio de obras de arte. Pero se había negado porque sospechaba que Nicholas tenía algo que ver con eso y quería conseguir las cosas por sus propios

méritos.

Claude también tenía novedades, y se las contó en cuanto terminaron la entrevista con el joven escultor. Al parecer, otra vez alguien se les había adelantado con uno de los locales que habían elegido para montar la galería. El edificio había sido adquirido por la inmobiliaria Marlowe-Howell, cumpliendo con el encargo de un cliente.

-Y adivina quién es el cliente -dijo Claude, con el ceño fruncido.

-¿Nick Lombard?

-Gracias a Dios, no -respondió el hombre, desconcertado-. ¿Qué te ha hecho suponer que podía tratarse de él?

-Que es alguien que está muy interesado en lo que estoy haciendo -razonó Camille.

-Estoy seguro de que Lombard no querría ser tan cruel contigo, cariño. Después de todo, el hombre te salvó la vida.

-No sé si te lo he contado, pero alguna vez sugirió que debería abandonar la idea de tener mi propia galería y trabajar primero para una casa de subastas, para ir forjando mi carrera desde los más altos niveles -comentó ella-. Hace unos días, Beaumont me ofreció un puesto como marchante. Imagino que Nicholas ha debido llamarlos para hablarles de mí.

Claude soltó una carcajada.

-¿Lo llamas Nicholas? -dijo, con los ojos desorbitados.

-Le queda mucho mejor que Nick -se justificó ella-. Pero volvamos a nuestro cliente misterioso. ¿Quién es?

-Me sorprende que no lo hayas adivinado -comentó el hombre-, porque no es otra que la amiga de Nicholas, Clare Tennant. Mi amigo Cosmo me lo confesó después de mucho insistir, y tengo que admitir que me sentí tan ofendido que fui a verlo personalmente para que me explicara con detalles lo sucedido. Al parecer, ella ha estado haciendo algunas inversiones, comprando propiedades y obras de arte. Obviamente, no te quiere en el edificio. Es una lástima, porque el lugar era perfecto para ti. Buena ubicación, mucho espacio y con una iluminación ideal para este tipo de negocio. ¡Pero, claro, tenías que meterte con su hombre! Siempre he dicho' que las mujeres son el peor enemigo que se puede tener.

-Me importa un bledo lo que piense la señora Clare Tennant.

Ella trató de sonar natural, pero Claude la conocía muy bien y percibió su intranquilidad.

-¿Qué pasa, princesa? -preguntó.

Camille le relató lo que le había estado ocurriendo. Cuando terminó, Claude estaba profundamente preocupado.

-Cariño, debes contárselo a la policía.

-Me temo que no podrían hacer nada al respecto. He quedado con Nicholas para almorzar. Ha insistido en contratar a un detective privado para que investigue, vigile mi piso y controle cualquier movimiento extraño a mi alrededor.

-Es un buen hombre -afirmó Claude.

-Me llamó esta mañana y dijo que tenía novedades para contarme.

-No creerás que la tal Tennant es la que está haciendo todo esto, ¿verdad? -preguntó él-. Aunque, viendo lo que nos ha hecho con el local, podría ser...

Camille se encogió de hombros.

-Sinceramente, creo que hasta ella lo consideraría demasiado bajo.

-No estoy tan seguro...

-Por cierto, Philip vino a verme anoche -reveló ella.

-Cariño, jamás vuelvas a confiar en él.

-¡Tenlo por seguro! Quería contarme que se va a comprometer con Robyn Masterman.

-Y aun así quiere verte... Ahora sí que estoy asustado -admitió Claude-. Bert Masterman es un oponente peligroso. Se ha pasado la vida metido en negocios sucios. A pesar de lo cual, o quizá precisamente por eso, ha amasado una fortuna superiora los dos millones de dólares.

-¿Y qué crees que le atrae a Philip de su hija? ¿Su belleza? Y pensar que alguna vez creí estar enamorada de él... Te juro que me estremezco de sólo pensarlo.

Claude movió la cabeza en sentido negativo.

-Él no es más que un muchacho guapo y con modales de galán, querida. Eso siempre cautiva a las mujeres. Al menos, por un tiempo. No hay día en que no agradezca que se haya alejado de ti.

-¿Alejado? Salió corriendo, Claude.

Después del comentario de Camille, se miraron a los ojos con complicidad y comenzaron a reír a carcajadas.

Camille no tuvo que esperar mucho en el restaurante. Cuando llegó Nick, apenas llevaba sentada cuatro o cinco minutos y estaba disfrutando de la bonita vista del puerto que había desde la mesa.

Al verlo, ella sintió que se le aceleraba el corazón. Nick era extremadamente guapo y distinguido. Esa era la gran diferencia entre él y Philip. Nicholas irradiaba inteligencia y poder, mientras que Philip se limitaba a mostrar un encanto que ni siquiera era cierto.

-¿Has tenido que esperar mucho? -preguntó él, galante y mirándola con intensidad.

-Unos minutos, nada más. ¿Qué tal tu reunión?

Nick se sentó y respiró hondo.

-Me temo que tenemos un espía en la empresa dijo-. Y es un gerente o un jefe de sección. Estoy tratando de descubrir de quién se trata. Sea quien sea, está filtrando información a nuestros competidores.

-El mundo de los negocios es una selva, ¿verdad?

Camille hablaba por experiencia.

-Lamentablemente, algunas personas son incapaces de resistirse a un soborno.

En aquel momento, llegó el camarero con los menús y ambos permanecieron en silencio. Camille echó un vistazo a la lista, pero se sentía demasiado inquieta para tener hambre, de modo que eligió una ensalada de langosta mientras Nicholas se debatía entre la trucha y el cordero. Finalmente, optó por una trucha con almendras. Ninguno de los dos quiso tomar un aperitivo. Todo parecía indicar que, más que una comida romántica, se avecinaba una discusión seria. El restaurante era espacioso y tranquilo, aunque la mayoría de las mesas estaban ocupadas. Ambos se había topado con unas cuantas miradas indiscretas al llegar. De una forma u otra, siempre estaban en boca de todos.

-Y bien, ¿de qué me querías hablar? -preguntó ella.

-¿Por eso has venido? ¿Para que te cuente lo que me ha dicho el detective?

Ella suspiró y tragó saliva.

-Por eso y porque quería verte -respondió.

Como no podía sostenerle la mirada, Camille volvió la cabeza hacia la ventana.

-Me cuesta creerlo, porque has estado haciendo lo imposible por evitarme -aseguró Nick.

-Pensé que necesitábamos distanciarnos un poco...

-Tal vez, tenías razón -reconoció él, finalmente Pero para ser sincero, estoy preocupado por ti. ¿Por qué me ocultas las cosas?

Ella bebió un sorbo de vino antes de contestar.

-¿A qué cosas te refieres? -replicó.

-¿Te parece una buena idea meter otra vez a Garner en tu vida? En mi opinión, es lo más estúpido que podías hacer.

Sin duda, el detective le había informado de la visita de Philip. De repente, el ambiente se volvió tenso y cargado de hostilidad.

-¿Tu espía lo vio entrar en el edificio? -preguntó ella.

Él asintió.

-También es tu espía, por si lo has olvidado. Supuse que Philip podría haber ido a visitar a otra persona, pero acabas de confirmarme

que estaba equivocado.

-Apareció de la nada -admitió ella, sintiendo una culpa que no debía-. Yo no lo invité. Es más, ni siquiera se anunció por el portero automático. Al parecer, se las ingenió para que alguien lo dejara entrar.

-Pero permitiste que entrara en tu piso...

Los ojos verdes de Camille brillaron con furia.

-Philip podrá ser cualquier cosa -afirmó-, pero jamás me lastimaría.

-Físicamente, querrás decir -observó Nick, en tono cortante-. Ese hombre es capaz de herirte de otras formas. Lo ha demostrado en más de una oportunidad.

Ella se humedeció los labios con la lengua.

-Ponte en mi lugar. Lo último que necesitaba era que Philip se pusiera a gritar en el pasillo de mi casa. Entró sólo por un rato. Estoy segura de que tu vigilante te habrá informado de eso también.

-¿Por qué te pones así? -preguntó él.

-Me pones nerviosa. Philip no significa nada para mí.

Nicholas asintió, pero siguió mirándola con recelo por algunos segundos.

-Sinceramente, espero que así sea. No confío en ninguno de ellos. Ni en Garner ni en la chica Masterman -puntualizó-. Dudo que haga falta que te advierta de que son gente ruda. No quiero que te conviertas en el blanco de sus celos y su furia. Deja que Garner sufra las consecuencias de sus actos.

Camille se mordió el labio inferior. Era un gesto que la hacía parecer una niña, aunque una niña muy atractiva.

-Le dije que no quería volver a verlo. Pero, por favor, no sigamos hablando de Philip -imploró-. No vale la pena. Mejor, cuéntame las novedades de la investigación.

Nicholas se inclinó hacia delante con una sonrisa de satisfacción.

-Hemos identificado a los ocupantes del coche que te ha estado siguiendo. Mientras ellos te vigilaban a ti, nuestro hombre se ha dedicado a sacarles fotografías para aportar pruebas a la policía.

Ella lo miró con detenimiento.

-¿Los conocemos? -preguntó.

Él asintió con la cabeza.

-Uno es Sebastian, el hijo de Hilda Gray, y el otro es su amante. El vehículo está registrado a nombre del amante, que también está en el paro, como Sebastian.

Los dos tienen antecedentes por delitos menores y existe una ley que pena este tipo de persecución, así que ya hemos derivado el caso a la policía.

Camille sintió que le quitaban un enorme peso de encima.

-¡Qué alivio! -exclamó-. Supongo que también serán ellos los que me enviaron las fotografías.

Nick la miró con desconcierto.

-¿Qué fotografías?

-He pensado si debía mostrártelas o no. Y lo cierto es que aún no lo tengo claro -dijo ella-. Lo único que sé es que necesito tiempo. Mi vida ha cambiado tan dramáticamente y, para colmo, tú... Sé que voy a salir adelante, pero...

-Cálmate un poco, Camille -le ordenó Nick-. Insisto, ¿de qué fotografías hablas?

-No las he traído -admitió ella-. Soy un auténtico desastre, ¿verdad?

La mujer se sentía tan miserable que ni siquiera podía mirarlo a la cara.

-Debo reconocer que no entiendo por qué te pones así -afirmó-. Pero eso no importa ahora. De una vez, explícame qué tienen esas fotografías.

-Por favor -suplicó ella-, dejemos eso para más tarde.

Justo en ese momento, llegó la comida. Olía muy bien y tenía un aspecto muy tentador, pero los dos habían perdido el apetito.

Después fueron al piso de Camille en el coche de ella. Nicholas no solía usar el auto para distancias cortas y había ido en taxi hasta el restaurante.

Subieron al ascensor y permanecieron en silencio hasta entrar en el apartamento. Ambos tenían mucho en lo que pensar.

Lo primero que vio Nick fue la jaula blanca. Camille ni siquiera la había movido del lugar en el que Philip la había dejado.

-¿Un regalo? -preguntó él, con evidente disgusto. -¿Por qué lo dices?

La respuesta de la mujer no era más que un burdo intento de evasión.

-Soy adivino -ironizó él-. He visto el papel que lo envolvía al lado. Imagino que lo piensas devolver, ¿no? -Sí -dijo ella, y se mordió el labio-. Es un regalo de mal gusto.

-¿Alguien ha querido decirte que estás atrapada?

-Sí, y en parte, tiene razón.

Acto seguido, Camille fue hasta la mesita de café, agarró el sobre de papel marrón y se lo tendió a Nick. -Esto es lo que querías ver -murmuró. -Si no te importa, me llevaré las fotos. Después, se sentó en el sofá y les echó un vistazo. -Han sido tomadas por un experto -dijo él con rabia-. Dudo mucho que hayan sido Gray y su amante. Camille

sintió que se le paraba el corazón.

-¿Quieres decir que alguien más me está persiguiendo? -preguntó.

-Es lo que tenemos que averiguar. Me cuesta creer que nuestro investigador no haya visto a Gray y su amigo tomando fotos...

-Tal vez, en ese momento estaba descansando -bromeó ella, tratando de distenderse-. Me han seguido hasta la cabaña de Tommy y Dot. Es horrible saber que te están espiando todo el tiempo. Me han fotografiado sola, con Melissa, en tu casa...

Camille se detuvo al ver la expresión de Nick.

-Esto no me gusta -aseguró él-. Me desespera pensar que hay más de una persona tratando de agredirte.

Ella había permanecido de pie hasta ese momento. Se acercó y pasó la mano por el respaldo del sofá.

-Tal vez debería seguir el consejo que me dio Clare Tennant: hacer un crucero y viajar hasta que se aclare esta situación.

Él se volvió para mirarla.

-¿Clare te ha dicho eso?

Ella se molestó por la sorpresa de Nick.

-No veo por qué te asombra tanto -comentó-. No sólo ha sugerido que debía largarme, sino que por su culpa he perdido un local que era perfecto para mi galería.

-¿Cómo? ¿Qué ha hecho? -dijo él, mirándola con frialdad-. Perdona si sueno algo escéptico, pero me parece algo muy atípico en Clare.

Camille le contó brevemente lo que había ocurrido con el edificio.

-Claude me lo ha contado esta mañana -agregó-. Lo confirmó con el vendedor.

-¡Por Dios! Esto ya pasa de castaño oscuro...

-Me alegra que estés de acuerdo conmigo -afirmó ella, con tono áspero-. Te lo había advertido, Clare está enamorada de ti y es capaz de cualquier cosa con tal de no perderte.

Nicholas negó con la cabeza. Estaba furioso.

-Dejemos las cosas en claro: lo único que le interesa a Clare Tennant es mi posición social -exclamó.

-Lo dudo. En mi opinión, es probable que esté enamorada de ti desde hace años. Sé que en apariencia es una persona estupenda, pero hay algo siniestro en ella.

Él echó la cabeza hacia atrás y- cerró los ojos por un momento.

-He oído ese comentario antes -reconoció, finalmente-. Mi hermana Elizabeth la detesta, pero yo no puedo olvidar que Clare era una buena amiga de mi esposa.

-¿La esposa a la que maltratabas?

El comentario había estado fuera de lugar. Era una acusación

basada en un chisme. Camille se arrepintió de haberlo mencionado.

Él se puso en pie enseguida y la miró con desconsuelo.

-No sé de dónde has sacado esa información -dijo-, pero no es verdad.

-Lo siento -se disculpó ella, con una mano en el pecho-. No debí decir algo así, pero como nunca hablas de ella...

-Es que no puedo -argumentó Nick-. Es algo de lo que no consigo recuperarme. Me siento responsable de la muerte de Carole. Ella era bella y maravillosa. Tuvimos una vida feliz y plena durante un tiempo, pero el embarazo y el nacimiento de Melissa lo cambiaron todo. De repente, comenzamos a tener problemas. Carole siempre había sido alguien con tendencias depresivas, pero nunca tanto como después de que naciera Melissa.

Antes de seguir, hizo una pausa y suspiró.

-Al principio, pensé que podía tratarse de una depresión posparto, pero estaba equivocado -continuó-. El médico habló de inestabilidad psicológica, dijo que era algo genético y que empeoraría con el tiempo. Yo no lo pude aceptar. Sabía que Carole no quería a la niña. La niña se parece a mi familia, y como Carole estaba encaprichada con que fuera una réplica suya, la despreciaba de un modo inaceptable. Me duele decirlo, pero su actitud le hizo mucho daño a Melissa.

-Pero tu hija dice que su madre la adoraba...

-Pero eso no es cierto -dijo él, con crudeza-. La pobrecita ha tenido que inventarse una fantasía para poder salir adelante.

Camille estaba tan apenada que apenas lo podía mirar a la cara.

-Lamento haber hecho ese comentario...

-Es una época de mi vida que preferiría olvidar -confesó Nick-. Por si tu informante no te lo ha dicho, mi mujer se mató en un accidente con el coche. He utilizado todas mis influencias para ocultar la historia. En los últimos años de su vida, Carole consumió drogas. Alguno de sus supuestos amigos la había introducido en ese mundo. Aquella noche, regresaba de una de sus fiestas. Clare fue la primera en reconocer los síntomas de su adicción y trató de ayudarla con sus crisis. Yo estaba bajo mucha presión en el trabajo y Carole pasaba demasiado tiempo sola. Asumo que debí haber manejado las cosas de otra manera, pero...

Suspiró afligido y continuó:

-Amo a mi hija mucho más de lo que amaba a mi mujer. Carole rechazaba cualquier ayuda y a mí se me agotó la paciencia. Comencé a hablar de divorcio y de la posibilidad de quitarle la custodia de Melissa. Quizá eso desencadenara la tragedia. Si así fue, tendré que vivir con esa cruz.

Acto seguido, Nick se puso de pie para marcharse.

-Me llevaré las fotografías -dijo-. El detective Lewis querrá verlas. Probablemente, se comunique contigo para que le des más datos.

Camille lo siguió. Sentía como si acabaran de darle una paliza brutal.

-No quería hacerte daño, Nicholas.

-Pero lo has hecho -aseguró él, y se volvió para mirarla con los ojos encendidos de pasión-. Para algunos, el amor y el odio son dos caras de la misma moneda.

-No pensarás que estoy enamorada de ti, ¿verdad?

La mujer retrocedió unos pasos. No se sentía preparada para abrir el corazón. Su vida ya estaba demasiado revuelta como para permitirse algo semejante.

-Amarme, odiarme, ¿cuál es la diferencia? -comentó él, y la atrajo hacia sí-. ¡Me sacas de quicio, Camille Guilford!

-Lo sé -contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

-Pero te deseo desesperadamente.

Nick parecía estar a punto de perder el control.

-Quiero entrar en ti ahora mismo -agregó-. Todo lo que eres me toca el corazón. Tu voz, tu cara, tu cuerpo, la manera en que el cabello te cae sobre los hombros, tu olor, tu boca adorable....

Después, se apretó contra el cuerpo ardiente de Camille. Ella se estremeció de placer.

-¡Estoy loco por ti! -exclamó él-. Es insoportable...

-Actúas como si lo que sientes por mí fuese una maldición -dijo ella, inclinando la cabeza.

-¿Cómo definirías un sentimiento que anula al resto? He estado obsesionado contigo desde el principio. -confesó, desesperado-. El deseo que siento por ti me está carcomiendo. Me muero por tomarte en brazos y llevarte al dormitorio para volver a sentir el cálido placer de tu interior.

Ella le tapó la boca con los dedos. El contacto fue eléctrico.

Nicholas la atrajo hacia él. El primer beso fue frenético, como si tratara de comerle la boca. Camille soltó un pequeño quejido y entonces él comenzó a besarla dulcemente. Ella se sentía tan vulnerable a aquel hombre que el menor contacto bastaba para calentarle la sangre. Podía sentir la ansiedad recorriéndole la piel, los senos, las entrañas. Estaba tan extasiada que apenas notó cuando él la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Los dos sabían que su romance era una amenaza, pero ninguno era capaz de resistirse al deseo que los dominaba.

Capitulo 8

FINALMENTE, fue Nicholas quien encontró el local perfecto para la galería de Camille. Un sitio excelente ubicado en una zona rodeada por otras galerías, tiendas de ropa, joyerías, restaurantes y bares. Nick había comprado el edificio antes de que los precios de las propiedades en Sydney se dispararan. El local había estado ocupado por un joven joyero que se marcharía a vivir a Estados Unidos a principios de año.

El lugar era mucho mejor que los que había visto con Claude. Nick le había ofrecido no cobrar alquiler por un tiempo, al menos hasta que la galería estuviera en marcha, pero ella lo había rechazado y había vendido otra de las joyas de su madre para poder pagarle.

Hacía casi dos semanas que no recibía amenazas ni nuevas fotografías. La policía había interrogado a Sebastian Gray y a su amigo. Según habían declarado, habían estado siguiendo a Camille por curiosidad. Habían asegurado que no tenían nada que ver con las fotos. Rankin, el amante de Gray, era el propietario del Ford amarillo que Camille había visto. Después de considerar la situación, decidió no iniciar ninguna acción legal, aunque les había advertido que, de continuar la persecución, presentaría cargos.

Los problemas de Linda parecían no tener fin. Beth Selkirk, dueña de uno de los bufetes de abogados más importantes de la ciudad, le había ofrecido trabajo, pero Stephen no estaba de acuerdo con que su esposa ejerciera su profesión. Había dicho que él ganaba lo suficiente para mantenerlos a los dos y que quería que su mujer estuviera en la casa, dedicada a atenderlo; que quería que volvieran a intentar tener un hijo, que era parte de lo que habían planeado antes de casarse y que Linda había aceptado esas condiciones. De hecho, hasta la había acusado de ser injusta con él y su familia.

Stephen y ella estaban temporalmente separados. Linda no estaba dispuesta a seguir tolerando el maltrato de su suegra, que era la gran confidente de Stephen. Era la palabra de Linda contra la de ella y, al parecer, él hacía todo lo que su madre decía. Si Linda insistía en verse como una víctima, nunca resolverían sus problemas maritales.

Cuando Camille llegó a casa de su amiga, encontró otro coche aparcado en la puerta.

Linda salió a la puerta tan visiblemente molesta que Camille corrió a tomarla de la mano.

-¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? -preguntó.

Antes de que su amiga pudiera responder, Madelaine Carghill apareció en el umbral.

-Buena pregunta, Camille. El problema es que tú eres una mala

influencia para mi nuera -dijo la mujer.

Detrás de ella, apareció Ann, la hermana de Stephen. Tanto Linda como las dos mujeres estaban pálidas y molestas, pero de maneras distintas. Ann temblaba, y su madre estaba tensa. Camille comenzó a sentirse tan furiosa como las otras mujeres.

-Entra, Milly -dijo Linda-, aunque no te culparía si prefieres irte. Como ves, la familia ha venido a visitarme.

-Compréndelo, Linda, estamos muy preocupadas por Stephen -declaró Madelaine Carghill-, y por el estado de vuestro matrimonio.

Por la forma en la que hablaba, la mujer culpaba a Linda por lo ocurrido.

-Las cosas estarían mucho mejor si dejaras que Stephen se ocupara de resolver sus propios problemas -le contestó Camille-. Ya tiene treinta años...

La señora Carghill la miró con frialdad.

-Eso lo dice una jovencita que no sabe lo que significa ser madre. Stephen siempre será mi hijo. Siempre contará con mi apoyo y mi consejo.

Animada por la presencia de su amiga, Linda hizo un comentario desafiante.

-Tal vez sea hora de cortar el cordón umbilical -dijo.

-¿Por qué no regresamos a la sala? -sugirió Ann, angustiada.

Acto seguido, se dio media vuelta y entró a la casa. La madre la siguió, y Camille y Linda se sintieron obligadas a imitarlas.

-Lo siento -murmuró Linda-, no sabía que vendrían.

-No te preocupes.- Ya encontraremos la forma de librarnos de ellas.

Las dos Carghill se sentaron en el sofá, con la espalda recta. Madelaine tenía una expresión firme y decidida. Esa era su oportunidad para defender la posición de la familia, de modo que retomó la conversación donde la había dejado y siguió reprendiendo a Linda y a Camille como si fueran dos adolescentes que necesitaban recuperar la buena senda. Y, desde luego, la buena senda era la suya.

Camille estaba furiosa, pero se contuvo a la espera de que Linda le respondiera a su suegra. Finalmente, lo hizo.

-El asunto es, Madelaine, que amas a Stephen pero no te interesas por mí. No te preocupa ni lo que deseo ni lo que necesito -dijo Lindy, en tono desafiante-. Estoy

segura de que puedes comprender que necesite desarrollarme profesionalmente.

-¿A expensas de tu marido y de tu matrimonio? -preguntó la señora Carghill con incredulidad-. ¿Justo ahora que planeáis volver a intentar tener un niño?

-Eso es asunto mío -insistió Linda.

-Tiene razón, mamá -intervino Ann, apoyando a su cuñada.

-Te equivocas, también es asunto mío -la corrigió su madre-. Se trata de mi futuro nieto. ¿No te das cuenta, Linda, que si insistes con esto conseguirás que Stephen se vaya? ¿Es eso lo que quieres?

-Yo no quiero que se marche -protestó la joven, angustiada-. Amo á Stephen con toda mi alma. Sé que le he fallado al perder el bebé.

-Linda, ¡no digas eso! -dijo Camille, con vehemencia- Un aborto espontáneo es algo que le puede ocurrir a cualquiera, y tú lo sabes.

-Nadie te culpa por haberlo perdido -dijo Ann-. Y menos Stephen. ¿De dónde has sacado una idea semejante? En mi opinión, además de ser injusta, es muy cruel.

-Pero es lo que tu madre ha insinuado, Ann -respondió Linda, con calma-. Prácticamente ha convencido a Stephen de que yo no me cuidé lo suficiente y que por eso pasó lo que pasó.

-¡Qué insensatez! -exclamó Ann, indignada-. No puede ser cierto. Tu no harías una cosa así, ¿verdad, mamá?

A Madelaine Carghill le temblaban los labios.

-Creí que era mi obligación advertir a Stephen de que Linda no estaba tomando el embarazo en serio. Yo misma la vi cargando un pesado tiesto de barro cocido.

-Era de plástico y estaba vacío -aclaró Linda.

-Todos sabíamos que estaba trabajando en el jardín más de lo que debía para su estado -continuó la señora

Carghill, sin atender al comentario de su nuera-. En más de una ocasión, le advertí que no hiciera esos esfuerzos, pero ella se negó a aceptar cualquier consejo. Especialmente, los míos. En el fondo, sé que está resentida porque Stephen me prefiere a mí.

-¡Mamá!

Ann se volvió para contemplar a su madre como si fuese la primera vez que la veía tal cual era.

-No entiendo por qué te sorprendes tanto, Ann -dijo Linda, apenada-. ¿Acaso no sabes que tu madre me odia?

-No, de verdad que no -respondió su cuñada, con voz trémula.

-Piensa un poco, Ann -continuó Linda. No desestimes mis palabras como siempre. ¿No te das cuenta de que ha hecho lo imposible por convencerte para que me vieras como una intrusa? ¿Como una pobre sustituta de Fiona Duncan? Admito que Fiona pueda haberse relacionado con tu madre mejor que yo. Quizá se deba a que se parecen bastante. Tu padre es el único que ha sido comprensivo conmigo, el único que me ha mostrado algo de aprecio.

Ann estaba desolada.

-Linda, lo siento tanto... -se disculpó-.Debería haber hablado contigo, pero mamá actuaba como intermediaria y nos mantenía a todos informados. Además, Stephen sólo habla con ella.

Madelaine Carghill asintió con gesto triunfal.

-Eso es algo que necesitas aprender, Linda -dijo-. Stephen siempre viene a mí. Y ya que has mencionado a Fiona, supongo que sabrás que mi hijo ha recurrido a ella en busca de consuelo.

Al oír lo que su suegra acababa de decir, Linda saltó de su asiento bruscamente.

-¿Qué diablos estás diciendo? -exclamó, furiosa.

Madelaine sonrió de costado.

-Camille puede explicártelo -respondió-. Los vio juntos hace algunas semanas.

-¿Camille? -murmuró Linda, mirando a su amiga.

=No le hagas caso, Lin. Los vi tomando un café juntos, eso es todo. Incluso, Stephen se acercó a saludarme. Se encontró con Fiona de casualidad y se sentaron a charlar un rato, nada más.

-¿Eso es lo que él te dijo? -preguntó la señora Carghill, y miró a Linda con malicia- Me temo, querida, que tu amiga es demasiado crédula y que tú estás a punto de perder a mi hijo.

Ann intervino de nuevo a favor de su cuñada.

-Eso no es cierto, mamá. Stephen la ama. Puede que alguna vez se haya interesado por Fiona, pero la olvidó por completo al conocer a Linda. Creí que lo tenías asumido.

Madelaine Carghill miró a su hija con desprecio.

-Si quieres ponerte del lado de tu cuñada, hazlo. Pero te advierto que tengo serias dudas sobre este matrimonio. Mira cómo se ha comportado Linda desde que perdió al bebé. Nos ha estado evitando como si tuviésemos la peste. No deja que Stephen se le acerque...

-¿Él te ha dicho eso? -interrumpió Linda, con lágrimas en los ojos.

-¡Yo no he dicho nada semejante!

La voz de Stephen las sorprendió a todas. Madelaine se puso pálida.

-Lindy, ven conmigo -suplicó el hombre, con un brazo extendido-. Por favor, cariño, ven aquí.

Sin vacilar ni un segundo, Linda corrió hacia su marido y se acurrucó entre sus brazos.

Stephen levantó la cabeza y dijo:

-He venido a buscar unos papeles que necesitaba para esta tarde y lo he oído todo. Te he oído, mamá, cuando aleccionabas a Camille y a Lindy. He oído a Camille diciendo que debía ocuparme yo solo de mis problemas. Tengo treinta años, tiene razón. También he oído el resto,

el tono en el que le hablabas a mi mujer. Te juro, mamá, que ha sido una verdadera revelación para mí.

Hizo una pausa y miró a su esposa.

-Hace tiempo que me adviertes que mi madre estaba tratando de enfrentarnos -continuó-, y yo no lo aceptaba porque me costaba creer que fuera capaz de algo semejante. Perdóname, princesa, por favor..

-¿Y Fiona? -preguntó Linda.

-Me encontré con ella a tomar un café. No fue nada importante. Fiona llamó y justo en ese momento yo me sentía bastante deprimido. Necesitaba hablar con alguien, pero eso fue todo.

-¿Por eso me has comprado una pulsera de diamantes?

Stephen le acarició la cabeza.

-Te he comprado esa pulsera porque te amo. Quería complacerte. Pero como no dijiste nada, pensé que no te estaba haciendo feliz.

-No me diste tiempo...

Camille miró a sus amigos y comprendió que necesitaban estar solos.

-Hablando de tiempo -dijo mirando su reloj-, tengo que irme.

Ann se puso en pie.

-Nosotras también deberíamos irnos, mamá -sugirió-. Tengo que ir a buscar a los chicos.

Acto seguido, caminó hacia el lugar donde estaban su hermano y su cuñada abrazados y agregó:

-Te pido perdón por cualquier daño que haya podido causarte, Linda. Créeme, no volverá a ocurrir. Sinceramente, odiaba veros distanciados.

Después, Ann les dio un beso y se volvió a mirar a su madre.

Madelaine Carghill no parecía estar dispuesta a disculparse. Se acercó a la pareja arrastrando los pies y los miró como si acabaran de clavarle un puñal por la espalda.

-Desde que llegaste a la familia, Linda, has hecho lo imposible por separarnos -afirmó, rabiosa-. Solíamos estar muy unidos y tú has hecho que nos enfrentáramos entre nosotros.

Stephen movió la cabeza, apenado.

-Creo que deberías evaluar tus propios actos, mamá -declaró-. Te quiero, pero eso no te da derecho a meterte en mi vida y menos aún a intentar destrozar mi matrimonio.

La mujer se echó hacia atrás y sonrió con antipatía.

-No me hagas cargo de lo que no me corresponde, Stephen -amenazó-. Tú eres el que se ha estado quejando de todo. Yo sólo pretendía ayudarte con tus problemas.

-Creía que lo hacías, pero ahora tengo serias dudas -reveló el

hombre-. Te he oído, mamá. He oído lo que decías y cómo lo decías. Me cuesta creer que, siendo mi madre, quieras arruinar mi matrimonio. No podría vivir sin Linda. Estamos atravesando una etapa difícil, pero saldremos adelante. Tengo que escuchar más a Linda. He sido muy egoísta al verla sólo como mi esposa. La he obligado a hacer lo que yo quería y le he negado la posibilidad de tener su propia vida.

Madelaine lo miró con los ojos desorbitados.

-¡No me hagas reír, Stephen! -exclamó-. Cualquier mujer sensata se moriría por ocupar el lugar de Linda.

Está casada con un hombre que no sólo es guapo e inteligente, sino que además es un abogado muy respetado y pertenece a una de las mejores familias del país. Y, encima, tiene dinero para comprarse lo que quiera. A muchas mujeres les parecería el paraíso. Ha perdido un bebé, es cierto, pero en lugar de intentar hacerte feliz, se ha hundido en una depresión insuperable. Y ahora, dice que quiere volver a trabajar...

La mujer se detuvo y soltó una carcajada.

-En mi opinión, Linda nunca va a tener éxito, porque no tiene las armas necesarias para conseguirlo -añadió-. ¿Quién va a consultar a una abogada que se muestra tan débil y vulnerable? A mí, por lo menos, me saca de quicio. Por otra parte, su amiga Camille Guilford no hace más que empeorar la situación al alentarla contra tus deseos y los de tu familia, Stephen.

Acto seguido, la señora Carghill le lanzó una mirada furiosa a Camille y afirmó:

-Tienes veneno en la sangre, querida. Lo sé desde hace tiempo.

Camille tuvo una idea horrible.

-¿Estás segura de que no has hecho algo al respecto? -insinuó-. Como intentar lastimarme o intimidarme con amenazas, por ejemplo.

-¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera? No eres más que una niña malcriada por una banda de indeseables.

Ann se puso pálida y tomó a su madre por el brazo.

-Detente, mamá, por favor -le suplicó-. Nadie quiere seguir escuchando tus barbaridades.

La madre se apartó bruscamente.

-Sostengo lo que he dicho. Este matrimonio sólo puede traer miseria y destrucción. Me has robado a mi hijo, Linda.

-¡Ya basta, mamá! -gritó Stephen.

-Lo siento, hermanito.

Ann volvió a tomar a su madre del brazo y se volvió para mirar a Camille.

-No sé a qué te referías exactamente -le dijo-, pero puedo

asegurarte que mi madre jamás ha intentado hacerte daño.

Mientras conducía de regreso a la ciudad, Camille seguía teniendo en la cabeza la imagen de Madelaine Carghill, con su gesto adusto y sus ojos de hielo.

Aparcó el coche en el centro comercial y se quedó más tiempo del que esperaba; estuvo mirando los escaparates, pero sin prestar demasiada atención. Cuando salió a la calle, estaba lloviendo torrencialmente. El clima de la zona este había empeorado por los sucesivos ciclones que habían azotado la costa norte de Queesland..La mayoría se había disuelto en el mar. Sin embargo, aquel verano estaba siendo uno de los más húmedos de la década.

Al llegar a su piso, Camille volvió a aparcar en la calle. La situación la había dejado preocupada y no tenía paciencia para bajar al garaje. Tomó un atajo a través de los jardines y, cuando estaba a punto de llegar a la puerta, una diminuta figura apareció entre los arbustos y se lanzó hacia ella gritando su nombre con desesperación

Melissa estaba pálida y empapada de pies a cabeza.

Al verla, Camille se olvidó de los problemas que la atormentaban en menos de un segundo. Alzó a la niña en brazos y se apresuró a entrar en el edificio. Suerte que el ascensor estaba libre, porque Melissa se echó a llorar desconsoladamente.

-¡La odio! ¡La odio! -gimoteó-. ¡No voy a volver nunca! ¡Voy a vivir contigo! Por favor, Camille, deja que me quede a vivir en tu casa. Me portaré bien, te lo prometo. No te daré ningún problema.

-Cálmate, pequeña. Me contarás qué ha pasado en cuanto te quite esta ropa mojada.

Quince minutos después, Melissa estaba seca, vestida con una camiseta de Camille y sentada en la cama.

-Sabes que debo llamar a tu casa -le dijo la mujer, tomándole la mano.

-No, Camille, por favor. No quiero que nadie sepa dónde estoy.

-¿Ni siquiera tu padre?

-Papá no está en casa -respondió Melissa en voz baja-. Lo llamaremos cuando anochezca.

-Cariño, confía en mí. Tú confías en mí, ¿verdad?

Melissa asintió con énfasis.

-Entonces deja que le diga a tu niñera que estás aquí. A pesar de lo que pienses de ella, la pobre debe de estar desesperada -argumentó Camille-. Bueno, ¿cómo has llegado hasta aquí?

La niña sonrió.

-He venido en taxi -dijo-. Tengo dinero.

-¿Pero qué ha dicho el taxista? No debería haber recogido a una

niña. ¿Y cómo sabías mi dirección?

Los ojos de Melissa estaban llenos de satisfacción.

-La he copiado de la agenda de papá. Al conductor del taxi le dije que había perdido el autobús de la escuela.

Camille se quedó sin palabras por algunos segundos, hasta que finalmente preguntó:

-¿Y te ha traído hasta aquí sin poner ningún reparo?

-Quería quedarse esperando hasta ver que entraba en el edificio, pero un hombre se subió al taxi. Yo caminé hasta la puerta de entrada y cuando el coche se marchó, me escondí entre los arbustos -explicó la pequeña-. Después, llamé al portero automático de tu piso, pero como no contestabas tuve que esperar fuera hasta que llegaras. Es horrible esperar a alguien bajo la lluvia. Creo que me voy a acatarrar.

-No te pasará nada -le prometió Camille -. ¿Cómo has logrado marcharte sin que la señorita Larkins o alguno de los empleados te viera?

Otra vez, la voz de Melissa estaba cargada de orgullo.

-Ha sido muy fácil -se regodeó-. Me escondí en la parte trasera del coche de Arthur y, cuando se detuvo a hacer unas compras, me bajé.

-¿Quién es Arthur? -preguntó la mujer, asombrada.

-El jardinero. Trabaja para nosotros desde hace años. Iba a pedirle que me ayudara, pero pensé que podía contárselo a alguien.

-¿Y en la tienda no se te acercó nadie para preguntar qué estabas haciendo sola?

-Sí, dos o tres señoras -respondió la niña con una sonrisa-. Les dije que estaba esperando a mi mamá, que había salido a buscar algo al coche.

-¡Buena respuesta! -exclamó Camille, con un dejo de admiración- Eres muy ingeniosa, pero no debes volver a hacer algo así. Hay mucha gente agradable que sólo pretende ayudarte, pero también hay personas que podrían hacerte daño.

-No te preocupes, lo sé todo de esa gente. Si alguien trata de agarrarme, tengo que gritar tan fuerte como pueda. Papá me ha dicho que haga eso.

Camille la miró amorosamente y la abrazó con fuerza. Después, se puso de pie y dijo:

-Métete bajo las mantas mientras llamo a tu casa. ¿Qué ha hecho la niñera para que te enfadaras así?

Melissa parecía sorprendida.

-La señorita Larkins no me ha hecho nada -aclaró-. Ha sido Clare.

-¿Estaba en la casa? ¿Qué quería?

-Desde hace un tiempo, aparece sin avisar y me trae cosas. Está vez

era un libro. Me ha dicho que era hora de que aprendiera a leer como se debe.

-Tienes que decirles a todos que están equivocados. Tú puedes leer -afirmó Camille-. Eres inteligente y guapa, no lo olvides. Cuando crezcas, serás una verdadera preciosidad.

A Melissa le brillaron los ojos.

-Pero seguro que nunca tanto como tú -declaró.

-¿Y para qué querrías ser como yo? Tú eres tú -dijo Camille, y comenzó hacerle cosquillas-. Tú, tú y tú. Ahora debo ir a hacer esa llamada.

Acto seguido, la mujer fue hasta la sala y llamó a la mansión de los Lombard. La señorita Larkins atendió rápidamente; parecía tan angustiada que apenas se la reconocía. Camille le hizo un resumen de la situación y le preguntó si sabía por qué Melissa se había escapado.

-No lo entiendo -dijo la niñera, algo más calmada al saber que la niña estaba a salvo-. Melissa estaba jugando en su habitación. Parecía muy entretenida con sus cosas. Ha mejorado bastante últimamente, pero hasta usted tiene que admitir que puede llegar a ser muy irrespetuosa. La señora Tennant llegó con un libro precioso para ella. Me lo enseñó antes de subir a dárselo. Era una selección de cuentos de fantasía con unas ilustraciones hermosas. Es una mujer muy amable.

Camille asintió por cortesía y la niñera continuó:

-La señora Tennant subió a la habitación de Melissa y eso es lo último que supe de la niña. Cuando descubrí que no estaba, creí que me moría. Alerté a todo el personal y nos hemos pasado la tarde buscándola en la casa y

el jardín. Ni siquiera hemos podido localizar al señor Lombard. No está en su oficina ni responde a su teléfono móvil. Me asusta pensar lo que va a decirme cuando se entere. Francamente, nunca creí que Melissa fuera capaz de hacer algo así. Ojala fuese una niña inteligente.

-Pero lo es. Es muy inteligente, de hecho -puntualizó Camille-. Lamento que no lo haya notado.

Veinte minutos después de que Camille hablara con la niñera, Nicholas llegó a su piso. Al parecer, alguien había podido localizarlo en el teléfono del coche.

Cruzó la puerta como si fuese un corredor de maratón alcanzando la meta, abrazó a Camille por la cintura y echó un rápido vistazo a la sala.

-Está descansando en el dormitorio -explicó la mujer-. Obviamente, alguien te ha avisado.

-La futura ex niñera de mi hija -contestó él, con sorna.

Camille sintió una inesperada simpatía por la mujer.

-Tienes que reconocer que Melissa parece una niña inofensiva, pero es más lista que todos nosotros y que esto podría haberle pasado a cualquiera.

-Es una enana terrible, lo sé, pero es mi hija y si la dejo al cuidado de alguien, lo mínimo que puedo esperar es que no se le pierda, ¿no te parece? -argumentó-. También tendré que ocuparme de hablar con el taxista. Se supone que no deben llevar a niños sin un acompañante adulto. Debería haberla llevado a la comisaría.

-Por supuesto, pero ella le contó una historia muy verosímil. Le dijo que había perdido el autobús que la llevaba a casa, y como llevaba puesto el uniforme de la escuela, el pobre hombre la creyó.

-No es una excusa válida.

Antes de entrar a la habitación, Camille trató de tranquilizarlo.

-No seas muy duro con ella, Nicholas -le rogó.

-Tengo que serlo si quiero asegurarme de que no lo vuelva a hacer -afirmó él, y abrió la puerta.

Melissa se puso a llorar en cuanto vio a su padre.

-¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! -gimoteó- No lo volveré a hacer, te lo prometo.

Se notaba que Nick estaba molesto y aliviado a la vez.

-Melissa, si me dieran un dólar por cada una de tus promesas, sería el hombre más rico de Australia.

-Eres el hombre más rico de Australia -replicó la niña, olvidando el llanto.

-No, no lo soy -dijo él, "y se inclinó para abrazarla-. Eres terrible. Camille debe de haberse asustado mucho cuando te vio aparecer en el portal. La señorita Larkins estaba hecha polvo. El cocinero no pudo ocuparse de la cena. Toda la casa está alborotada y el pobre chofer sufrió un pequeño accidente mientras te buscaba.

-Lo siento, papi.

Melissa parecía estar disfrutando por haber llamado tanto la atención.

-No pretendía preocuparte -continuó la niña-. Sólo quería estar con Camille. Es horrible cuando no estás en casa. ¿Por qué tienes que trabajar todo el tiempo?

El le respondió con seriedad.

-Para asegurarme de que tengas cuanto necesites. Todos los padres trabajan, Melissa. Y la mayoría de las madres, también -le explicó-. Has hecho algo terrible. Has molestado a mucha gente sin un buen motivo y es un milagro que no te haya pasado nada.

Ella le tocó la cara y sonrió.

-Lo único que ha pasado es que me he mojado mucho -dijo,

tratando de tranquilizarlo-. No sabía que iba a llover tanto.

-Ya que has armado todo este lío, podrías haber tenido la precaución de llevar paraguas...

-No te enfades conmigo, papi -suplicó Melissa-.Enfádate con Clare.

Nicholas frunció el ceño.

-No empieces otra vez -gruñó-. A ver, ¿qué tiene que ver Clare con todo esto?

-Ha dicho que me ibas a enviar a un internado -sostuvo la niña.

-¿Y tú la has creído? Melissa, jamás te haría algo así.

La pequeña oyó la tristeza con la que hablaba su padre y agachó la cabeza.

-Clare estuvo en casa esta tarde -le contó Camille a Nick, en voz baja-. Tenía un regalo para Melissa. Un libro de cuentos.

Nicholas levantó la vista para mirarla.

-A ver si entiendo lo que ha pasado -dijo él, aturdido-. ¿La visita de Clare fue lo que provocó esta situación? ¿Quieres decir que se molestó en ir hasta mi casa para decirle a mi hija que yo la iba a enviar a un internado?

-Sí, papá -afirmó la pequeña, con los ojos llenos de lágrimas-. Dijo: «quién sabe, tal vez te guste».

A pesar del llanto, Melissa no había perdido su talento para las imitaciones.

El padre se quedó en silencio durante algunos segundos. Le temblaba la mandíbula y se notaba que estaba furioso.

-Pero tú sabes que lo que te ha dicho Clare es mentira, ¿no es cierto? -insistió-. Yo nunca te enviaría a un lugar de esos, mi vida.

Melissa se recostó sobre la almohada y cerró los ojos. -Sí, papá -afirmó-. A menos que te cases con ella. El comentario lo dejó anonadado.

-Jamás he considerado esa posibilidad, Melissa. Además, si quisiera volver a casarme, lo primero que haría sería hablarlo contigo.

La niña abrió los ojos y lo miró con detenimiento.

-¿Entonces por qué ella cree que va a ser mi madrastra? -preguntó.

-¡Buena pregunta! -exclamó Nick-. Hay gente que se cree capaz de conseguir todo lo que quiere, cueste lo que cueste. Clare lleva tiempo en nuestras vidas. Era una buena amiga de tu madre. Pero nunca hice ni dije nada que pudiera hacerle pensar que quería casarme con ella.

-Me alegra saberlo, papá, porque Clare me cae muy mal. Quiero que Camille viva con nosotros. Así ella podría cuidar de mí y nosotros podríamos cuidar de ella. Eso es lo que quiero realmente.

-Lo comprendo -dijo él, y miró a la mujer de reojo-. Ahora, me gustaría oír toda la historia sobre tu pequeña fuga, jovencita. De

principio a fin y con todo lujo de detalles. Y, Melissa, no me mientas porque te conozco…

-Sí, papá.

La niña estaba feliz de volver a narrar sus aventuras.

Camille los miró con una sonrisa.

-Voy a dejaros solos por un rato -declaró-, así aprovecho para preparar algo de cenar.

Mientras iba hacia la cocina, la mujer pensó que los Lombard tenían la fuerza necesaria para salir adelante. Por suerte, la huída de Melissa había terminado bien, porque la estremecía pensar que cualquiera podría haberle hecho daño.

Cuando padre e hija salieron de la habitación, CamiIle estaba terminando de servir unos espagueti a la carbonara, con un poco de tocino, hierbas frescas y un puñado de queso parmesano. Además, había preparado una ensalada de aguacate y gambas como entrada.

Melissa estaba muy animada. Devoró su plato de pasta con gusto, pasó de la ensalada, pero se comió dos tajadas de pan francés. Después de la improvisada cena, y pocos minutos antes de que se marcharan, Nicholas dejó caer una interesante propuesta para las vacaciones de verano, que comenzaban la primera semana de diciembre. Quería que Camille fuera con ellos a la casa de campo de su familia. Era una propiedad que había adquirido su padre hacía más de treinta años y, desde hacía tiempo, Nicholas y su hermana solían ir a pasar sus vacaciones allí.

-¿Te refieres a Kurakai? -preguntó Camille.

Unos meses atrás, había visto unas fotos del lugar en una revista.

-Sí. Tratamos de pasar un tiempo allí todos los años -contestó él-. Mi hermana Elizabeth, su marido y un par de amigos irán en Navidad. Elizabeth está ansiosa por conocerte.

-¿Estás seguro? -dijo ella, asombrada-. Debe de haber muchos recuerdos dolorosos…

-No podemos dejar que se sigan interponiendo entre nosotros -la interrumpió él.

Antes de continuar, miró de reojo a Melissa, que se paseaba entre el ascensor y la puerta, dando saltitos y bailando de felicidad.

-Melissa estará de vacaciones a partir de la semana que viene. No tiene que volver a la escuela hasta febrero y tú no podrás resolver lo del alquiler hasta entonces. Así que no veo cuál es el problema.

Camille vaciló.

-No lo sé, Nicholas.

-Allí estarás a salvo. Te haría bien salir de la ciudad y despejarte un poco -comentó él-. Y por cierto, gracias por ser tan dulce con mi

hija.

Ella lo miró con ternura.

-Me alegra que me vea como a una amiga -aseguró-. Nos entendemos muy bien.

-Lo sé desde la primera noche.

Horas después, cuando Camille estaba recostada en el sofá viendo el final de una película con Ingrid Bergman y Cary Grant, sonó el teléfono. Era tarde y se sobresaltó al oírlo. Pocas personas tenían su nuevo número y tenía el presentimiento de que no se trataba de ninguna de ellas. El timbre del aparato sonó varias veces antes de que ella levantara el auricular.

-¿Dígame?

Nadie respondió, aunque ella pudo escuchar el ruido de la tormenta al otro lado de la línea.

-¿Quién es? -dijo bruscamente.

En aquel momento, Camille vio que la puerta del balcón estaba abierta y sintió la desesperada necesidad de cerrarla. Había dejado de llover pero el cielo estaba completamente cubierto de nubes y cargado de electricidad.

-¿Hola? -insistió.

No obtuvo respuesta. La mujer sabía que se trataba de un juego perverso y que el desgraciado que la llamaba estaba tratando de asustarla.

-¡Vete al diablo! -gritó, furiosa.

Estaba a punto de colgar cuando de pronto sonó una voz al otro lado de la línea. El mismo susurro chillón que había oído en las llamadas anteriores.

-Muérete, perra -dijo la voz, con tono áspero.

Por algún extraño motiva, esa vez Camille se sintió envalentonada.

-¿Por qué? -preguntó, con tono desafiante-. Eres un cobarde que se esconde detrás de un teléfono y distorsiona la voz para que no lo reconozca. Vamos, quiero saber.

Háblame de las veces en las que me has seguido. Dime dónde compraste las flores y la cámara de fotos. No puedo imaginar que te haga feliz quedarte en silencio. Déjame oír los motivos de tu odio.

Por un momento, Camille pensó que, después de semejante provocación, el acechador le revelaría su identidad. Así que esperó, con los nervios de punta, hasta que finalmente oyó cómo se cortaba la comunicación.

Cuando colgó el auricular, se sentía aturdida y rabiosa. Era una

situación insoportable, pero no parecía que pudiera hacer mucho al respecto. Ni siquiera sabía por qué la estaban amenazando. Estaba desesperada por llamar a Nicholas para que la reconfortara, pero era demasiado tarde para molestarlo. Podía esperar hasta la mañana siguiente para hablar con él. 'No faltaba mucho para que amaneciera, pero a Camille le pareció que era una eternidad.

Corrió hasta el balcón, cerró la puerta de vidrio con llave y desplegó las pesadas cortinas. De repente, tuvo la sensación de que una casa de campo sería un lugar mucho más seguro que su pequeño piso en un edificio lleno de extraños.

Para entonces, la película había terminado y había una rubia remilgada leyendo las noticias de medianoche. Camille tomó el mando a distancia y apagó el televisor. En su cabeza, seguía sonando la voz áspera del teléfono. Seguía sin poder decir si se trataba de un hombre o de una mujer. Pero fuera quien fuera, su voz representaba una amenaza real.

Capitulo 9

CAMILLE nunca olvidaría la primera mañana en Kurakai. Nick pilotó él mismo la avioneta y llegaron hacia al atardecer; el cielo tenía unos colores increíbles y a sus pies se abría un inmenso paisaje de campos húmedos después de meses de sequía, con tierras rojas y salpicadas de flores silvestres.

En el trayecto hacia la finca, el cielo y la tierra fueron cambiando los tonos rojos y amarillos por los azules intensos y los verdes brillantes. La casa era una verdadera gloria, con balcones y galerías llenos de arcadas, balaustradas y cenefas de hierro forjado.

El personal doméstico apareció como por arte de magia y rápidamente se hizo cargo del equipaje. La esposa del casero, que solía ocuparse de la cocina cuando la familia estaba en la residencia, le dio un fuerte abrazo de bienvenida a Melissa. Después, tomó a la pequeña de la mano y la acompañó al segundo piso para que pudiera mostrarle las habitaciones a Camille.

-¡Me alegra tanto que hayas venido, Camille! -exclamó la niña, sonriente-. Aquí estarás a salvo. Eso es lo que papá ha dicho, que en Kurakai estarías a salvo. Tenemos un espíritu guardián que nos protege. Se llama Wirra y tiene forma de águila.

Camille sonrió con condescendencia.

-¿Y está aquí ahora mismo? -preguntó.

Melissa asintió con la cabeza.

-Manny, nuestro indígena, dice que Wirra nunca abandona el lugar. Su trabajo es proteger a la familia -explicó-. Hace mucho tiempo uno de los hijos de esta casa se cayó del caballo y nadie lo pudo encontrar hasta que vieron una enorme cola de águila que les señalaba el lugar.

Camille se inclinó y abrazó a la chiquilla.

-¿Manny te ha contado todo eso? -quiso saber.

Melissa volvió a asentir y dijo con gesto serio:

-Hay muchas historias acerca de Kurakai. Algunas están en un libro que se llama Espíritus del campo. Papá te lo enseñará. ¿Has oído hablar de la luz Min Min?

-¿Y quién no? Cualquier australiano ha oído alguna vez sobre esa luz. Aunque a decir verdad, creo que no me gustaría que la luz Min Min me siguiera.

-A papá lo siguió -aseguró Melissa, con orgullosa satisfacción.

Min Min era la palabra que utilizaban los indígenas para referirse a una luz brillante y fantasmagórica que había sido vista en el campo por los dueños originales de las tierras, los propietarios de las fincas, los ganaderos y muchos viajeros. Nadie podía explicara qué se debía,

aunque existían varias investigaciones al respecto. No era una luz amigable. Todos los que habían dicho verla juraban que era una experiencia aterradora, una encandilante luz apareciendo de la nada en medio de la oscuridad.

-Le pediré a tu papá que me cuente la historia -dijo Camille.

Acto seguido, la mujer se volvió hacia el armario y comenzó a colgar su ropa.

Mientras cenaban, Nicholas le contó su experiencia con la luz Min Min.

-Ocurrió mucho antes de que Melissa naciera -relató-. Venía desde la universidad con tres amigos que juraron no volver nunca más, aunque el juramento sólo les duró hasta las siguientes vacaciones. Una noche, mientras nos dirigíamos a Isis Siding, apareció una luz cegadora en el espejo retrovisor de mi coche. Al principio creí que era un faro muy potente, pero después noté que nos estaba siguiendo. Cuando yo disminuía la velocidad, la luz también lo hacía. Si aceleraba, aceleraba conmigo.

En ese momento, Nick soltó una carcajada y movió la cabeza.

-Había oído cientos de historias acerca de la Min Min, así que les dije a mis amigos que pensaba que era eso -continuó el hombre-La luz era extraordinaria. Jamás pensaron que pudiera estar bromeando. Todos ellos eran jóvenes de ciudad y aquello era algo de otro mundo. Los científicos dicen que podría tratarse de un fenómeno atmosférico. Una de las teorías sostiene que la luz es causada por algún gas raro, pero lo cierto es que ha sido vista en muchos sitios. Los indígenas creen que es un espíritu maléfico y huyen de él como de la peste.

-¿Estabas asustado, papá? -preguntó Melissa, angustiada.

-Un poco, cariño -respondió-. Nos siguió durante varios kilómetros. Fue una experiencia fantástica, pero no se volvió a repetir. Manny asegura que la ha visto varias veces fuera de Iluka Springs. Mi hermana jura que está en un pantano de la zona. Mi padre la vio cuando estaba cerca de la autopista. Es una de esas cosas que nadie puede explicar, como la leyenda de Wirra Wirra.

-Melisa me ha dicho que tenéis un ángel guardián -dijo Camille, con una sonrisa escéptica.

-Ciertamente, siempre hay un águila sobrevolando la casa -dijo Nicholas-. Podrás comprobarlo con tus propios ojos. Algunos trabajadores de la finca dicen que es el águila de Wirra Wirra y que no hay que temerle como a la luz Min Min. Wirra Wirra es un espíritu poderoso pero benévolo, a menos que alguien altere la paz de Kurakai. Al principio, sólo protegía a los indígenas, pero parece que los Fitzgerald, que construyeron este lugar en 1870, debieron de haber

hecho algo bien, porque desde entonces la protección se ha extendido a todos los que viven en la casa. Hay cientos de historias sobre Wirra Wirra. Si te apetece, puedo enseñarte un libro que las cuenta.

-Me encantaría -aseguró Camille, con repentino interés-. ¿Dices que si alguien atenta contra nosotros, Wirra Wirra recurrirá a sus poderes mágicos? Eso me tranquiliza.

-Por eso he insistido para que vinieras -admitió Nick, y la miró con intensidad.

-En ese caso, confió en la protección de Wirra Wirra -bromeó la mujer.

Después, Camille miró a la niña y, acariciándole cariñosamente la cabeza, dijo:

-Ha sido un día agotador, ¿verdad? Te estás quedando dormida sobre la mesa.

-Estoy cansada. ¿Podrías llevarme a mi habitación? -preguntó Melissa.

-Claro que sí, preciosa. Ya hemos terminado de cenar.

Nicholas las acompañó hasta las escaleras.

-Tengo que discutir algunos temas con el casero -se excusó-. Así que te daré ahora el beso de las buenas noches, hijita.

-Hasta mañana, papi -respondió Melissa bostezando.

-Hasta mañana, cariño. Sueña con todas las cosas bellas de la vida. Mañana le enseñaremos a Camille el Kurakai que tanto nos gusta.

Desde la alta meseta llamada Wirra Wirra, en honor al espíritu guardián, Camille tenía una vista privilegiada de Kurakai. Parecía un paisaje de otro planeta.

Era un lugar de distancias inmensas, con tierras de todos los colores, llanuras entremezcladas con valles desérticos rodeados de plantas silvestres y campos de siemprevivas rosas, blancas y amarillas que, según Melissa, no se marchitaban nunca. Había también unas extrañas vainas verdes, cargadas de flores rojas, azucenas que brillaban como si estuvieran barnizadas, violetas con pétalos enormes, arbustos rojizos y azahares blancos y anaranjados. El aire estaba impregnado de todos esos aromas. Camille nunca había visto un esplendor tan salvaje.

Si miraba hacia el oeste, podía ver las ondulaciones doradas de las dunas que se extendían varios cientos de kilómetros. Recordó que aquel territorio había sido un enorme mar interior en la prehistoria. La meseta de Wirra Wirra era el centro exacto de un círculo delimitado por tierras de arena roja y llanos de granito pulido como un espejo, por lo que Camille tenía la impresión de estar en medio de un gran lago de ópalo. Los brillantes guijarros tenían todos los colores

de esa piedra semipreciosa: rojo, naranja, verde, azul, amarillo, índigo y violeta.

Camille abrió los brazos como si quisiera abrazar el paisaje y exclamó:

-¡Nunca habría imaginado que este lugar fuera tan fantástico!

-Sabía que te encantaría, Camille -dijo Melissa, alegremente.

Padre e hija estaban de pie junto a su invitada.

-Papá, ¿puedo recoger algunas flores silvestres para Camille? -preguntó la niña, y se volvió hacia su amiga-. Adoro las siemprevivas, cuando las acaricias parece como si fueran de papel.

Camille y Melissa se miraban con afecto y complicidad.

-¡Estoy fascinada con los pájaros! -dijo la mujer-. Nunca había visto tantos en mi vida.

Era cierto, estaban por todas partes. Había loros de colores brillantes, mirlos negros, cacatúas blancas y amarillas, cotorras anaranjadas, petirrojos y el gran fenómeno de la zona: la horda de periquitos verdes y amarillos que sobrevolaba el valle.

-Solía pensar que Namatjira era un genio en el manejo de los colores -le dijo Camille a Nicholas, refiriéndose a un famoso pintor indígena-, pero aquí está la fuente de su inspiración. Los colores son absolutamente increíbles.

El hombre asintió con la cabeza.

-Te advierto que pensamos llevarte a muchos lugares. A las cuevas de estalactitas, a las salinas y a la reserva indígena. Estarás en tu ámbito -le aseguró Nick-. La mayoría de los artistas plásticos pinta de manera tradicional, pero hay algunos que combinan los estilos clásicos con el trabajo rupestre y el resultado es muy interesante. Hay una pintora en particular, una anciana encantadora, que pinta unas flores preciosas y genera un efecto muy raro que hace que parezca que se salen del lienzo.

-Me encantaría ver sus cuadros -dijo Camille, y le acarició un hombro.

-¿Que os parece si hacemos nuestro picnic ahora mismo? -preguntó Nick-. No será difícil encontrar un lugar agradable y fresco.

-¿Y podré recoger flores para Camille, papá?

-Sí, cariño, desde luego.

Casi habían llegado al pie de la colina cuando Melissa comenzó a saltar y a señalar al cielo.

-¡Ahí está! ¡Es él! -gritó-. Es Wirra Wirra, Camille. ¿Lo ves?

-¡Wirra Wirra! -exclamó la mujer, imitando a la niña.

Camille no esperaba ver al águila, pero parecía una sorpresa digna del maravilloso día que estaba viviendo. Aquellas tierras agrestes

tenían una atmósfera que sentía como propia. Todo estaba tan lleno de colores y formas que parecía un paraíso escapado de alguno de sus sueños.

Bajo un cielo azul cobalto, la gran águila de cola mágica sobrevolaba el desierto, vigilando el lugar sagrado.

-Wirra Wirra, el protector -cantó Melissa, con los brazos en alto-. Necesitamos que cuides de nosotros. Wirra Wirra, protégenos contra el diablo de ojos grandes.

Al oírla, Nicholas comenzó a reír a carcajadas, la atrajo hacia él y le dijo que se calmara.

-¿Quién es el diablo de ojos grandes? -le preguntó.

-Es la persona que está tratando de asustar a Camille -respondió la niña, y se volvió hacia la mujer -. ¿Ves cómo Wirra Wirra planea en el viento? Te lo había dicho: nunca se aleja de nosotros.

-Creo que Manny te ha estado contando demasiadas historias -dijo él-. Los mitos indígenas son fascinantes, pero a veces pueden provocar que las niñas pequeñas se entusiasmen demasiado.

-No es una historia, papá. Es la verdad -protestó Melissa y miró a Camille-. ¿Quieres saber por qué los cisnes australianos son negros?

-¿Otra leyenda? -se interesó ella.

-Sí. En la época de la creación, todos nuestros cisnes eran blancos, hasta que algunos aterrizaron en la laguna de un poderoso águila -relató la chiquilla, con tono solemne-. No quería que se quedaran allí, así que les arrancó las plumas y los abandonó en el desierto para que murieran. Pero unos cuervos oyeron sus gritos y los cubrieron con sus propias plumas. Por eso nuestros cisnes son negros. Y tienen plumas blancas en la punta de las alas y el pico rojo, para no olvidar lo que pasó.

-Me gusta esa historia -comentó Camille, encantada.

-Las águilas son muy celosas de su territorio -explicó Nick-. Por eso Wirra Wirra hace su nido en la montaña.

En aquel momento, encontraron una pequeña laguna llena de nenúfares rosados y acordaron sentarse en la orilla para comer algo. Después, Melissa corrió en círculos alrededor de un campo de flores silvestres, gritando de alegría y arrastrando unas serpentinas azules y blancas que le había comprado su padre. Cuando se cansó de ese juego, comenzó a buscar flores para Camille.

La mujer pensó que nunca había sentido tanta paz. Todos los terribles sucesos de los últimos meses parecían haber desaparecido. No le importaban las amenazas telefónicas ni los sobres desagradables en el correo. Como decía Melissa, aquella era una tierra gobernada por los dioses de la creación y ellos la protegerían.

-Parece muy feliz, ¿no te parece? -comentó Nick.

Camille y él estaban parados uno al lado del otro, mirando cómo jugaba la niña.

-Estas vacaciones le van a venir muy bien -dijo él Juro que desde que estás en nuestra vida, parece otra niña.

Acto seguido, Nick la abrazó por la cintura.

-Me gusta pensar que he hecho algo para ayudarla -murmuró ella.

-Lo haces, la ayudas todo el tiempo.

De repente, Nicholas sintió que algo se agitaba en su interior. Camille era una mujer muy especial y sabía que no se podía dar el lujo de perderla.

-Carole nunca quería venir aquí -confesó-. Decía que era de ciudad y que Kurakai no le llamaba la atención. Creo que lo sentía inmensamente opresivo.

Ella respondió con delicadeza, consciente de la vieja angustia.

-Entiendo que le pasara algo así. La inmensidad, la desolación, el silencio... -puntualizó-Alguna gente lo encontraría demasiado solitario, y hasta me atrevería a decir que abrumador. Aunque hay que reconocer que, después de las lluvias, es el paraíso.

-El paraíso... -repitió él.

Nicholas la miró a los ojos y pensó que ella estaba fuertemente ligada a ese mundo floreciente.

-Kumakai te está mostrando su faceta más deslumbrante -continuó el hombre-. El clima del desierto no siempre es placentero. Puede ser un sitio terrible, pero no hay otro lugar así en la tierra. He estado viniendo desde que era un niño y me encanta en todas las estaciones del año.

-Por mucho que insistas, no te voy a comprar la casa de Kumakai, Nicholas -bromeó ella.

Después, Camille inclinó la cabeza para sonreírle y él aprovechó la ocasión para besarla apasionadamente.

Al rato, apareció Melissa.

-Ya no puedo juntar más -declaró, y les entregó las flores-, se me caen de las manos.

-Me parece que hay demasiado sol -dijo Nick.

Los tres estuvieron de acuerdo en que era el momento de cubrirse la cabeza. Nicholas se puso una gorra color crema que le sentaba muy bien. Camille y Melissa aprovecharon para estrenar los sombreros de paja que se habían comprado juntas.

Melissa los miró a la cara, con los ojos llenos de felicidad.

-¡He visto que os besabais! -exclamó.

-No, tú no has visto nada -la reprendió el padre.

-Sí, papá, os he visto.

Acto seguido, la niña le dio el inmenso ramo de flores a Camille y le dijo con complicidad:

-Siempre recordarás este día, Camille. Estas flores no se marchitan nunca.

Algunos minutos más tarde, mientras se acomodaban en el jeep, Camille volvió la vista a la montaña. Estaba iluminada por la luz del atardecer y las sombras azuladas se fundían con la escarpada cima. Aquella inmensa roca de granito y arena parecía vibrar con un poder primitivo y latente. De pronto, la mujer sintió que un escalofrío le recorría la espalda. El águila había reaparecido de la nada y planeaba sobre ellos como si estuviera protegiendo el nido.

-Wirra Wirra -dijo Nicholas señalando al ave-. Eso significa que eres bienvenida, Camille.

Nick se quedó una semana entera para ayudarlas a instalarse. Ciertamente, no podía permitirse tantos días de vacaciones, pero había decidido que no se marcharía hasta estar convencido de que Camille y su inquieta hija estaban felices y a salvo en un entorno seguro.

Le había explicado todo lo que necesitaba a Andy Sutherland, su casero de siempre y, además, un hombre por el que pondría las manos en el fuego. La esposa de Andy, Desley, también había sido advertida de la necesidad de una vigilancia adicional, al igual que el resto de los empleados. Kurakai estaba a cientos de kilómetros de todo, pero ningún lugar en el mundo era completamente seguro.

Durante aquella semana, fueron a todas partes. Nick y Camille salían a cabalgar por la mañana temprano o por la noche, cuando Melissa ya se había dormido. También habían salido a pasear los tres juntos, a recorrer la hacienda con el jeep o en helicóptero. Fue una semana maravillosa. Cada día el desierto les deparaba un nuevo descubrimiento sobre el milagro de la vida.

Hubo una sola vez en la que Camille sintió miedo. Se habían topado con una iguana enorme que se ocultaba entre los arbustos. Medía más de dos metros y no dejaba de sacar la lengua.

Melissa se había reído a carcajadas al ver la reacción de la mujer.

-¡Son inofensivas, Camille! -le había dicho-. Estira la lengua de ese modo cuando está asustada. Ésta es una de las más grandes que he visto en Kurakai. ¿Has visto qué colores más brillantes?

Camille prefería a los canguros, que estaban por todas partes, a los emúes y a unas aves extrañas a las que les encantaba meterse en el jeep. El cambio de colores desde el amanecer hasta el crepúsculo era

increíble. A veces, el sol brillaba con tanta intensidad que al llegar la noche estaban todos rojos como un tomate. Los trigales, con sus espigas altas y doradas durante el día, se convertían en un mar de plata bajo la luz de la luna. A medida que comenzaba a anochecer, los colores se volvían azules o morados. Camille estaba particularmente encantada con el contraste que se generaba entre los troncos blancos de las encinas, el rojo de las montañas y el azul del cielo.

-Siento como si estuviera en un templo milenario.

Nicholas asintió mientras contemplaba los gestos de su compañera.

-Los aborígenes consideran que el sol es una mujer -comentó-. Es la gran diosa de la creación y la más poderosa de sus deidades. La luna es un hombre. Creo recordar que tienen varios rituales para adorar la llegada de la diosa Sol. No me sorprende que te sientas en medio de un templo. Tengo la misma sensación.

Hizo una pausa, la miró con detenimiento y agregó:

-Observo que eres una amazona experimentada.

A él le fascinaba esa faceta de Camille, porque adoraba tener una buena compañía en sus cabalgatas matinales.

-Nicholas, yo tengo experiencia en todo -bromeó ella-. Hablando en serio, siempre me ha dolido que mi padre dudara de mi capacidad.

Él se encogió de hombros.

-Para ser alguien que tuvo una infancia tan difícil -sostuvo-, debo decir que más que capacidad, lo tuyo es casi un milagro.

-No sé si tanto pero, ciertamente, siento que he superado hasta mis propias expectativas -afirmó ella, y sonrió con ironía-. La infancia es una etapa crucial, la época en la que se construye o se destruye a las personas.

-La verdad es que, por suerte, tuve una niñez maravillosa. Por eso, cuando pienso en Melissa, se me parte el corazón. A pesar de todos mis esfuerzos, tiene una pésima imagen de sí misma. Tiene todo lo que cualquier chico podría desear. O casi todo...

Camille suspiró y luego dijo:

-Me temo que el problema no pasa por las cuestiones materiales, sino por atender a las necesidades emocionales que tienen los niños. Y hablo por experiencia. Melissa es una niña sumamente inteligente, pero por alguna razón cree que es alguien que pasa desapercibido. No quiero que te sientas mal, Nick, pero así son las cosas.

Él la miró apenado.

-Mucha gente ha tratado de ayudarme con ella. Antes de que llegaras a nuestras vidas, Melissa estaba llena de rabia.

-Es muy pequeña y se siente rechazada.

-Nunca por mí -replicó Nick.

-Pero tú tienes mucho trabajo, eres un hombre muy ocupado.

-Es algo que no puedo negar -admitió-. Evidentemente, el problema de Melissa nos crea emociones muy fuertes. Me apena porque esta última semana había conseguido quitar de mi mente todas las cosas horribles que nos han sucedido, y creí que tú también te habías librado de ellas. Al parecer, estaba equivocado.

Al llegar a la laguna desmontaron. Mientras él ataba las riendas a un árbol, Camille se quedó contemplando el agua. El estanque estaba prácticamente cubierto por los nenúfares y en las orillas crecían unas preciosas plantas de tallo largo y flores acampanadas de varios colores.

-Quizá sólo estábamos simulando que todo estaba bien -sugirió ella-. Tal vez nos estamos escondiendo de nosotros mismos como si fuésemos dos niños.

En todo momento, Camille había tenido la mirada puesta en el paisaje.

-¿Estás diciendo que somos un par de mentirosos? -preguntó él, con tono sarcástico.

-Creo que somos dos personas dañadas, Nicholas. Hemos atravesado situaciones espantosas y no todo el mundo consigue salir ileso. Al menos, no emocionalmente.

-A mí me parece que lo estamos haciendo muy bien -opinó él, calmado.

-¿De verdad?

Ella lo miró de pies a cabeza. Nick era la personificación de la masculinidad y de la arrogancia.

-¿Qué más esperas aprender de Harry? -preguntó-. ¿O de mí? Tus sentimientos, como los míos, son muy complicados...

Tras decir eso, la mujer se quitó el sombrero y se soltó el cabello.

-Mis sentimientos no son complicados, son profundos -afirmó él mirándola con detenimiento-. Estoy enamorado de ti, Camille. Esa es la verdad. Tu mera presencia tiene efecto trascendental en mí y en mi vida. Incluso en la vida de mi hija. Es como si te hubiéramos estado esperando desde siempre.

Ella también sentía que el destino había hecho lo imposible por unirlos. Sin embargo, estaba tan asustada que no podía evitar mostrarse reticente.

-¡Pero éramos enemigos! -dijo angustiada-. Me he pasado la vida odiándote. Y ahora estoy muy confundida. Consigues que cuestione todas mis viejas creencias, que dude de mi padre...

Él tensó la mandíbula.

-Perdóname si te he hecho daño, pero alguien tenía que

demostrarte la clase de hombre que era Harry Guilford. Era una mala persona, un ser muy dañino y destructivo -Nick hizo una pausa y respiró hondo-. Además, creo que es el responsable de la muerte de Natalie.

Camille se quedó aturdida por esa declaración. No podía creer que Nicholas hubiese mantenido tanto tiempo en secreto una acusación semejante.

-Lo que estás diciendo es terrible -murmuró.

-¿Crees que no soy consciente de la gravedad de mi acusación? -preguntó él, mirándola a los ojos-. Tal vez Harry no quiso empujar a Natalie de ese velero. Puede que fuera ella quien lo obligara a hacerlo. Natalie estaba embarazada de mi tío. Es probable que se lo dijera a Guilford y que eso lo desquiciara. No lo sé. Sé que era un hombre violento.

-Y era mi padre...

-Lo siento, Camille. Lo siento mucho. Por suerte, tú no te pareces en nada a él.

A pesar del bronceado, Nicholas estaba pálido.

-En caso de que sea verdad, ¿qué podría hacer yo? -dijo ella.

-Natalie estaba embarazada. Fue un asesinato doble. Siempre me sentí obligado a vengar esas muertes. Para mí era muy importante dejar a Harry Guilford al descubierto. Quería vengarme, lo admito.

-Supongo que no pretenderás reabrir la investigación sobre la muerte de mi madre -se desesperó Camille.

Él le sostuvo la mirada.

-Ya no. Vengar a mi tío me ha servido para llegar a ti tu padre era el símbolo de todo lo malo. Tú eres el símbolo de todo lo bueno que hay en mi vida.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Cómo podríamos olvidar el pasado cuando lo que siento hacia ti es miedo? Te creo cuando afirmas que me amas, pero a la vez siento que eres un peligro para mí.

-¡Jamás te haría daño!

Acto seguido, Nick la tomó por los hombros. Sus manos revelaban una poderosa carga emocional.

-Por favor, Camille, no puedo pensar en ti en términos de castigo o de venganza.

-¿Acaso alguna vez lo has hecho?

En aquel momento, él vio mucho más que la belleza de Camille: vio su miedo.

-Desde el principio te dije que eres una víctima inocente -le recordó.

-Pero yo no quiero ser una víctima -replicó ella Voy a hacer algo bueno de mi vida, sé que puedo hacerlo por mis propios méritos.

-¿Con o sin mí?

Ella sintió un escalofrío al oír esa pregunta.

-No sé qué quieres de mí, Nick -dijo Camille, conmovida-. Sé que me deseas sexualmente.

-No vas a decir que no me quieres, ¿verdad, preciosa?

-Ese es nuestro dilema -respondió, apenada-. Cómo reconciliar el deseo con un odio tan arraigado. No hablemos más de este tema, por favor. Esta semana ha sido maravillosa, un verdadero sueño. Y Melissa está disfrutando mucho y le está haciendo mucho bien.

-¿Imaginas lo que podría significar para ella que te alejes de nosotros? -preguntó Nick, con cierta rudeza.

Camille trató de retroceder, pero él se adelantó y la atrajo hacia sí.

-Quieres atarme a ti, ¿no es cierto, Nick?

-Quiero unirme a ti -contestó él, con los ojos cargados de pasión-. Quiero que esta noche duermas conmigo. Me muero por hacerte el amor.

Ella se sentía abrumada por la mezcla de angustia y deseo y no supo qué decir.

-Escucha, preciosa. Llevo toda la semana luchando desesperadamente para no perder el control, pero no puedo más -confesó Nick-. Deja que te ame esta noche, que te desnude, que te admire. Soy un hombre, Camille. Te necesito. Creo que sientes lo mismo que yo. Te prometo que encontraremos la forma de resolver nuestros problemas. Nada ni nadie se interpondrá entre nosotros. Te lo juro.

Hizo una pausa, le acarició la boca con la punta de los dedos y agregó:

-¿Vendrás a mi cama esta noche, mi amor?

-Sí, si así lo deseas.

-No pudo esperar -replicó, ansioso.

Acto seguido, hundió una mano en la abultada cabellera de Camille y se acercó un poco más. Después, inclinó la cabeza y la besó con desesperación, pero ella no se mostró muy receptiva. Finalmente, se enderezó, la miró ardientemente y repitió:

- Nada ni nadie se interpondrá entre nosotros. -

Aquella tarde estuvieron entretenidos decorando el árbol de Navidad.

Nick había hecho traer un abeto desde Sydney, un árbol verde y frondoso que era perfecto para coronar la cena de Nochebuena. Lo

habían situado en el salón, junto a la escalera, listo para ser decorado con amor, imaginación y estilo. Hasta la enorme maceta de arenisca tallada en la que estaba plantado parecía una obra de arte.

Una hora después de cenar, Camille ayudó a Melissa a bajar del ático unas cajas llenas de adornos que la familia había ido recolectando durante años. Había metros y metros de lazos verdes y la mujer pensó que con ellos podrían hacer guirnaldas para decorar la escalera y que hasta se les podrían colgar algunas bolas brillantes con los colores de la Navidad: rojo, verde, plateado y dorado.

Nicholas estaba ocupado resolviendo algunos asuntos de trabajo, pero se asomaba de vez en cuando para admirar los esfuerzos de las dos mujeres. Ver que su hija estaba tan feliz y confiada con lo que estaba haciendo era el mejor regalo que podía pedir.

Melissa había propuesto que se pusieran un vestuario acorde a la ocasión. Ella había elegido un vestido rojo con ribetes blancos y llevaba el pelo recogido con un lazo de seda rojo. Camille tenía puesta una falda verde y un top ajustado.

Para Nick, era un momento agridulce. Le costaba creer que, entre todas las mujeres, había elegido precisamente a la hija de Natalie. La misma Natalie que había destrozado la vida de su tío, de su familia.

Lombard sabía que era un hombre rencoroso. Incluso había reconocido que su propia pena lo había llevado a actuar de mala manera. Pero desde el momento en que conoció a Camille, estaba haciendo lo imposible por cambiar esa actitud. Tenía que empezar de nuevo, reconstruir su vida.

En aquel momento, Melissa lo llamó para que se acercara al árbol. Los ojos de la pequeña estaban llenos de alegría.

-Te vamos a dejar poner la estrella en la punta, papi -dijo emocionada-. ¡Ten cuidado, porque es el adorno más importante de todos!

Capitulo 10

NICK HABÍA tenido que regresar a la ciudad. Las dos extrañaban su presencia reconfortante y vital, pero Camille había tomado rápidamente las riendas de la situación y cumplía con su nuevo rol de amiga, compañera y consejera de Melissa.

La tarea no era nada sencilla. Melissa era cada vez más independiente, pero Camille seguía teniendo que lidiar con los caprichos y las angustias de la niña.

Los días habían estado llenos de actividades divertidas, pero la mujer había insistido en que debían respetar la hora de las comidas y los momentos de descanso. Al mismo tiempo, habían comenzado a tomar lecciones de música, algo que a Melissa le encantaba. Había un piano de cola en salón y, según la pequeña, la tía Elizabeth tocaba cada vez que iba. Como Camille había estudiado once años de piano, se le ocurrió la posibilidad de darle algunas clases y aprovechar para introducirla en la música.

La idea no podría haber sido más brillante. Melissa aprendía rápidamente todo lo que Camille le enseñaba y, sin duda, su destreza manual era un gran ventaja.

-Estás haciendo un trabajo maravilloso con Melissa -le dijo a Camille Desley Sutherland-. La pobrecita ha sufrido tanto maltrato... Nicholas es un hombre maravilloso, un padre cariñoso y el mejor jefe que podríamos tener, pero la niña necesita una figura materna con urgencia.

Por primera vez, Camille se atrevió a preguntar sobre Carole.

-¿Conocías bien a la esposó de Nick? -dijo, tratando de sonar natural.

La casera suspiró.

-Entre nosotras, querida, no la conocí a fondo, pero siempre supe cómo era -contestó-. No venía aquí con frecuencia, y cuando lo hacía, nunca se quedaba en la casa. Desde la primera vez que los vi juntos, supe que iba a terminar en una tragedia. Era un matrimonio muy irregular, ¿comprendes? Carole necesitaba estar rodeada de glamour y alboroto. Era mejor antes de que naciera Melissa.

Desley respiró hondo y continuó:

-Carole parecía sentir que la niña atentaba contra su estilo de vida. No logro entender por qué tuvo un hijo si no tenía el más mínimo sentimiento maternal. Me partía el corazón ver la manera en que ignoraba a Melissa. Nicholas era el único que mimaba y atendía a la niña.

-Tal vez la conducta de la madre hizo que Melissa pensara que se merecía ese desprecio.

-Definitivamente, se convirtió en una niña llena de rabia. Nunca hacia el padre, Nick es su héroe, pero bastante fastidiosa con el resto. Me ha provocado más de un dolor de cabeza con sus berrinches. Pero tú la has calmado. Da gusto verla. Cuando está contigo es normal y risueña.

-Yo también he visto el cambio que ha hecho -dijo Camille-. Es muy gratificante.

-No temas ser firme con ella -le aconsejó la casera-. Necesita que le pongan límites. Pero lo estás haciendo muy bien. Nicholas estará encantado cuando la oiga tocar el piano. Su tía Elizabeth toca muy bien. Una vez intentó que Melissa se interesara en el piano, pero la niña no quiso saber nada.

Camille pensó un momento antes de contestar.

-Melissa pensaba que no podía hacer nada con su vida declaró-. Ahora sabe que puede. Está trabajando muy duro para controlar sus rabietas. Le he dicho que es su parte del trabajo. Le gusta que le hable así. También fui una niña infeliz, pero tuve una amiga que me ayudó a salir adelante.

-¿Te refieres a Linda?

-Sí.

Camille sonrió. Linda había llamado varias veces y la casera la había atendido.

-Estoy segura de que Melissa se va a relacionar mucho mejor con los -chicos de su edad después de las vacaciones -comentó Camille-. Va a enseñar sus habilidades, en lugar de ocultarlas.

Desley recogió las tazas de la mesa y se puso de pie.

-Siempre le he dicho a Andy que era una niña muy inteligente, sólo que la madre la convenció de que no lo era. Carole pensaba que ninguno de los hijos de Nicholas podía llegar a ser brillante. Él ha sufrido mucho con todo el trabajo que le ha dado la niña. Imagino que sabrás que la nena ve a un psicoanalista...

-Sí -respondió Camille en voz baja-. Pero en mi opinión la terapia sólo sirve para que Melissa se retraiga cada vez más. Es demasiado pequeña para hablar sobre sus conflictos y los oculta por temor a un nuevo rechazo.

-Lo que estás haciendo por ella no tiene precio -dijo Desley con una amplia sonrisa-. Cuando te llegue el momento, serás una madre excelente.

Nicholas regresó la semana siguiente cargado de regalos. Melissa se ocupó de acomodarlos prolijamente bajo el árbol.

Después, para deleite de Nick, Camille y Melissa tocaron a dúo una de las piezas que habían estado practicando y luego la niña se sentó sola para interpretar una de las canciones que había aprendido.

-¡Te felicito, cariño! Lo has hecho muy bien -dijo el padre, orgulloso-. Tendremos que averiguar dónde podrías tomar clases.

-Yo sólo quiero que Camille me enseñe -afirmó ella, trepando a las rodillas de su padre.

-Para empezar -intervino la mujer-, buscaremos un buen profesor en tu escuela, pero siempre me tendrás para practicar y ver cómo progresas.

-Camille dice que tengo un talento natural -se vanaglorió Melissa-. Eso significa que me vas a tener que comprar un piano para casa, papi.

-Tan pronto como regresemos a la ciudad -le prometió Nick-. Podemos llevar a Camille para que nos ayude a elegirlo.

-Compra un Steinway -bromeó Camille-. Tuve que entregar el mío con el resto de las cosas de la casa.

-No se hable más. Compraremos un Steinway -aseguró Nicholas, y alzó una copa para festejarlo.

Él estaba disfrutando de la cercanía de Camille. Cuanto más la veía, más la deseaba.

-¿Tienes idea de cuánto cuestan esos pianos? -protestó ella.

Nick sonrió.

-No entiendo por qué te preocupas por mi dinero -comentó, alegremente sorprendido.

-¡También podríamos comprar una guitarra! -exclamó Melissa, entusiasmada-. Camille también sabe tocar la guitarra. Creo que además me gustaría tener una flauta. Voy a tener que aprender todo sobre la música y los instrumentos. Cuando crezca podría ser concertista de piano.

-Todo es posible, hijita -dijo el padre-, si tienes la habilidad y estás dispuesta a trabajar duro para conseguirlo.

Nicholas pensó en su propia ambición: que Camille se convirtiera en su esposa.

La tarde siguiente, mientras tomaban la merienda en la terraza, Melissa miró al cielo y anunció:

-Es un avión, papá.

-Tienes muy buen oído -dijo Nick alzando la vista.

-Puedo verlo.

-Sí, ahí está -intervino Camille, señalando la avioneta que sobrevolaba el valle.

-Debe de ser la tía Elizabeth -afirmó Melissa.

De repente, Camille empezó a sentirse inquieta. Temía que aquel clima de paz y armonía desapareciera en un instante. La trágica muerte de Hugo Vandenberg debía de haber afectado mucho a su sobrina. Por muy amable y generosa que fuera Elizabeth, le iba a resultar difícil enterrar el pasado, y más aún teniendo en cuenta lo mucho que Camille se parecía a su madre.

Nicholas se puso de pie para tener una vista completa del valle.

-No es Liz -dijo -No llegará antes de Nochevieja. Será mejor que me suba al jeep y vaya a ver de quién se trata.

El coche estaba aparcado cerca de la entrada, oculto bajo unos árboles.

-¿Podemos ir, papá? -imploró Melissa.

-Mejor quédate con Camille, cariño.

La mujer tuvo un mal presentimiento. La niña insistió, pero bastó que Camille le hiciera una seña para que se sentara en silencio.

Cuando vio que Nick se marchaba en el jeep, comentó:

-No necesitamos a nadie más aquí.

-Podría ser un amigo -murmuró Camille.

Melissa se volvió para mirarla.

-No pareces muy convencida -dijo, y frunció el ceño-. A mí me gusta que estemos sólo nosotros tres.

Camille hizo un esfuerzo para ocultar su inquietud.

-Anímate -la reprendió-. Es probable que sólo se trate de alguien que viene a ver a tu padre, pero que se marchará de inmediato.

Melissa se quedó pensando durante algunos segundos.

-Podría ser un encargo -dijo, esperanzada-. Tal vez traen más regalos. Papá adora la Navidad. Dice que adora todo esto, que siempre le ha gustado, pero especialmente ahora que estás aquí. Yo también.

-Y yo te adoro por eso -replicó Camille, sonriente¿Quieres que vayamos dentro para empezar con tu clase de piano?

-Esperemos hasta ver quién es-respondió la niña con evidente preocupación.

Cuando el jeep estaba llegando a la puerta, Melissa reconoció a uno de los visitantes.

-¡Maldita sea, es Clare! -gruñó- ¿Sabes quién es el hombre que está con ella?

-No lo conozco -dijo Camille Por favor, pórtate bien, Melissa, y cuidado con lo que dices. Entiende que esta es una prueba que tienes que superar.

-Iré a saludar y seré cortés y educada, aunque me muera por decirle a esa bruja que se vaya.

Camille pensó que ella también se moría por echarlos. La llegada

de Clare Tennant era una sombra que oscurecía el brillo de Kurakai. Camille se preguntaba dónde estaría Wirra, el águila mágica. Como Melissa, tendría que hacer un esfuerzo para controlarse y ser amable. Aquella mujer no era una amiga, sólo podía traer problemas.

Clare actuaba como si jamás hubiera dado un mal paso en su vida. Se apartó de los hombres y se dirigió a la terraza, gritando con tono amigable:

-Hola, Camille. ¡Y Melissa!

-Creo que voy a vomitar -dijo Melissa entre dientes.

Camille se preocupó al oírla.

-Agárrate de ahí, preciosa.

Mientras subía las escaleras, Clare se quitó el sombrero sin despeinarse ni un solo pelo. Estaba impecable. El peinado, el maquillaje y la ropa estaban en perfecto estado a pesar del viaje.

-¡Me alegro de veros! -exclamó-. Melisa, juraría que has crecido. Casi pareces una señorita.

-Gracias, Clare -contestó la niña con gesto elegante.

Camille se sintió orgullosa de la pequeña y le dio un apretón de manos para animarla a seguir con esa actitud.

-Qué sorpresa nos has dado con tu visita -le dijo a Clare.

-Una sorpresa agradable, espero -replicó la otra-. Fue una decisión repentina. Jack, mi amigo Jack Martell, al que seguramente conoces, Camille, es el nuevo dueño de una propiedad cercana a esta: Lockyer Downs.

-Es cierto -asintió Camille-. No lo había reconocido con el sombrero. Además, ha adelgazado mucho, ¿no?

-Iba a tener un gran problema si no lo hacía -se burló Clare.

-Todavía debe de estar llorando a Helen -dijo Camille.

El comentario era un gesto de lealtad hacia la última esposa de Martell, una mujer que había dedicado su vida

a trabajar en organizaciones que defendían los derechos de los niños.

-Helen era una mujer maravillosa -añadió-. Asistí a varias reuniones de su fundación.

-Yo también -afirmó Clare-. O al menos asistí a una. Creo.

-La verdad es que nunca te vi.

-Y eso que no suelo pasar desapercibida -declaró Clare, con frialdad-. Ha sido una pérdida terrible para Jack, pero creo que nuestra relación lo está ayudando mucho. Yo fui la que lo convenció para que se pusiera a dieta, de hecho.

Camille tuvo que contener la risa. Al parecer, Clare se dio cuenta de que estaba perdiendo la partida y cambió el tono.

-¿Y vosotras qué habéis estado haciendo? -preguntó.

-Divirtiéndonos mucho -respondió Melissa, con una sonrisa de oreja a oreja-. Camille es mi mejor amiga. La adoro con toda mi alma.

-Cuánto me alegro, Melissa. Me habría encantado que nosotras también hubiéramos podido ser amigas.

La niña se marchó entonces y las dos mujeres siguieron charlando.

-Es una niña muy inteligente, aunque demasiado para mi gusto -dijo Clare-. ¿Sabes una cosa? Durante una temporada pensé que Nick y yo podríamos estar juntos, pero Melissa destrozó esa idea. Francamente, no me gustaría cuidar de la niña de nadie.

-Entonces, ¿has cambiado tus afectos?

-Sí. Mi madre me enseñó a ser insistente, pero no a estrellar la cabeza contra una pared. Espero que me hayas perdonado por todo lo que dije. Supongo que la cercanía de los cuarenta me volvió loca... Eres demasiado joven para entenderlo.

Segundos después aparecieron Nick y Jack Martell. Camille se acercó para estrechar la mano de Jack, que le había caído bien desde el principio. Después, todos se sentaron y pidieron algo de beber.

-Yo tomaré una cerveza -dijo Jack.

-Yo también -dijo Nick-. Tienes muy buen aspecto, por cierto.

-La responsabilidad es de Clare. Me ha enseñado a relajarme...

Más tarde, cuando Nick fue a ver cómo se encontraba su hija, se cruzó con Camille en el pasillo y se excusó.

-Siento todo esto, Camille. No podía ser maleducado con Jack.

-Lo comprendo, no te preocupes. Además, Jack es un hombre encantador, pero no entiendo qué hace con Clare.

-Bueno, Jack se siente solo...

-Y lo siento por él, pero merece algo mejor. Ella no puede ocupar el sitio de Helen.

-Quién sabe.

Durante la cena, Camille observó a sus acompañantes con sumo detenimiento. O Clare era una actriz consumada o realmente apreciaba a Jack Martell. Fuera como fuese, no pudo haberse comportado de forma más cálida y divertida.

¿Crees en Dios? -preguntó Melissa cuando Camille la metió en la cama.

-¿Por qué lo preguntas? -Porque no soy ninguna santa. -Bueno, yo tampoco lo soy. -Pues Desley dice que lo eres. -Desley estaría bromeando...

-Yo creería en Dios si me librara de Clare.

-Oh, vamos, sólo se ha quedado una noche, pequeña.

-Da igual, no me gusta. En cambio, el señor Martell me ha caído

bien. Es muy divertido.

-Bueno, al menos parece que Clare se ha tranquilizado un poco.

-No te fíes de ella -advirtió la niña-. Puede parecer contenta, pero está muy enfadada contigo. Lo sé.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, Jack no se sentía bien. Le dolía el estómago y naturalmente Desley se sintió culpable.

-No es culpa tuya -dijo Clare-. Jack sufre de dolores estomacales de forma habitual.

-En ese caso, debería ir al médico -dijo Nick.

-Estoy de acuerdo. De hecho, queríamos marcharnos esta mañana, pero parece que tendrás que aguantarnos un día más.

-Eso no es un problema. Y si Jack no mejora en las próximas horas, nos lo llevaremos de aquí.

-No es nada, en serio -dijo el principal interesado-. Clare tiene razón. Bebí demasiado durante la cena y ahora me siento mal, pero sólo necesito descansar un rato. En cuanto vuelva a la ciudad, llamaré a mi médico.

Clare hizo todo lo posible por amenizar el día a Jack y se pasó varias horas con él, dándole conversación. Camille lo observó y hasta llegó a pensar que tal vez se había equivocado con ella. Una mujer capaz de cuidar de ese modo a otra persona no podía ser tan mala.

Aquella noche, sin embargo, Camille se marchó pronto a dormir con la excusa de que tenía que escribir varias tarjetas de Navidad. En realidad, sus motivos eran bien distintos: el encanto de Clare la estaba sacando de quicio y se encontraba en pleno ataque de celos. Cada vez que oía su risa por alguno de los chistes de Nick, se estremecía.

Estaba tan tensa que supo que no podría conciliar el sueño, así que tomó el joyero de su madre, que era una caja grande de madera, y lo puso sobre sus piernas. Era algo que siempre la animaba.

El joyero era precioso y estaba lleno de compartimentos distintos, con anillos, pulseras, pendientes, broches y collares de esmeraldas. Tomó sus piezas preferidas, las perlas, y las acarició. Pero estaba tan ensimismada que, cuando quiso probarse unos pendientes, dejó caer el joyero sin querer.

-Oh, no...

Por suerte, no sufrió ningún daño, pero el golpe sirvió para que se abriera un compartimento en el que nunca había reparado. Era un compartimento secreto. En su interior había un fajo de cartas. Por su aspecto y por su olor supo que eran cartas de amor y se sentó a leerlas. Estaba muy nerviosa, y sus ojos se llenaron de lágrimas a medida que avanzaba.

Las leyó por orden cronológico y gracias a eso pudo saber que su

madre y Hugo habían decidido pedir su custodia. Ahora ya sabía que el matrimonio de Natalie había sido un infierno y que al final había intentado escaparse con el hombre que amaba.

Proféticamente, Hugo había escrito:

Mantente en silencio, amor mío, hasta que Camille y tú estéis conmigo. No le digas nada de tu embarazo. Eso podría volverlo loco.

Por lo visto, Nick siempre había tenido razón CamiIle lo comprendió entonces y se levantó con intención de enseñarle las cartas.

Acababa de salir de la habitación y ya avanzaba por las escaleras cuando se topó con alguien en la oscuridad.

-¡Nick, me has asustado!

-¿Es que esperabas que fuera otra persona? -No, bueno... De hecho iba a buscarte. Nick se acercó a ella y la besó en el cuello. -Basta, Nick, tengo algo que enseñarte...

-Ven a la cama conmigo. Quiero hacerte el amor-dijo él, sin hacerle caso-. Cásate conmigo, por favor... Camille se quedó asombrada. -i Nick!

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. -¿Qué ocurre? ¿He dicho algo inapropiado?

-Al contrario. Es que me he emocionado... ¿Me has pedido de verdad que me case contigo o me lo he imaginado?

-Te lo he pedido, corazón.

-¿Quieres decir que ya no estoy sola? -preguntó, todavía entre lágrimas.

-Claro que no, Camille.

-Por lo visto, es cierto que el destino se ha empeñado en unirnos.

-Sí, no hay ninguna duda.

Camille se puso de puntillas para besarlo en la boca. -Debe de ser cierto, porque precisamente venía a buscarte por otra cuestión. He encontrado algunas cartas de Hugo dirigidas a mi madre. Estaban escondidas en su joyero y ahora me siento muy extraña... Creo que no podremos seguir viviendo mientras no ajustemos cuentas con el pasado.

Nick la abrazó.

-Cuéntame lo que decía Hugo.

-No, prefiero que leamos las cartas juntos. Sé que, cuando las leas, te sentirás como yo.

-Está bien, pero eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Te amo con todo mi corazón, Camille...

-Y yo también te amo a ti.

-Sin embargo, me gustaría proponerte que te cases conmigo con

una joya digna de ti, tal vez con una esmeralda colombiana a juego con tus ojos, rodeada de diamantes.

-Haces que me sienta como si estuviera en un sueño...

-Pues no estás en un sueño. Esto es muy real. Prométeme que siempre estarás conmigo -dijo con intensidad.

-¡Siempre, siempre!

Estaban a punto de besarse cuando oyeron un extraño grito agudo. Los dos levantaron la mirada al mismo tiempo y vieron a Clare Tennant en la balaustrada de la galería superior. La luz de la luna iluminaba su rostro y le daba cierto aspecto fantasmal.

-Siento haberos asustado -dijo la mujer-. No conseguía dormir y he salido para servirme un brandy y relajarme un poco.

-Iré a buscarte esa copa, Clare -se ofreció Nick.

-No, por favor, no te -molestes. Ya me encuentro mejor. Os veré por la mañana...

En cuanto Clare se marchó, él dijo:

-Esa mujer no deja de interponerse en nuestras vidas.

-Por favor, Nick, líbrate de ella. Creo sinceramente que no está bien de la cabeza.

-Sí, yo también me he dado cuenta. Pero con un poco de suerte, Jack se sentirá mejor mañana y podrá viajar.

-No me extrañaría que Clare lo hubiera organizado todo para provocar esta situación. ¿Qué hay en el frasco azul con píldoras que siempre le da a Jack?

-Es un simple antiácido, Camille. Lo he comprobado.

-Puede que sea un simple antiácido, pero tal vez le esté echando algo en el agua...

-¿Qué insinúas, Camille?

-Es una mujer muy extraña, Nick. Y estoy segura de que sigue enamorada de ti.

-Olvídalo. Seguramente se marcharán mañana. Pero, ¿qué hay de esas cartas? Estoy deseando leerlas...

Camille las sacó y se las dio.

-Venga, leámoslas juntos.

Bajaron al salón y se sentaron en un sofá. Ella se acomodó a su lado, apretada contra él, y juntos las leyeron hasta que no quedó ninguna.

-Ahora todo está más claro -dijo él-. Y ahora que sabemos la verdad, podremos seguir con nuestras vidas.

Después, Nick se levantó, la tomó en brazos y la llevó a su cama.

Camille decidió salir a pasear con Melissa después de desayunar. Nick tenía una reunión a las nueve y Jack y Clare no estaban por

ninguna parte.

-¿Y a dónde pensáis ir? -preguntó Nick, mientras las acompañaba al jeep.

-Había pensado en la laguna Pink Lady...

-Podríamos comer allí -dijo la niña.

-Pero también podríamos ir a otra parte. ¿Pondrías alguna objeción si fuéramos a Wirra Wirra e hiciéramos un poco de montañismo?

-No, en absoluto. Ya conoces el sitio. Pero asciende por la cara sur, que es más fácil, y no sueltes a Melissa en ningún momento.

-No te preocupes, papá -dijo la niña-. Me portaré bien.

-Buena chica...

Nick se despidió de la mujer y de su hija, que se alejaron en el vehículo. Acto seguido, volvió a la casa. Estaba preocupado por Jack y por la posibilidad de que Clare le estuviera dando alguna sustancia peligrosa. La conocía desde hacía años y siempre se había portado bien con él, pero indudablemente había algo frío y extraño en su mirada.

En todo caso, a Jack no le vendría mal un médico.

La mañana fue bastante peculiar. Durante el trayecto, no dejaron de ver. bandadas de pájaros de todas clases, pero lo más interesante de todo fue la pregunta que le hizo la pequeña:

-¿Estás enamorada de mi papá, Camille?

-Sí, lo estoy. Y él lo está de mí -respondió ella, sorprendida-. ¿Te importa?

-¿Que si me importa? ¡Me hace muy feliz! Quiero que seas más que mi amiga. Quiero que seas de mi familia. Y cuando os caséis, tal vez podría tener hermanos y hermanas...

-¿Eso te gustaría? -preguntó, ruborizada.

-Oh, sí, más que nada en el mundo. No me gusta estar sola.

Cuando llegaron a Wirra Wirra, ya era casi mediodía.

Hacía bastante calor, así que Camille preguntó: -¿Seguro que te apetece subir?

-Claro. La vista es maravillosa desde arriba. Papá me traía muchas veces cuando era más pequeña y a mi madre le gustaba mucho. Pero, ¿sabes una cosa? Ella no me quería. Me inventé la historia de que me adoraba. Camille la acarició.

-No digas eso, estoy segura de que te quería.

-No, no es verdad, pero ya no importa. Mamá quería

a mi padre, no a mí.

-Bueno, pero tu padre te adora de verdad. Para él eres lo más importante del mundo. Y para mí también.

-Y siempre seré la niña más importante de la familia, ¿verdad?

-Por supuesto que sí.

Cuando llegaron a lo alto, las dos estaban agotadas y empapadas de sudor. Pero ya estaban pensado que la caminata había merecido la pena cuando oyeron un ruido y se llevaron una sorpresa muy desagradable. Clare Tennant estaba allí.

-Nos has asustado -dijo Melissa.

-Lo dudo. Siempre has sido una niña terrible. No me extraña que Carole te odiara.

-¿Es que te has vuelto loca? -preguntó Camille, asombrada por su actitud-. Estás hablándole a la hija de Nick.

-Sí, es cierto, pero creo que estaría mejor si la encerraran en alguna parte.

-Tú sí que deberías' estar encerrada.

-Tal vez tengas razón. Mi madre era maníaca depresiva y el consumo de alcohol sólo sirvió para empeorar su situación. Por eso ayudé tanto a Carole... Reconocí los síntomas de inmediato.

-Es una historia interesante, pero ya nos la contarás otro día. Precisamente estábamos a punto de marcharnos -dijo Camille-. Nicholas nos está esperando.

-Ah, Nicholas... ,Y por qué lo llamas así? Todo el mundo lo llama Nick. Hasta Carole lo llamaba Nick.

-Camille puede llamarlo como quiera -dijo la niña Estás loca por decirnos cosas tan horribles. Mi papá se enfadará mucho.

-¿Loca? ¿Quieres verme realmente enloquecida?

Entonces, y para sorpresa de Camille, Clare sacó un látigo y lo hizo restallar ante sus pies.

-¿Qué estás haciendo? ¡Vas a asustar a la niña!

-Soy muy buena con el látigo. No sé si lo sabías, pero crecí en una granja y estoy acostumbrada a tratar con ganado -dijo Clare.

-¡Eres una bruja! -exclamó la niña.

-Será mejor que te portes bien, pequeña -amenazó la mujer, con frialdad-. No conoces el significado del término disciplina.

-Clare, deja eso ahora mismo. Nick sabe dónde estamos y vendrá a buscarnos en cualquier momento.

Clare sonrió de oreja a oreja.

-No es cierto. Tiene una reunión, lo he comprobado.

Y cuando aparezca, ya no os encontrará... No he hecho todo lo que he hecho a cambio de nada.

-¿Y qué has hecho? -preguntó Camille, para ganar tiempo-. ¿Eres tú quien hacía esas llamadas telefónicas?

Sí, supongo que sí. Y también fuiste tú quien me hizo seguir... Seguro que hablaste con el hijo de Hilda Gray. -Ciertamente, yo soy

quien se ha arriesgado en esta historia. Te quiero muerta, Camille.

-Estás loca. No podrás salirte con la tuya. -¿Tú crees?

-Deja al menos que Melissa se vaya. Es una niña inocente. La dejaré en el jeep y después hablaremos.

-No, quédate aquí -ordenó Clare. -Camille, tengo miedo... -dijo la pequeña. -Descuida, no dejaré que te haga daño. Tu padre vendrá enseguida...

-Ya basta. Callaos de una vez.

-No puedes hacer daño a una niña, Clare. Te lo ruego, déjala en paz.

-Ahora no pienso detenerme -afirmó la mujer. Además, no podría aunque quisiera. Una voz interior me ordena que actúe, una voz que no consigo controlar.

-Pero hay gente que puede ayudarte...

-¿Ayudarme? ¿Y crees que podría vivir con eso? No, antes preferiría morir.

-Clare, aquí hay una niña. ¿Es que no lo entiendes? Ella no tiene nada que ver con todo esto -intentó razonar.

-Es extraño que su madre no hiciera cosas malas con ella, como las que mi madre hacía conmigo.

Camille no supo qué decir.

-Como ves, mi vida ha sido verdaderamente dura, no como la tuya, niña mimada -declaró-. Carole me tenía por su amiga del alma, y no me extraña. A fin de cuentas, le proporcionaba todo lo que necesitaba. Incluso le di las llaves del coche aquella noche.

Camille se quedó helada. Aquello demostraba que Clare había tenido algo que ver con la muerte de Carole.

-Sí, en efecto -continuó Clare-. Lo hice por Nick, por el único hombre que he querido y que puede cuidar de mí. Y él agradeció mi ayuda.

-Y te estará aún más agradecido si nos dejas marchar, Clare...'

-¡Ja, ja, ja! ¿Crees que vas a engañarme como a él? Lo sedujiste con tu cabello rojizo y con tus ojos. Me di cuenta enseguida y no sabes cuánto te he odiado por eso. Ha sido como un cáncer que me devoraba por dentro, día tras día, pero al principio sólo quería asustarte un poco. A fin de cuentas, cualquier otra mujer habría hecho las maletas y se habría marchado.

-Pero no pudiste hacerlo sola, debías tener un cómplice -comentó Camille, atando cabos.

-Sólo alguien capaz de hacer lo que debe por dinero.

-Debí haberlo imaginado, pero nunca pensé que nadie me odiara tanto. Yo nunca te he hecho nada malo, Clare. Pero lo de Melissa es

aún peor… sólo es una niña.

Si quieres a Nicholas tanto como dices, deja que se marche.

-No, de eso nada. Si las dos tuvierais un accidente, Nick volvería a mí otra vez.

-No te saldrás con la tuya, Ciare. Y lo sabes.

Clare rió. Parecía completamente fuera de sí.

-Pero podría intentarlo.

Camille no sabía qué hacer, de modo que decidió seguir hablando para ganar más tiempo.

-Entonces, ¿también has estado envenenando a Jack?

-No ha sido nada serio, sólo lo suficiente para que tuviera unas cuantas molestias. Jack no es un mal tipo, e incluso ha intentado ayudarme. Pero nunca me casaría con él. Me he limitado a utilizarlo y siempre he estado un paso por delante de ti. A veces, las voces me lo ordenan. Otras veces, no.

-Clare, un psicólogo podría ayudarte. No arruines tu vida de este modo.

En ese momento, Clare blandió el látigo de nuevo y la golpeó en un muslo. Camille gritó de dolor.

-Ahora, prepárate para morir. Llevo esperando mucho tiempo este momento.

Segundos después, el viento dejó de soplar y Clare alzó la mirada, extrañada.

-¿Qué hace esa maldita águila ahí arriba?

-¡Es Wirra Wirra! -exclamó la pequeña-. Mira, te está observando desde el cielo…

-No pensarás que yo creo en esas tonterías, ¿verdad? ¿Qué crees, que va a bombardearme?

-Cree lo que quieras, pero ha venido a por ti -dijo Melissa.

-Oh, vamos, sólo es un águila. Estoy más acostumbrada a ellas que tú… Seguramente tiene un nido por

esta zona.

-No. Wirra Wirra es nuestro ángel de la guarda.

Clare dudó y Camille pensó que era el momento de actuar. Entonces, murmuró a la niña:

-Cuando te diga que corras, corre y escóndete. Tu padre vendrá a buscarnos… ¡Corre!

Melissa salió corriendo a toda velocidad, a sabiendas de que su vida dependía de ello.

-¡Vuelve aquí, maldita niña! -exclamó Clare.

La mujer alzó el brazo con intención de soltar nuevamente el látigo. Pero entonces sucedió algo verdaderamente asombroso: el

águila se abalanzó sobre ella con un extraño chillido que resultó casi humano.

-¡Vete de aquí!

Clare palideció y comenzó a gritar. Intentaba protegerse del ataque de la enorme rapaz, pero se dio cuenta de que pretendía acabar con ella.

Retrocedió, aterrorizada, y no se fijó en que se dirigía hacia el abismo. Cuando quiso reaccionar, fue demasiado tarde. Resbaló y cayó al vacío.

Camille corrió entonces hacia la niña y la abrazó. Todavía no podía creer lo que había sucedido, y estaba segura de que nadie la creería si lo contaba. Wirra Wirra las había salvado. Y tras acabar su trabajo, había desaparecido.

Camille y Melissa permanecieron así, abrazadas, hasta que llegó Nicholas. Sólo un buen rato después, Nick le contó que una enorme águila se había posado en la parte delantera de la casa y que se había quedado allí sin moverse. Aquello le pareció tan extraño que interrumpió su reunión y salió a buscarlas..

EPÍLOGO

LA INVESTIGACION sobre el trágico fin de Clare Tennant, viuda de Arthur Tennant, el filántropo y multimillonario, demostró que su muerte había sido accidental. Cuando la pequeña nota necrológica apareció en los periódicos, a nadie le extrañó demasiado. El lugar era bastante peligroso y el vuelo rasante del águila pudo haberla asustado. El animal seguramente se había limitado a defender su nido y ella había sentido pánico, cayendo al abismo.

Todo tenía una explicación lógica. Siempre había una explicación lógica.

Más tarde, en un precioso mes de abril, la flor y nata de la sociedad se reunió para asistir a la boda de Camille Guilford, La heredera australiana, y Nicholas Lombard, El hombre de hierro.

Fue, según todos los periodistas, la boda del año.

Una magnífica fotografía de los novios apareció en las portadas de los periódicos del domingo. Camille y Nick aparecían sonrientes y obviamente felices, mientras ella se inclinaba para besar a la pequeña Melissa.

En el pie de la fotografía, se podía leer: «Un momento perfecto».